

## La búsqueda de un nuevo capitalismo.

**Jorge Eliecer Joya Duarte**

[www.fundacioncapitalismohumano.com](http://www.fundacioncapitalismohumano.com)

*"En toda vida hay que consolar a los afligidos, pero en verdad, también, uno debe afligir al cómodo, y sobre todo cuando están cómodamente, con satisfacción, incluso felizmente equivocados."*

**John Kenneth Galbraith**

*No vivimos en el mejor de los mundos posibles. Existen muchas cosas que se pueden mejorar, pero esto requiere conocer los antecedentes de cómo llegamos hasta aquí. Este proyecto de divulgación académica es un recorrido por algunas ideas de las mentes más brillantes que han moldeado nuestra sociedad. Es necesario conocerlas para continuar trabajando sobre ellas, modificarlas, plantear nuevas y construir un mundo mejor.*

El director de cine Oliver Stone al final de su documental *Al sur de la frontera*, lanza un comentario que nos lleva a la reflexión: "... y le pido a Dios que veamos el final del capitalismo depredador. Creo que debe existir un capitalismo noble; pero también hay uno depredador que destruye la gente y lo vimos toda la vida." Esta idea de la búsqueda de un nuevo capitalismo o implementar reformas que el sistema requiere para reducir las enormes desigualdades, el hambre y en definitiva construir un mundo mejor ha sido la inquietud de muchos intelectuales en el pasado y en el presente se destacan los premios nobel de economía Joseph E. Stiglitz, Amartya Sen; economistas como Jeffrey Sachs, Muhammad Yunus, entre otros. Veamos a grandes rasgos este recorrido.

### **De los arboles a las grandes ciudades.**

Durante la historia de la humanidad, los grupos humanos se han organizado de múltiples formas, con un objetivo fundamental: sobrevivir. Con el aumento de la población, la organización de la sociedad se hace mucho más compleja, surgiendo nuevos problemas que obligan a los hombres a ser más creativos y exigiéndole a las mentes más brillantes soluciones al suministro de alimentos y a cómo resolver los problemas de convivencia.

Se crea lo que se conoce como un sistema social, que es el conjunto de normas, instituciones y gobierno de un grupo humano en una determinada área geográfica, que busca sobrevivir y convivir.<sup>1</sup> Una vez se dan este tipo de organizaciones y los hombres empezamos a vivir en Ciudades, Reinos o Estados, algunos se dedicaron a pensar en

---

<sup>1</sup>[http://www.consumidoreslibres.org/que\\_es\\_el\\_capitalismo.pdf](http://www.consumidoreslibres.org/que_es_el_capitalismo.pdf) Consultado el 20 de octubre de 2010

el problema del mantenimiento y organización de la sociedad y en el problema económico como lo conocemos hoy.

Durante toda su existencia la humanidad ha soportado grandes desigualdades y algunos sistemas de gobierno terribles, sin embargo con el surgimiento del liberalismo económico, el triunfo del capitalismo, el desarrollo tecnológico, y la implementación de la democracia, teníamos la esperanza de lograr reducir nuestras desigualdades, y vivir en un planeta donde tuviéramos oportunidades desarrollando nuestras capacidades en libertad y sin angustias por la sobrevivencia. La caída de la Unión soviética nos mostró que el desarrollo no se logra sin democracia, libertad y propiedad privada, elementos básicos que están en el capitalismo, pero que no garantizan la eliminación de grandes problemas en la sociedad, como los vemos día a día.

En el siglo XVII en 1632 nació en El Reino Unido un filósofo y pedagogo que participó activamente en la política de su tiempo, se trata de John Locke. Su época fue interesante porque se dio una lucha entre el poder del rey representado por los *tories* y los *whigs* que defendían la separación de poderes en el estado y la libertad en todo sentido tanto económica como de conciencia. Los *whigs*, con Locke como su ideólogo defendían el anticatolicismo, el imperio de la ley, la libertad de comercio y la propiedad privada como una garantía para gozar y ejercer las libertades en todos los ámbitos. Los *whigs* se convertirían con el tiempo en el Partido Liberal Británico. Locke contribuyó como teórico en el nacimiento del liberalismo a través de sus escritos: *“Carta sobre la tolerancia”* y *“Dos tratados sobre el gobierno civil”*. Sus ideas buscaban combatir en el campo ideológico el poder absoluto del rey consolidando una monarquía constitucional que posteriormente daría paso a una monarquía parlamentaria que se mantiene hasta hoy.

### **El surgimiento del capitalismo**

El hombre empezó a comerciar, o a realizar trueques desde que tuvo uso de razón, pero todos los diferentes ingredientes para el surgimiento del capitalismo no estuvieron completos sino hasta el siglo XVI y XVII.

Dichos ingredientes fueron entre otros: el aumento de población, el impulso dado por las cruzadas al comercio, el descubrimiento de América y otras expediciones por el mundo que generaron una gran cantidad de metales preciosos incentivando el comercio; la filosofía del renacimiento y la reforma protestante, la invención o redescubrimiento de la imprenta, la aparición de los estados nacionales, la aparición de las primeras bolsas; la de brujas en 1409 y posteriormente la de Amberes donde se podía leer en su frontis :“ para uso de los vendedores de todos los países y de todas las lenguas” ; el estado de derecho como sistema político, la aparición del empresario; personaje que asume riesgos en busca de una ganancia, el concepto de contabilidad; creado por el matemático [Luca Pacioli](#), la abstracción, la letra de cambio, las primeras actividades bancarias, seguros para embarcaciones, evoluciones jurídicas y monetarias, desarrollo de tecnologías, el surgimiento de las ciudades, la revolución Norteamericana (1776), la revolución francesa

(1789), la revolución industrial, la creación de sociedades anónimas, la propiedad accionaria, la propiedad intelectual, la democracia, entre otros. La historia de todos estos ingredientes podría ocupar miles y miles de páginas, así que solo tocamos unos cuantos conceptos relevantes.

## La revolución

En [Francia](#), en respuesta a los movimientos revolucionarios de la [capital](#),<sup>2</sup> los castillos de los campos son asaltados a fines de julio de [1789](#) por los campesinos que discuten la propiedad señorial. En la noche del 4 agosto de 1789, los privilegios de la nobleza son abolidos y la hacienda es abierta desde entonces a la burguesía, mientras que la desaparición de numerosos [impuestos](#) del [Antiguo Régimen](#) permite de (re)lanzar la inversión. El 26 de agosto, la propiedad privada, "bajo los auspicios del Ser supremo", es reconocida en la [Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano](#) como un derecho inalienable.

En los [Estados Unidos](#), desde la [colonización](#), la propiedad privada de las tierras fue la regla. No obstante, la legislación americana pudo mostrarse muy favorable hacia los menos ricos y supo, gracias a la inmensidad del territorio, hacer de la propiedad privada de la tierra una noción fundamental defendida por los más humildes (no [esclavos](#)). Una ley de [1862](#) les concede en efecto la propiedad privada de 160 agrimensuras a los pioneros. La Homestead Act, ofrece un jardín para que cultiven los europeos desprovistos, estimulando los flujos migratorios hacia los Estados Unidos.

En Gran Bretaña, los economistas clásicos de finales del [siglo XVIII](#) y de principios de [siglo XIX](#) van a concentrar sus críticas en las leyes establecidas con el fin de permitir la emergencia de leyes que favorezcan el [mercado](#). Heredados del [siglo XVII](#), las poor laws británicas ofrecían vía las parroquias una asistencia a los indigentes otorgándoles un trabajo de workhouses, incluso les daban de limosna algunos productos necesarios para su supervivencia. Los grandes clásicos de la economía ([Adam Smith](#), [Thomas Malthus](#) y [David Ricardo](#)) se ensañaron contra este sistema que impediría la movilidad de los trabajadores. En [1834](#), la casi derogación de estas leyes fuerza a los pobres a mudarse a la ciudad con el fin de evitar el hambre, encontrando por la venta de su fuerza de trabajo los recursos necesarios para su supervivencia.

Años después en Francia, la constitución del mercado del trabajo y la libertad de los capitales es permitida en junio de [1791](#) por la Loi Le Chapelier, que prohíbe toda libertad de asociación: corporaciones, asociaciones y coaliciones (es decir sindicatos y paros). En los Estados Unidos, es la 13ª enmienda de la [Constitución](#) que abole la esclavitud el 18 de diciembre de [1865](#), que concluye la liberalización del trabajo en conjunto de los sectores de actividad.

---

<sup>2</sup> [http://es.wikipedia.org/wiki/Discusi%C3%B3n:Edad\\_Moderna](http://es.wikipedia.org/wiki/Discusi%C3%B3n:Edad_Moderna). Consultado el 3 de junio de 2011

## Los Inicios del Socialismo

En el siglo XVIII la mayoría de la población era pobre<sup>3</sup> y vivía en condiciones difíciles, se padecía hambre y problemas sanitarios. Era muy difícil la movilidad social, si un hombre nacía pobre, permanecía pobre toda su vida. Era un sistema rígido que se había mantenido por cientos de años.

Las pocas industrias primitivas que existían en esa época, eran para producir artículos casi exclusivamente para la gente adinerada. La mayor parte de la población, alrededor del 90 por ciento labraba la tierra. En este siglo empezó a existir un exceso de gente en las zonas rurales, sin tierra y sin posibilidad de trabajar. No podían desplazarse a las ciudades porque estaba prohibido por los reyes. Nadie sabía qué hacer con esta gente, que siguió aumentando en número y en Inglaterra y Holanda llegaron a ser tan numerosos que se convirtieron en una amenaza para todo el sistema social.<sup>4</sup>

Algunos de estos marginados organizaron con otros pequeños talleres donde empezaron a producir cosas baratas que buscaban cubrir las necesidades de todos. Este es el comienzo de la producción masiva de bienes, que busca satisfacer las necesidades de las masas y no como venía sucediendo solo la de las clases altas.

El Gobierno, incapaz de retener el desplazamiento de la gente del campo a las ciudades, levanta la restricción, y los marginados son absorbidos por la naciente industria. La mayoría están en situación de hambre y pobreza extrema y tienen que trabajar duro y en condiciones miserables, pero pueden sobrevivir y alimentar a sus hijos. Las jornadas son largas de 16 horas, y el trabajo infantil es algo cotidiano.

Así transcurre el siglo XVIII, como la lucha entre un sistema social que se fractura y el surgimiento de nuevas oportunidades a través de la industria y el comercio. Estas se dan por la apertura legal a la que contribuyen fundamentalmente los whigs. En este ambiente de confrontación nace un hombre cuya historia es extraordinaria, una muestra de cómo los negocios se convierten en una nueva vía para el ascenso social, y como se puede pasar de la pobreza a la riqueza en unas décadas. Se trata del clasificado en la historia como un socialista utópico: Robert Owen. El termino socialismo fue utilizado por primera vez por este industrial en al año 1834.

Owen nace en Gales, Reino Unido, en el año 1771 dentro de una familia de obreros. A los nueve años salió de la escuela y empezó a trabajar en casa de un pañero. A los dieciocho años parte a Manchester con un capital de cien libras, producto de un préstamo de su hermano, estableciéndose con una minúscula empresa de fabricación de maquinaria textil. A los veinte años se hace con la dirección de una empresa de tejidos

---

<sup>3</sup> Sachs, Jeffrey, El fin de la pobreza, Random House Mondadori, Bogotá, 2006. Pág. 59

<sup>4</sup> Mises, Ludwig von, Política Económica. <http://www.hacer.org/pdf/Mises00.pdf> Consultado en febrero de 2014.

en Manchester. En 1800, a los 29 años Robert Owen compró unas fábricas en [New Lanark, una aldea en Escocia](#).

Durante sus años de trabajo Owen había desarrollado un conjunto de ideas que aplicó en sus nuevas empresas. Se preocupó por el bienestar de sus empleados, redujo la jornada laboral, restringió el trabajo infantil y proporcionó bajas por enfermedad. No solo se preocupaba por cómo trabajaban sus dos mil empleados, sino por cómo vivían. Las empresas de Owen se convirtieron en ejemplo de lo que podía hacerse en esta nueva sociedad que cambiaba vertiginosamente. Sus empresas eran visitadas por muchas personalidades de la época que querían conocer de primera mano esta forma de organización. En su libro de honor se registraron veinte mil firmas de visitantes, entre los años 1815 y 1825, entre los que se encontraban escépticos hombres de negocios, reformadores, escritores, ciudadanos, y gente de la realeza. Owen además de conquistar una reputación en Europa de filántropo y hombre de larga visión,<sup>5</sup> aumentó su fortuna de forma considerable, se estimaba en sesenta mil libras, que podrían ser hoy unos dieciocho millones de dólares.

Pero Owen no se quedó allí. A pesar de su éxito, estaba convencido que era un hombre de acción y de ideas. Creía que "al hombre lo hacía su medio social y que si se conseguía cambiar el ambiente entonces se lograría crear un auténtico paraíso en la tierra"<sup>6</sup> pronto se le presentó la oportunidad de aplicar sus ideas. En 1825 compró a una comunidad religiosa, un pueblo en Indiana, Estados Unidos, compuesto por ciento sesenta edificios y doce mil hectáreas de terreno fértil. Ochocientas personas fueron recibidas en la fundación de este proyecto de ciudad, bajo el nombre de "New Harmony"; una comunidad de iguales. El experimento fracasó en pocos años y tuvo que vender el terreno en [1828](#), perdiendo con ello una buena parte de su fortuna. El fracaso lo justificó Owen diciendo que el material humano era pobre para el experimento. Su hijo Robert Dale, quizás concluyó algo más certero, estableciendo que iguales remuneraciones para el hábil y el trabajador como para el ignorante y ocioso desestimaban a los buenos y competentes que se marchaban, quedando solo los malos.

Robert Owen, ante su fracaso, volvió entonces al Reino Unido a liderar un sindicato y a organizar grupos de discusión. No renunció a sus ideas sino que continuó divulgándolas. Estas eran: 1) la posibilidad de desarrollar un sistema económico alternativo, más justo, que evitara los problemas que se presentaban en la sociedad británica y se opusiera al naciente capitalismo, basado en el cooperativismo.[2\)](#) Los obreros debían unirse para crear una nueva realidad europea, eliminando la propiedad privada, la institución de la familia, la religión y las herencias entre otras cosas. Estas ideas continuaron generando gran entusiasmo y dos filósofos no solo la consideraron deseable sino inevitables.

---

<sup>5</sup>Heilbroner, Robert L, Vida y doctrina de los grandes economistas, volumen I Orbis, Barcelona, 1985, Pág. 163

<sup>6</sup>Ídem. Pág. 163 y 164

En 1843 llega a uno de estos grupos en Manchester, organizados por Owen, un joven de 22 años, periodista alemán de familia adinerada que se revelaba contra los preceptos de sus padres: Federico Engels, para quien las reuniones tenían un gran atractivo.

Engels era un intelectual rebelde, inteligente, un líder. En Alemania se reunía con los radicales y a su padre, que quería alejarlo de la influencia de sus amigos, se le ocurrió mandarlo a Manchester, donde tenían un negocio familiar y que le callo como anillo al dedo porque él y sus amigos pensaban que la revolución se iba a dar en Inglaterra y quería estar presente. Allí escribió un estudio sobre la clase obrera inglesa durante la revolución industrial, donde muestran las condiciones difíciles en las que Vivian los obreros en 1840. También colaboraba en varias publicaciones entre ellas un periódico editado por otro joven de 25 años, del grupo de amigos radicales alemanes: Karl Marx. Estos dos hombres intercambian correspondencia y en 1844 se encuentran en Paris, iniciando una amistad intelectualmente muy fructífera. Engels apoyo a Marx no solo en sus investigaciones, sino también económicamente y psicológicamente, sin Engels el trabajo de Marx quizás no se hubiera realizado.

En 1848 el ambiente estaba candente, había protestas en toda Europa. Ellos escriben “El manifiesto comunista” adelantando la premisa del marxismo: que la historia de todas las sociedades existentes es la lucha de clases. Para Marx y Engels, la esencia del sistema capitalista era la explotación de los obreros que recibían migajas, mientras que los capitalistas se llevaban todos los frutos. El manifiesto comunista predijo que mientras el capitalismo progresara la clase obrera sería mayor y más pobre, por lo tanto la revolución sería inevitable. Se formaría entonces una sociedad socialista donde los hombres contribuirían según sus capacidades y recibirían según sus necesidades, con el tiempo el gobierno sería innecesario pasándose a una sociedad sin patria que se llamaría comunismo.

El Manifiesto fue traducido a todos los idiomas Europeos convirtiéndose en el panfleto más influyente jamás publicado. Pero este era solo un resumen, y Marx se propuso escribir una teoría completa del socialismo , que pensó en desarrollar en cinco semanas, cosa que no pudo cumplir pues tardo casi veinte años en escribirlo. Todo ese tiempo dependió económicamente de Engels.

En 1883 muere Marx y Engels doce años después en 1895.

Ya en el siglo veinte, Eduard Bernstein, un revisionista de los textos de Marx, que vivió entre los años 1850 y 1932, encontró algunas fallas en la teoría, la clase obrera no era cada vez más pobre y existía algunos aspectos del marxismo que obligaban a reconocer que Marx estaba equivocado en muchas cosas. Esto generó un gran debate en toda Europa. A miles de kilómetros un revolucionario de 29 años seguía este debate intelectual, exiliado en Siberia, su nombre: Vladimir Ilich Uliánov, más conocido como: Lenin.

Lenin tenía una gran confianza en sí mismo, era un hombre inteligente que creía saber lo que era bueno para todo el mundo, en especial para el futuro de su país y que

respondió a las críticas de Bernstein e hizo su propia revolución. Aquí continúa la historia con otros hombres que plantearon desde el marxismo o socialismo cambios en sus países y los llevaron a cabo como Mao, Stalin, Kim Il-Sung, Fidel Castro y Hugo Chávez, entre otros. El socialismo que prometía, un paraíso en la tierra no logro sus propósitos y todos sabemos cómo terminaron o como van estos gobiernos. Un capítulo aparte merece este tema del marxismo y las consecuencias de su implementación que básicamente fueron pobreza y restricción de todas las libertades.

### **Economía de mercado.**

Ahora veamos otro hombre que trato de interpretar la realidad de su tiempo en el siglo XVIII. Se trata de Adam Smith, quien en 1776, publica *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* o sencillamente *La riqueza de las naciones*, su obra más celebre, considerada como el primer libro moderno de [economía](#).

Acordémonos que Robert Owen, nació en 1771 y sus propuestas nacen como una respuesta a las injusticias de una naciente economía. Smith analiza también la misma economía para tratar de explicar el origen de la prosperidad económica de países como Inglaterra y Europa. Para esto desarrolla teorías sobre la división del trabajo, el, mercado, la moneda, el precio de las mercancías, los salarios, los beneficios, la acumulación de capital, la desigualdad, la renta de la tierra y la naturaleza de la riqueza.

Venimos de un sistema rígido y sin posibilidades de solucionar los nuevos problemas de alimentación y convivencia producto del aumento de la población. Bien, Cuando esta forma de organización social denominada feudalismo no llenó las expectativas de los individuos que la conformaban, fue reemplazada lentamente por otra que hemos llamado capitalismo o economía de mercado

*“El término capitalismo proviene de la palabra caput en latín, cabezas de ganado, y se refiere a las posesiones. La palabra capital se utiliza en el siglo XII y se refiere al uso de fondos. El término “capitalismo” es utilizado por primera vez en 1854 por un inglés, el novelista William Thackeray, para referirse simplemente a la propiedad privada del dinero.”* Fue difundido ampliamente por el marxismo adquiriendo una connotación peyorativa que se mantiene hasta nuestros días. La carga ideológica del concepto hace que tengamos que utilizar otros términos como economía de mercado, más suave, para referirse a las sociedades capitalistas actuales..

Con Adam Smith se inicia la ciencia económica, después de él muchos autores se dedicaron a estudiar las diferentes relaciones y componentes del proceso económico y de las economías de mercado o capitalismo como tal.

### **Imperialismo**

---

<sup>7</sup>FMI, Inclusión económica e integridad financiera: Discurso pronunciado ante la Conferencia para un Capitalismo Inclusivo por Christine Lagarde. Directora Gerente del Fondo Monetario Internacional. Londres, 27 de mayo de 2014. <https://www.imf.org/external/spanish/np/speeches/2014/052714s.htm> consultada el 1 de noviembre de 2014

El elemento oficial del mundo de la economía permanecía ajeno al asunto<sup>8</sup>, contemplando con ecuanimidad el proceso del desarrollo imperial y limitándose a determinadas observaciones sobre la influencia que las nuevas posesiones ejercerían en el curso del comercio. Tuvo también que ser el mundo bajo de los economistas el que siguiese con vivísimo interés este nuevo fenómeno histórico. Y esos economistas del mundo bajo vieron en aquella carrera mundial por el dominio algo muy distinto del simple y excitante choque de la política o de los caprichos inexplicables de los gobernantes.

Vieron que la corriente del capitalismo tomaba una dirección completamente diferente; más aún, advirtieron que el imperialismo marcaba un cambio en el carácter fundamental del propio capitalismo. Y, lo que era todavía de mayor trascendencia, adivinaron en el nuevo e inquieto proceso de expansión el desarrollo más peligroso que el capitalismo había sufrido hasta entonces, por ser, precisamente, un desarrollo que conducía a la guerra.

El autor de esta última acusación fue un heterodoxo de buenos modales, producto —él mismo se definía así— «de la capa intermedia, de la clase media, de una población de tamaño medio del Midlands». Tratábase de John A. Hobson, un hombrecito frágil, preocupadísimo de su salud y afligido de una dificultad de expresión que lo llenaba de nerviosismo cuando tenía que hablar en público. Nació el año 1858 y se preparó en Oxford para una carrera universitaria; por lo que sabemos de su ambiente y de su personalidad (que no es mucho, pues este hombre tímido y solitario se las compuso para que nada dijese de él las guías y diccionarios), estaba destinado a llevar la vida anónima y recatada del magisterio inglés.

Dos factores se interpusieron para que no fuera así. Leyó las obras de Ruskin, el crítico y ensayista inglés que se mofaba de los cánones que sobre el valor de la moneda regían en la burguesía victoriana y que lanzó esta clarinada: «¡La riqueza es vida!» Hobson adquirió de Ruskin el concepto de que la economía era una ciencia humana, más bien que escolástica, y volvió la espalda al frío refinamiento de la doctrina ortodoxa, para interesarse por la construcción, más emocionante, de un mundo en que los gremios cooperativos de trabajadores darían a la personalidad humana un valor más elevado que el tosco mundo de los salarios y de los beneficios. Hobson, al igual que los socialistas utópicos, afirmaba que su sistema no era utópico; por el contrario, era «tan seguro como una proposición de Euclides».

Como socialista utópico, quizá Hobson hubiera conquistado el respeto, porque a los ingleses les caen simpáticos los excéntricos. Pero como herético, como pisoteador de las virtudes de la tradición, vino a ser un paria de la economía. La casualidad le hizo entrar en relación con un sujeto llamado A. F. Mummery, pensador independiente, próspero hombre de negocios e intrépido alpinista..., que halló la muerte el año 1895 en las cumbres de Nanga Parbat. Hobson escribe: «No hará falta decir que nuestras conversaciones no versaban sobre este plano físico. Pero él era también un alpinista

---

<sup>8</sup> Ibid. Pág. 26



mental...» Mummery había analizado las bajas repentinas y periódicas del comercio, que venían preocupando a la comunidad de los negocios desde comienzos del siglo XVIII, y tenía un criterio personal acerca del origen de las mismas. El mundo del profesorado oficial consideraba esa tentativa, para hablar en los términos del propio Hobson, «tan absurda como el tratar de demostrar que la tierra es plana». Mummery, volviendo a Malthus, opinaba que la causa de las depresiones era el ahorro excesivo, la incapacidad crónica del sistema para distribuir un poder adquisitivo suficiente para absorber la propia producción.

Hobson empezó tratando de refutar la idea, pero acabó convenciéndose de que Mummery estaba en lo cierto. Entre ambos escribieron la obra *The Physiology of Industry*, y en ella expusieron su heterodoxo criterio de que el ahorro podía llegar a socavar la prosperidad. Esto era demasiado para que el mundo oficial lo tragase. ¿Acaso no habían recalcado los grandes economistas, desde Adam Smith en adelante, que el ahorro era una de las dos caras de la moneda de oro de la acumulación? ¿Acaso todo acto de ahorro no aumentaba automáticamente el fondo del capital que servía para dar trabajo a un número mayor de personas? Decir que el ahorro podía traer como consecuencia el paro, no sólo constituía un contrasentido de lo más flagrante, sino que además atacaba positivamente a una de las piernas sobre las que se sostenía la estabilidad social: la frugalidad. El mundo económico se sintió escandalizado; los encargados de la organización de las Conferencias de Ampliación, de la Universidad de Londres, llegaron a la conclusión de que podían pasarse sin el concurso de Hobson; la Charity Organization Society le canceló una invitación que le había hecho para hablar en ella. El hombre docto se había convertido en hereje, y el hereje tenía que acabar en paria.

Todo esto parece muy alejado del problema del imperialismo. Pero las ideas germinan a veces de manera tortuosa. Al verse Hobson excluido del mundo de la respetabilidad, entró por el camino de la crítica social, y el crítico social enfocó su atención en el gran problema del día: África.

Los antecedentes del problema africano eran complejos y estaban cargados de emotividad. Pobladores de origen holandés se habían establecido el año 1836 en la región del Transvaal; eran las suyas unas sólidas comunidades de granjeros «azotadores de cafres y lectores de la Biblia». Pero las tierras elegidas por ellos, abiertas, soleadas y vivificantes, encerraban riquezas mayores que las que estaban a la vista. El año 1869 se encontraron en ellas diamantes, y en 1885, oro. Antes de pocos años, la paz de unos pobladores que avanzaban al paso de sus carretas de bueyes se transformó en el frenesí de una comunidad de especuladores. Apareció en escena Cecil Rhodes con proyectos de ferrocarriles y de industrias; en un momento de desvarío Rhodes aprobó una incursión en el Transvaal, y la prolongada tensión de ánimo a que venían estando sometidos tanto los colonos holandeses como los ingleses rompió sus frenos. Empezó la guerra de los bóers.

Con anterioridad a esto, Hobson había ido ya a África. «La más tímida de todas las criaturas de Dios», según él mismo se había calificado, viajó desde la ciudad de El Cabo hasta Johannesburgo, conversó con Kruger y con Smuts, y, por último, comió con el propio Rhodes, en víspera de la incursión armada en el Transvaal. Rhodes era una

personalidad compleja y desconcertante. Dos años antes de su aventura africana, un periodista le atribuyó estas palabras:

«Estuve ayer en el East End de Londres y asistí a un mitin de parados. Oí los alborotados discursos, que no eran otra cosa que un grito de ¡pan!, ¡pan!, y al regresar a mi casa iba meditando en aquella escena... Acaricio la idea de una solución del problema social, y esa idea es la siguiente: si queremos salvar a los cuarenta millones de habitantes del Reino Unido de una sangrienta guerra civil, nosotros, los estadistas coloniales, debemos adquirir tierras nuevas en las que asentar el exceso de población, y proporcionarle nuevos mercados a la producción de las fábricas y de las minas. Yo siempre he dicho que el Imperio es un problema de pan y mantequilla.»

Ignoramos si Rhodes expuso ante Hobson esos mismos sentimientos; es probable que sí. Pero tal probabilidad es lo de menos. Porque lo que Hobson vio en África concordaba del modo más sorprendente con la herejía económica de la que él y Mummery habían sido declarados reos: la teoría del exceso de ahorro.

Hobson regresó a Inglaterra para escribir acerca de la guerra en África, y en el año 1902 presentó al mundo un libro en el que sus observaciones africanas hallábanse curiosamente mezcladas con sus ideas heterodoxas.

El libro titulábase Imperialismo. Era un volumen devastador, pues constituía la crítica más importante y cauterizadora hasta entonces publicada contra el sistema basado en el beneficio. Lo más grave que Marx había llegado a predecir era que el sistema se destruiría a sí mismo; pero Hobson apuntaba la idea de que quizá destruyese incluso al mundo. Veía el proceso del imperialismo como una tendencia implacable y constante del capitalismo a salvarse del dilema que llevaba dentro; una tendencia que forzosamente traía consigo las conquistas con fines comerciales en el extranjero, lo cual envolvía, de manera inevitable, un constante peligro de guerra. Jamás se había planteado acusación moral más profunda que ésta de que el precio exigido por la supervivencia del sistema era la muerte de los que vivían dentro del mismo.

¿Cuál era en esencia la acusación de Hobson?

Aunque Hobson no sentía simpatías hacia el marxismo y sus finalidades, su argumentación era casi marxista por su impersonalismo y su desarrollo inexorable. Afirmaba que el capitalismo se enfrentaba con una dificultad interna e insoluble, y que se encontraba forzado a recurrir al imperialismo, no por puro afán de conquista, sino como medio de asegurar su propia supervivencia económica.

La dificultad interna del capitalismo venía a ser una faceta del sistema a la que, en el pasado, se había concedido atención sorprendentemente escasa, a saber; la desigualdad del capitalismo en la distribución de la riqueza. De mucho tiempo atrás venía siendo un tópico de preocupación moral el de que la forma de funcionar del sistema del beneficio, con frecuencia daba como resultado el que los ricos se hiciesen más ricos y que los pobres tuviesen más hijos; pero estaba reservado a Hobson el poner de relieve las consecuencias económicas de ese hecho.

Las consecuencias que Hobson descubrió fueron de lo más sorprendentes. La desigualdad de ingresos conducía al más inesperado de los dilemas: a una situación paradójica en que ni los ricos ni los pobres ¡podían consumir una cantidad suficiente de artículos! ¡Los pobres no podían consumir bastante porque sus ingresos eran demasiado pequeños, y los ricos no podían consumir bastante porque sus ingresos eran demasiado grandes! En una palabra, decía Hobson, es preciso que la economía consuma todo lo que produce, si no queremos que se congestione de exceso de existencias su propio mercado, o, lo que es lo mismo: toda mercancía debe tener un comprador. Ahora bien: si los pobres sólo pueden comprar las cosas estrictamente esenciales, entonces ¿quién va a comprar el resto? Los ricos, evidentemente. Pero, aunque los ricos tienen dinero, carecen de capacidad física para realizar todo ese consumo; porque un hombre que obtiene unos ingresos de un millón de dólares habría de consumir una suma de artículos mil veces superior a la de quien sólo dispone de mil dólares para gastar.

Así, pues, a consecuencia de una división injusta de la riqueza, los ricos —tanto los individuos como las sociedades— se veían obligados a ahorrar. Ahorraban no sólo porque muchos de ellos lo querían, sino porque, de todas maneras, no podían remediarlo, puesto que sus ingresos resultaban demasiado grandes para que pudieran ser consumidos por ellos.

Y de ese ahorro era del que nacían las dificultades. Si no se quería que la economía sufriera los desastrosos efectos de una baja constante del poder adquisitivo, era preciso que se diese una inversión al ahorro automático de las capas ricas de la sociedad. Pero ahora se planteaba la cuestión de cómo había que hacer entrar en acción a esos ahorros. La respuesta clásica era que había que invertirlos en crear más fábricas y una producción mayor, ascendiendo de ese modo a un nivel más elevado de fabricación y rendimiento. Smith, Ricardo, Mill, todos los grandes economistas coincidían en esta solución del problema. Pero Hobson veía interponerse una dificultad en ese camino. Si la masa de la población se encontraba ya en dificultades para comprar todos los artículos lanzados al mercado, debido a que sus ingresos eran demasiado pequeños, ¿cómo sería posible que un capitalista razonable invirtiera su dinero en equipo industrial que lanzaría una cantidad todavía mayor de artículos, en un mercado ya superabastecido? ¿Qué se adelantaría invirtiendo el dinero ahorrado en poner en marcha otra fábrica de zapatos, pongamos por caso, si el mercado padecía una inundación de ese artículo superior a la que podía ser absorbida sin dificultades? ¿Qué solución quedaba entonces?

La respuesta era endiabladamente clara. Los ahorros automáticos de los ricos podían invertirse de forma que entraran en funciones sin las perturbadoras consecuencias de una mayor producción en el interior. Esto es, podían ser invertidos en el extranjero.

Esta es la génesis del imperialismo. Se trata, escribía Hobson, «de un intento de los grandes rectores de la industria para ampliar el canal de salida de su riqueza excedente, por medio de mercados extranjeros y de inversiones extranjeras, en las cuales encontrarían aplicación las mercancías y el capital que no pueden ser empleados en el interior del país».

El resultado de esa táctica es desastroso. No es una sola nación la que envía al exterior su riqueza excedente. Todas las naciones están embarcadas en la misma nave. Por esa razón se produce una carrera para repartirse el mundo, y cada nación trata de acotar para sus inversores los mercados más ricos y más lucrativos de que puede apoderarse. Por eso África se convierte en un inmenso mercado (y una fuente de materias primas baratas) que se reparten los capitalistas de Inglaterra, Alemania, Italia y Bélgica; Asia se transforma en un sabroso pastel que se distribuyen japoneses, rusos y holandeses. India se convierte en campo de mercancía barata para la industria británica, y lo propio ocurre con China para la industria japonesa.

Vemos, pues, que de esa forma el imperialismo se transforma en el camino de la guerra; un camino que no es una carretera real ni una senda de aventuras o desventuras, sino un sórdido proceso en el cual las naciones capitalistas compiten por hacerse con semilleros para su riqueza, que no encontraba aplicación. Es difícil imaginarse una causa menos ideal para justificar el derramamiento de sangre.

No hará falta decir que semejante teoría de violencia y de lucha halló escaso estímulo en el mundo oficial de los economistas. Decía éste que Hobson continuaba «mezclando confusamente la economía con otras materias», y como esas «otras materias» apenas sugerían la existencia de un mundo organizado en torno de la búsqueda del placer, el mundo oficial consideró la teoría del imperialismo como una especie de exhibición de torpes maneras en la mesa, tal y como se podía esperar de un hombre cuyas teorías económicas eran un agravio a doctrinas tan en armonía con el sentido común, como esta de los beneficios sociales de la frugalidad.

Sin embargo, mientras que aquellos que hubieran podido someter la doctrina de Hobson a un examen inteligente, a la par que crítico, la soslayaban escrupulosamente, esa doctrina fue abrazada de todo corazón por otro sector del mundo bajo o subterráneo: los marxistas. Después de todo, la idea no era completamente original de Hobson; había sido elaborada por un economista alemán llamado Rodbertus, y por Rosa Luxemburgo, impetuosa revolucionaria alemana. Pero Hobson había tratado el problema más amplia y profundamente, y su doctrina fue bordada en el manto real de la teoría marxista, nada menos que por su más destacado teorizador: por un desterrado que se llamaba Vladimir Ilich Ulianov, más conocido por Lenin.

La teoría emergió de su bautismo un poco cambiada. Hobson se preguntaba, intrigado, por qué las naciones capitalistas buscaban colonias con tal avidez, después de muchos decenios de mayor o menor indiferencia hacia ellas. Su teoría del imperialismo no era un dogma, y mucho menos una predicción férrea de guerras absolutamente inevitables. Más aún, expresaba la esperanza de que los imperialismos rivales podrían llegar a una especie de reparto definitivo del mundo y coexistir pacíficamente, unos al lado de otros, sobre la base de vivir y dejar vivir.

Pero, revestida ya de la vestimenta marxista, la teoría adquirió tonalidades más amenazadoras y también más inexorables. No sólo se colocó al imperialismo como piedra maestra del arco económico marxista, otorgándosele la consagración marxista de cosa infalible, sino que adquirió una amplitud que sobrepasaba el marco de Hobson hasta

explicar con ella todo el sesgo social del capitalismo en su última etapa. ¡Y qué aterrador cuadro presentaba después de este tratamiento!

“Siendo la fase más elevada del desarrollo capitalista, el imperialismo.., arrastra dentro de la órbita de explotación del capital financiero a todas las colonias, todas las razas y todas las naciones... Al exprimir sumas enormes en beneficios de plusvalía de millones de trabajadores coloniales y de campesinos, y al acumular ingresos colosales en esta explotación, el imperialismo crea un tipo de clase rentista podrida y parasitariamente degenerada. La época del imperialismo, al completar el proceso de creación de los requisitos previos materiales del socialismo (la concentración de los medios de producción, la socialización enorme de la mano de obra, el crecimiento de la organización de los trabajadores), intensifica los antagonismos entre las grandes potencias y hace surgir las guerras que son causa de la ruptura de su economía de mundo único. El imperialismo es, por consiguiente, un capitalismo moribundo y putrefacto. Es la etapa final del desarrollo del sistema capitalista. Es el umbral de la revolución social”.

Quien eso escribe es J. V. Stalin. Ocasión: la Tercera Internacional Comunista. Fecha: 1928. Pero, aunque quien habla es Stalin, la voz pertenece a Lenin. Más conturbador todavía es el hecho de que el concepto leninista de un capitalismo devastador y devastado, corrompido en su interior y rapaz en lo externo, fue la explicación oficial soviética del mundo en que vivíamos. Su validez fue reafirmada por el programa oficial del partido comunista adoptado en 1961:

El imperialismo no conoce otras relaciones entre los Estados que las de dominación y subordinación, de opresión del débil por el fuerte. Basa las relaciones internacionales en la intimidación, en la violencia y el gobierno arbitrario. Considera las guerras de agresión como un medio natural de resolver las disputas internacionales.

De que el imperialismo es una realidad, no cabe duda. Nadie que esté familiarizado con la historia de la última parte del siglo XIX y de los comienzos del siglo XX puede dejar de ver la trayectoria de saqueo, engrandecimiento territorial y colonialismo opresivo que corre como un hilo indicador a través de incontables incidentes de recelos internacionales, roces y guerras. Ya no está de moda el considerar a la primera guerra mundial como un conflicto «puramente» imperialista; pero no cabe duda de que el imperialismo hizo mucho por desatarla con sus esfuerzos por ocupar la mejor posición en la carrera.

Sin embargo, la realidad parece ser mucho más complicada que esta versión marxista. El imperialismo no es estrictamente comercio exterior ni estrictamente inversión exterior. Es todo esto y además interferencia política, explotación económica, fuerza militar y un suave menosprecio de la nación más rica hacia los intereses de la nación más pobre. Lo que sorprende tanto de la inversión británica del siglo XIX en la India, por ejemplo, es que estaba basada totalmente en las necesidades de Inglaterra y no estaba motivada ni configurada en el grado más ligero por las necesidades de la India.

La situación resulta considerablemente distinta si volvemos los ojos a la inversión de

Estados Unidos en regiones políticamente más adelantadas —aun cuando económicamente están todavía muy atrasadas—, tales como América del Sur, Aquí encontramos grandes agregados de capital norteamericano que ejercen indudablemente poderosas influencias sobre los asuntos de las naciones «huéspedes». Sin embargo, la relación existente entre las sociedades anónimas norteamericanas y sus huéspedes extranjeras no es del todo igual a la típica relación imperialista del siglo XIX. Los nacionales del país huésped, lejos de ser excluidos de la dirección y administración, son adiestrados para desempeñar puestos directivos, los cuales se les confían en su casi totalidad, y es típico verlos figurar como miembros del propio consejo de administración, y a veces controlarlo. Los beneficios de las sociedades anónimas extranjeras suelen soportar impuestos muy elevados, y la repatriación de los beneficios sufre el bloqueo de las restricciones cambiarias. Y lo que es Más importante de todo, la amenaza de expropiación —siempre muy popular políticamente— pende sobre la sociedad para recordarle lo que le sucederá si se descubre que se ha comportado de alguna manera que vaya en contra del interés nacional de la nación huésped.

Aquí, al menos, va en disminución el ejercicio del imperialismo económico tradicional. E incluso en las restantes regiones semicoloniales, el poder del capital norteamericano (o europeo), aunque todavía es muy grande, se ve combatido por los cambios que han alterado definitivamente la actitud de estas regiones hacia sus supremos señores capitalistas.

### **Alguien tenía que tirarse la fiesta de los capitalistas: los comunistas**

En 1848 se publicó el manifiesto del partido comunista

Las clases rectoras temblaron y vieron la amenaza del comunismo por todas partes<sup>9</sup>. No carecían de base sus temores. Los obreros de las fundiciones francesas cantaban himnos revolucionarios al compás de los golpes de sus mandarrias. Enrique Heine, el romántico poeta alemán que por aquel entonces realizaba una gira por las fábricas, informaba que «realmente las gentes de nuestra buena sociedad no pueden imaginarse la nota demoníaca que vibra en todas esas canciones».

Sin embargo, a pesar de la clarinada de las palabras del Manifiesto, las notas demoníacas no eran un toque de llamada a una revolución comunista; eran un grito nacido de la frustración y de la desesperación. Porque toda Europa se encontraba en las garras de una reacción que, comparada con la situación que reinaba en Inglaterra, hacía aparecer a ésta como un auténtico idilio. John Stuart Mill había calificado al Gobierno francés de «carente en absoluto de todo espíritu de mejoramiento y... forjado casi exclusivamente por los impulsos más ruines y egoístas del linaje humano»; y los franceses no tenían el monopolio de estos títulos a la fama. Por lo que respecta a Alemania, ya avanzada la cuarta década del siglo XIX, Prusia aún no tenía Parlamento, se carecía de libertad de palabra y del derecho de reunión, no existía libertad de Prensa ni juicio por jurados, ni se toleraba idea alguna que se desviase, ni en el grueso de un cabello, del rancio concepto

---

<sup>9</sup> Ibid. Pág. 202

del derecho divino -de los reyes. Italia era un país fragmentado en anacrónicos principados. La Rusia de Nicolás I (a pesar de la visita que el zar había hecho a las instituciones de New Lanark, de Robert Owen) fue calificada por el historiador De Tocqueville de «piedra angular del despotismo en Europa».

Si la desesperación hubiese sido canalizada y dirigida, quizá las notas demoníacas hubieran adquirido un timbre auténticamente revolucionario. Pero las sublevaciones fueron espontáneas, indisciplinadas y a la ventura; lograron victorias iniciales, pero luego no supieron qué hacer con ellas, y el orden viejo, después de un vaivén, volvió a su antigua posición. El fervor -revolucionario menguó y, donde no ocurrió así, fue aplastado de manera implacable. Las muchedumbres alborotadas de París fueron sometidas por la Guardia Nacional, al precio de diez mil bajas. Luis Napoleón se hizo cargo del gobierno del país, y no tardó en cambiar la Segunda República por el Segundo Imperio. El pueblo de Bélgica llegó a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era pedir al rey que siguiese en su puesto, y el rey pagó ese homenaje aboliendo el derecho de reunión. Las multitudes vienesas y húngaras fueron desalojadas a cañonazos de sus reductos, y en Alemania, una asamblea constitucional que había estado debatiendo valerosamente la cuestión de si debería constituirse en República, acabó fraccionándose en grupos que entablaron disputas enconadas, y llegó a la ignominia de ofrecer el país a Federico Guillermo IV de Prusia. Y la ignominia fue mayor aún cuando ese monarca declaró que no aceptaba una corona que le era ofrecida por las manos innobles de gentes plebeyas.

Así acabó la revolución, que había sido feroz y sangrienta, pero que no cuajó en nada. Hubo en Europa algunas caras nuevas, pero las normas políticas siguieron siendo más o menos iguales.

Pero a un pequeño grupo de dirigentes de la clase trabajadora, que acababan de fundar la Liga Comunista, todo aquello no les produjo profunda desesperación. Es cierto que la revolución en que habían puesto tan grandes esperanzas había fracasado, y que los aislados movimientos extremistas de Europa veíanse perseguidos más implacablemente que antes. Sin embargo, todo eso podía mirarse con cierta ecuanimidad, porque, según sus teorías de la Historia, los levantamientos de 1848 no eran sino ensayos en pequeña escala de la gigantesca obra que se pondría en escena más adelante, y no les cabía la mínima sombra de duda del éxito que alcanzaría aquel espectáculo catastrófico.

La Liga acababa de publicar su declaración de objetivos, a la que llamó el Manifiesto Comunista. A pesar de sus gritos de combate y de sus frases cortantes, el Manifiesto no había sido escrito simplemente para aguijonear el sentimiento revolucionario, o para sumar una voz más de protesta al clamor de voces que ya rasgaban el aire. El Manifiesto pretendía algo más: estaba animado por una filosofía de la historia, de acuerdo con la cual no sólo era conveniente una revolución comunista, sino que también podía demostrarse que era inevitable. A diferencia de los socialistas utópicos que aspiraban igualmente a reorganizar la sociedad de una manera más acomodada a sus deseos, los comunistas no hacían llamamientos a las simpatías de la gente, ni a su partidismo, para levantar castillos en el aire. Por el contrario, ofrecían a los hombres la ocasión de acoplar sus destinos a una estrella y ver cómo esa estrella se movía inexorablemente a través del zodíaco histórico. No se trataba ya de una lucha en la que uno u otro de los dos bandos tuviese

que ganar por razones morales o sentimentales, o porque creyese que el orden existente era afrentoso. Al contrario se había hecho un análisis frío del bando que tenía que ganar, y los dirigentes del proletariado no tenían otra cosa que hacer sino esperar, ya que el triunfo habría de ser para el proletariado. Tan cierto como dos y dos son cuatro, el desenlace final tenía que producirse a su favor.

El Manifiesto era un programa escrito para el futuro. Una cosa, sin embargo, habría sorprendido a sus autores. Ellos estaban dispuestos a esperar, pero no setenta años, puesto que ya entonces escudriñaban toda Europa en busca del país en que más probablemente se incubaría la revolución. Y ni siquiera una vez se les ocurrió volver por un instante la vista hacia Rusia.

El Manifiesto, como todo el mundo sabe, fue hijo del cerebro de un genio colérico: Carlos Marx. Para ser más exactos, fue obra de la colaboración de Marx y de su extraordinario compañero, compatriota, partidario y colega, Federico Engels.

En esa etapa del capitalismo estas palabras del manifiesto podrían llenar de entusiasmo a muchos que padecían los rigores del sistema y quizás los llenaba de esperanzas: Ser capitalista<sup>10</sup> significa ocupar, no solo una posición personal en la producción, sino también una posición social. El capital es un producto colectivo; no puede ser puesto en movimiento sino por la actividad conjunta de muchos miembros de la sociedad y, en último término, solo por la actividad conjunta de todos los miembros de la sociedad.

El capital no es, pues, una fuerza personal; es una fuerza social.

Os horrorizáis que queramos abolir la propiedad privada<sup>11</sup>. Pero en vuestra sociedad actual la propiedad privada esta abolida para las nueve décimas partes de sus miembros. Precisamente porque no existe para esas nueve décimas partes, existe para vosotros. Nos reprocháis, pues, el querer abolir una forma de propiedad que no puede existir sino a condición de que la inmensa mayoría de la sociedad sea privada de propiedad.

En una palabra, nos acusáis de que querer abolir vuestra propiedad. Efectivamente, eso es lo que queremos

---

<sup>10</sup> Marx, Carlos./ Engels, Federico, Manifiesto del partido comunista, Panamericana, Bogota, 2007, Pág. 43,

<sup>11</sup> Ibid. Pág. 45



E Incluía diez Medidas a adoptar<sup>12</sup>: entre otras, abolición del derecho de herencia, educación pública y gratuita de todos los niños

De las 10 medidas que son en verdad fuertes y hablan de expropiaciones, un control total de los medios de producción, obligación a trabajar, etc. Estas dos llaman la atención por que son digamos que no tan violentas e implican unas acciones diferentes. En el caso de las herencias considero que es igualar al hombre desde su nacimiento y parece una acción legítima. Con respecto a la educación gratuita, es lo más democrático y justo que podemos hacer para darle las mismas oportunidades a toda la población, tanto que esa medida se aplica hoy en los países capitalistas.

Y remata: En fin los comunistas trabajan en todas partes por la unión y el acuerdo entre los partidos democráticos de todos los países<sup>13</sup>. Los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos solo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente. Las clases dominantes pueden temblar ante una revolución comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen en cambio, un mundo que ganar

Esta promesa, tan hermosa, jamás se cumplió. El comunismo no pudo ganar ningún mundo y sí condenó a millones de millones de seres humanos al sufrimiento y a la muerte.

Sin embargo, ambos son hombres interesantes, y, desde luego, de importancia enorme.<sup>14</sup> La dificultad estriba en que tanto uno como otro se han convertido ya en algo más que hombres; Marx, como ser humano, se halla oscurecido por Marx, figura representativa; y Engels aparece envuelto en la sombra de Marx. Si hemos de guiarnos en nuestro juicio por el recuerdo del número de frentes inclinadas en reverente adoración, Marx debe ser considerado como una figura religiosa parangonable a la de Cristo o a la de Mahoma, y Engels viene a convertirse en una especie de San Pedro o de San Juan. En el Instituto Marx-Engels, de Moscú, hombres doctos se enfrascaron en el estudio de sus obras con idolatría igual a la que ellos ridiculizan en los museos antirreligiosos abiertos en la misma calle; pero mientras Marx y Engels fueron canonizados en Rusia, en una gran parte del mundo siguen crucificándolos.

No merecen ni lo uno ni lo otro, porque no fueron ni santos ni demonios. Tampoco su obra es un libro santo, ni objeto de execración. Se halla situada en la gran línea de puntos

---

<sup>12</sup> Ibid. Pág. 54,

<sup>13</sup> Ibid. Pág. 76

<sup>14</sup> Heilbroner, Robert L., Vida y doctrina de los grandes economistas, volumen I Orbis, Barcelona, 1985, Pág 202.

de vista económicos que han venido sucesivamente clarificando, iluminando e interpretando nuestro mundo; y, al igual que las demás grandes obras de esa clase, no carece de fallos, ni está desprovista de méritos.

Hoy, después de la retirada del comunismo, no se cumplieron sus predicciones de que el capitalismo estaba condenado de una manera fatal e inevitable al colapso.

## El equilibrio

Una palabra puede resumir la preocupación básica que había tras las enseñanzas de Alfred Marshall<sup>15</sup>: la palabra equilibrio. Se interesó primordialmente por el ajuste automático, por la corrección automática que está en la naturaleza misma del mundo económico. Como más tarde escribiría su discípulo más brillante. J. M. Keynes, él creó «todo un sistema copernicano, en virtud del cual todos los elementos del universo económico se mantienen en su lugar como consecuencia del contrapeso mutuo y de la interacción».

Evidentemente, mucho de esto se había enseriado ya antes. Adam Smith, Ricardo y Mill habían expuesto el sistema de mercado como un mecanismo de realimentación de una gran complejidad y eficiencia. Sin embargo, entre la visión global y la minuciosa elaboración que abarcaba hasta el simple detalle había mucho territorio inexplorado y mucha exposición nebulosa: la teoría del equilibrio del mercado que heredó Marshall resultaba mucho más imponente a distancia que vista de cerca. Presentaba fragmentos confusos incluso en materias básicas tales como la de si los precios eran realmente un reflejo del coste de producción de un bien o la del grado final de satisfacción a que daba lugar ese bien: en otras palabras, ¿eran los diamantes un artículo de alto precio porque eran difíciles de encontrar o porque la gente disfrutaba llevándolos? Tales cuestiones quizá no hagan latir el corazón más de prisa sino a un economista, pero mientras permanecieran oscuras resultaba difícil pensar con claridad acerca de muchos problemas que la ciencia económica trata de acometer.

Marshall se aplicó precisamente a estas peliagudas cuestiones de la teoría económica. En sus famosos Principios combinó una mente dotada de una precisión matemática con un estilo pausado, razonador, lleno de ejemplos de la vida nacional, y maravillosamente lúcido. Incluso un hombre de negocios podía entender esta especie de Economía, pues todas las pruebas lógicas difíciles de comprender eran deliberadamente relegadas a las notas de pie de página (con el resultado de que Keynes dijo, irreverentemente, que un economista haría mejor en leer las notas de pie de página y olvidar el texto, que lo contrario). En todo caso, el libro alcanzó un tremendo éxito: publicado originalmente en 1890, sigue siendo aún la dieta prescrita para el estudiante que aspira a ser economista.

---

<sup>15</sup> Ibid. Pág. 48,

¿Y cuál fue la gran aportación de Marshall a los embrollos conceptuales de la Economía? Su principal aportación —la única a la que el mismo Marshall volvía una y otra vez— fue la insistencia en la importancia del tiempo como elemento quinta- esencial en el funcionamiento del proceso del equilibrio.

Porque el equilibrio —señala Marshall— cambiaba su sentido básico según que el proceso de ajuste de la economía tuviera lugar a corto o a largo plazo. A corto plazo, los compradores y vendedores se reunían para sus regateos en el lugar del mercado, pero básicamente el proceso de negociación gira en torno a una cantidad bastante fija de mercancías: los diamantes que los comerciantes de diamantes llevaban consigo en sus maletines. Pero a largo plazo, la cantidad de diamantes no era fija. Si la demanda lo justificaba, podrían abrirse nuevas minas; si la oferta era superabundante, podrían abandonarse minas viejas. Por esta razón, a plazo muy corto, lo que ejercía la influencia más inmediata sobre su precio de mercado era la utilidad psíquica de los diamantes, es decir, su demanda; pero a largo plazo, a medida que el fluir de la oferta se ajustaba a los deseos de los consumidores, el coste de producción afirmaba de nuevo su superioridad. Por supuesto que ni el coste ni la utilidad podrían estar nunca totalmente separados de la determinación del precio; la demanda y la oferta, según las propias palabras de Marshall, eran como «las hojas de un par de tijeras», y era tan inútil preguntar si la oferta o la demanda, aisladamente una de otra, regulaban el precio, como preguntar si todo el corte lo hacía la hoja superior o la hoja inferior de la tijera por sí sola. Pero aunque las dos hojas cortan, una de ellas era, por así decirlo, el filo activo y la otra el filo pasivo: la utilidad-demanda hacía de filo activo cuando el corte tenía lugar en el rápido espacio de tiempo del mercado dado; el coste-oferta hacía de filo activo cuando el corte se extendía a un período más prolongado, dentro del cual estaban sujetas a cambiar las escalas y las pautas de producción.

Como todo lo que tocaba Marshall con su mente analítica, esta fue una visión iluminadora. Y, sin embargo, de los Principios irradiaba algo más que brillantez teórica. Si Marshall era la inteligencia más fina del mundo oficial de la ciencia económica, también era su inteligencia más compasiva. En su libro se encuentra una auténtica preocupación por los trabajadores pobres, por los «desdichados» que él observaba en sus incursiones por los barrios pobres de Londres, por la Economía como instrumento para el mejoramiento social: todo ello entretelado de una manera inextricable. La Economía, tal como él la concebía, era «una máquina para el descubrimiento de la verdad», pero la verdad particular hacía la que él dirigía la máquina era la causa —y la cura— de la pobreza.

### **John Maynard Keynes**

Keynes junto con Winston Churchill, son quizás los dos ingleses más importantes del siglo XX por los grandes aportes que hicieron a la humanidad, el primero por haber planteado soluciones a graves problemas económicos de su tiempo y haber tomado al toro del capitalismo por los cuernos y el segundo por su contribución en librar a la humanidad de la locura de Hitler y haber visualizado el peligro del sistema soviético,

mucho antes de que nadie lo hubiera notado. Es celebre su expresión “la cortina de hierro”, que popularizó, para referirse a los países del bloque comunista.

Lord Keynes escribió<sup>16</sup>: «Las ideas de los economistas y las de los filósofos políticos, lo mismo cuando están en lo cierto que cuando se equivocan, son mucho más poderosas de lo que comúnmente se cree. A decir verdad, son ellas las que rigen casi totalmente al mundo. Los hombres prácticos, que suelen creerse a cubierto de toda suerte de influencias intelectuales, son, por lo común, esclavos de algún economista ya fallecido. Ciertos locos que tienen en sus manos el ejercicio del poder y que creen oír voces que les llegan de lo alto, no hacen otra cosa que destilar el frenesí de los textos de algún mal escritor que años atrás había expuesto un plan puramente teórico. Yo tengo la firme convicción de que se ha exagerado muchísimo la fuerza que tienen los intereses creados, si se la compara con el empuje gradual que adquieren las ideas.»

### 2.18.1.1 La paradoja

En los años 30 el mundo se encontraba en una paradoja: una producción insuficiente al lado de millones de hombres buscando en vano trabajo<sup>17</sup>. Parecía lógico que quien tratase de resolver tan absurda paradoja fuese un hombre de izquierdas, un economista de fuertes simpatías hacia el proletariado, un rebelde. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Porque el hombre que abordó el problema era casi un diletante. La pura verdad es que poseía talento para todo. Por ejemplo, había escrito un libro abstruso sobre la probabilidad matemática; un libro del que Bertrand Russell había dicho que «era imposible excederse en su elogio»; después de eso había pasado a demostrar su destreza en el empleo de la lógica, aplicada a la tarea de ganar dinero, y había reunido una fortuna de medio millón de libras esterlinas por el camino más traicionero de cuantos existen para llegar a la riqueza: el del tráfico en divisas y artículos internacionales. Y, lo que es más impresionante todavía, había escrito su tratado de matemáticas, como si dijéramos, por añadidura, al propio tiempo que trabajaba como funcionario público, y había acumulado su fortuna personal consagrando a esa tarea sólo media hora todos los días, por la mañana, antes de levantarse de la cama.

Pero esto es sólo un ejemplo de su polifacetismo. Era, claro está, un economista, un profesor de Cambridge, con toda la dignidad y la erudición que supone semejante cargo; pero cuando se trató del problema de elegir esposa, esquivó a las damas doctas y se casó con la primera bailarina de la célebre compañía de Diaghilev. Se dio maña para simultáneamente ser el niño mimado del grupo de Bloomsbury, que incluía a los más destacados intelectuales británicos de vanguardia, y desempeñar la presidencia de una compañía de seguros de vida, sector de la sociedad que rara vez se distingue por sus aficiones intelectuales. Fue una columna de estabilidad en problemas delicados de diplomacia internacional, pero su corrección oficial no le impidió profundizar en el

---

<sup>16</sup> Heilbroner, Robert L., Vida y doctrina de los grandes economistas, volumen II Orbis, Barcelona, 1985, Pág. 19.

<sup>17</sup> Ibíd. Pág. 120

conocimiento de los políticos europeos, conocimiento que abarcaba a sus amantes, a sus neurosis y a sus prejuicios financieros. Se dedicó a coleccionar obras de arte moderno cuando esa afición no estaba todavía de moda, pero era al mismo tiempo un clasicista poseedor de la más bella colección particular del mundo de escritos de Newton. Fue empresario de un teatro, y llegó a ser uno de los directores del Banco de Inglaterra. Trataba con Roosevelt y con Churchill, y también con Bernard Shaw y Pablo Picasso. Jugaba al bridge lo mismo que un especulador, prefiriendo una jugada espectacular a un sólido «contrato», y hacía solitarios igual que un estadístico, tomando nota del tiempo que tardaba en salirle un solitario dos veces seguidas. Y, por último, en cierta ocasión afirmó que sólo tenía un pesar: el de no haber bebido más champaña en su vida.

Ese hombre llamábase John Maynard Keynes, apellido antiguo, que se remontaba hasta un William de Cahagnes, que vivió en 1066. Keynes era tradicionalista; gustábale pensar que la grandeza se transmitía con la sangre, y la verdad es que su propio padre, John Neville Keynes, fue por derecho propio un economista bastante ilustre. Sin embargo, para explicar lo que llegó a ser el hijo no bastaban las dotes corrientes de la herencia; era como si la diversidad de talento que hubiera bastado para media docena de hombres se hubiese reunido, por una feliz casualidad, en una sola persona.

Nació en 1883, es decir, el mismo año en que murió Carlos Marx. Estos dos economistas cuyas vidas casi coincidieron en el tiempo y que habían de ejercer la más profunda influencia sobre la filosofía del sistema capitalista, difícilmente podían ser más distintos entre sí. Marx era un hombre irritado, acorralado, macizo y desilusionado; que fue quien pintó el capitalismo condenado a la destrucción. Pero Keynes era hombre que amaba la vida y que navegó por ella pleno de optimismo, con una soltura y un éxito extraordinarios, llegando a ser el arquitecto del capitalismo viable. Quizá podamos rastrear la furiosa profecía del derrumbe hecha por Marx, remontándonos al fracaso neurótico que distinguió su vida práctica: si es así, entonces también podremos, sin duda alguna, atribuir la habilidad persuasiva que puso Keynes en la idea de reconstrucción, al goce y los éxitos que jalonaron la suya.

Keynes fue en todo una figura central: consejero, mentor y árbitro. Podía hablar de todo con completa seguridad; y William Walton, el compositor; Frederick Ashton, el coreógrafo y otros muchos artistas o profesionales estaban habituados a esta frase de Keynes : «No, no; usted está absolutamente equivocado en eso...» Cabe agregar que le llamaban de apodo Pozzo, el cual le fue adjudicado en recuerdo de un diplomático corso de ese nombre, y que se hizo célebre por sus polifacéticas actividades y su ingenio para la intriga.

Todo esto era más bien un comienzo de diletantismo puro para un hombre que había de enderezar al mundo capitalista agarrándole por las orejas.

En la primera guerra mundial, Keynes fue llamado al Ministerio de Hacienda, y se le asignó la misión de resolver los problemas de las finanzas de la Gran Bretaña en Ultramar. Y en esto también había de resultar una especie de fenómeno. Un colega suyo de tareas relató más adelante la siguiente anécdota: «Se necesitaban urgentemente pesetas españolas. Con grandes dificultades se consiguió reunir una cantidad más bien

pequeña. Keynes fue debidamente a informar del caso al ministro de Hacienda, el cual experimentó con ello gran alivio y le dijo que al fin ya disponía, aunque fuese por breve espacio de tiempo, de un fondo en pesetas.

«¡Nada de eso!», le dijo Keynes. «¡Cómo!», exclamó horrorizado su jefe; y Keynes le replicó: «Las he vendido todas; voy a provocar una baja de la peseta en el mercado.» Y, en efecto, la provocó.

Keynes no tardó en ser una figura clave en el Ministerio de Hacienda. Roy Harrod, biógrafo suyo y también economista, nos cuenta que hombres de maduro criterio declararon que Keynes contribuyó a ganar la guerra más que ninguna otra persona de la clase civil. Sea como fuere, Keynes se las arregló para disponer de tiempo a fin de dedicarlo a otras cosas. Durante una misión económica que desempeñó en Francia, se le ocurrió la brillante idea de que la venta de alguno de los cuadros del Museo del Louvre contribuiría a equilibrar las cuentas de los franceses con Inglaterra. De esa forma, y sin darle importancia, adquirió para Inglaterra, por un centenar de miles de dólares, cuadros de Corot, Delacroix, Forain, Gauguin, Ingres y Manet, y se las compuso para comprar por cuenta propia un Cézanne. El gran cañón alemán Bertha bombardeaba París por aquel entonces, y los precios fueron agradablemente bajos. De regreso en Londres, frecuentó las funciones de ballet; Lydia Lopokova bailaba representando el papel principal de Las alegres casadas y hacía furor. Los Sitwells la invitaron a una fiesta, y allí Keynes y ella se conocieron. Podemos imaginarnos a Keynes, que hablaba en un inglés clásico, y a Lydia en sus no menos clásicos forcejeos con el inglés.

Pero todas estas cosas sólo tocan de refilón al problema principal: la estabilización de Europa después de la guerra. Keynes era ya entonces un importante personaje, uno de estos caballeros que suelen verse en pie detrás de la silla de un jefe de Estado, dispuesto siempre a cuchichearle una frase que lo oriente. Marchó a París como suplente del canciller del Exchequer en el Consejo Económico Supremo, con plenos poderes para adoptar resoluciones y como representante del Ministerio de Hacienda en la propia Conferencia de la Paz. Pero sólo estaba en el segundo escalón; disponía de un sillón solemne, pero no podía intervenir directamente en el juego. Aquello debió de ser para Keynes un suplicio de frustración e impotencia, porque veía de cerca cómo Wilson era envuelto por Clemenceau, y cómo los ideales de una paz humana eran sustituidos por la consumación de una paz de venganza.

El año 1919 le escribió a su madre: «Creo que hace semanas que no he escrito a nadie; estoy totalmente agotado, en parte por el trabajo y en parte por la depresión de ánimo que me produce la maldad que veo a mi alrededor. Jamás me he sentido tan desdichado como en las últimas dos o tres semanas; la paz es ultrajante e imposible y sólo puede traer una secuela de desgracias.»

Se arrastró fuera de su cama de enfermo para protestar contra lo que él llamó «el asesinato de Viena», pero le fue imposible detener la marea. Aquella paz había de ser cartaginesa, y Alemania tenía que pagar por reparaciones una suma tan inmensa que por fuerza la llevaría a practicar los métodos más depravados de comercio internacional para poder reunir libras esterlinas, francos y dólares. No era ésa, desde luego, la opinión

favorita del público; pero Keynes vio que en el Tratado de Versalles se ocultaba, sin pretenderlo, el aguijón de un resurgimiento todavía más formidable del militarismo y de la autarquía de Alemania.

Lleno de desesperanza presentó su dimisión, y tres días antes de firmarse el tratado inició su campaña contra el mismo, con una obra titulada *The Economic Consequences of the Peace*; cuando el libro apareció, en el mes de diciembre (lo escribió vertiginosamente, con verdadera furia), hizo célebre a su autor.

Estaba escrito con brillantez y resultaba aplastante. Keynes había visto actuando a los protagonistas, y en sus retratos de los mismos se combina la destreza del novelista con la incisiva penetración de un crítico de Bloomsbury. Refiriéndose a Clemenceau dice: «Sólo una ilusión tenía: Francia; y una desilusión: la Humanidad, de la que no excluía a sus propios colegas»; y de Wilson: «... al igual que Odiseo, parecía más sabio cuando estaba sentado». Pero si bien sus retratos estaban llenos de centelleos, lo inolvidable en su obra era el análisis del daño que se había causado. Keynes consideraba la Conferencia como un despiadado ajuste de odios políticos, con absoluta despreocupación del apremiante problema del momento: el resucitar a Europa para que formara un todo integrante y activo.

El Consejo de los Cuatro no prestó atención a estos problemas, pues eran otros los que en realidad le preocupaban. A Clemenceau preocupábale el aplastar la vida económica de su enemigo; a Lloyd George, firmar un tratado para volver a Inglaterra con algo que pudiera merecer la aprobación pública por espacio de una semana, y al presidente de los Estados Unidos, el no hacer nada que no fuese justo y recto. Constituye un hecho extraordinario el que el único problema que no logró interesar a los Cuatro fueron las cuestiones fundamentales de una Europa hambrienta y que se desintegraba ante sus mismos ojos. La principal incursión que hicieron en el campo de lo económico fue la de las reparaciones, y resolvieron esta cuestión como si se tratase de un problema de teología, de política o de artimañas electorales; es decir, desde todos los puntos de vista menos del relativo al porvenir económico de los estados cuyo destino estaban manipulando.

Y a continuación hacía esta solemne advertencia:

El peligro que nos amenaza es, pues, el rápido descenso de nivel de vida de las poblaciones europeas, hasta un punto que supondrá para algunas el hambre (punto alcanzado ya en Rusia y al que se está llegando en Austria). No siempre se resignarán los hombres a morir sin protestas. El hambre, que reduce a algunos a una somnolencia y desvalida desesperanza, arrastra a otros temperamentos a un desequilibrio nervioso de loca excitación y a una rabiosa desesperación. Y estas gentes podrían, en su angustia, derribar los restos de organización y hundir a la civilización misma, con sus tentativas de satisfacer, a la desesperada, las abrumadoras necesidades del individuo. Éste es el peligro contra el que debemos unir todos nuestros recursos, nuestro valor y nuestro idealismo.

El libro obtuvo un éxito inmenso. La impracticabilidad del tratado se puso de manifiesto

casi en el momento mismo de firmarlo; pero fue Keynes quien primero lo vio así, y el primero también que apuntó la idea de una revisión inmediata. Desde entonces se le conoció como un economista de extraordinaria visión, y su don de profecía viose confirmado el año 1924, cuando el Plan Dawes inició su largo proceso de abrir el callejón sin salida de 1919.

Keynes era ya célebre, pero volvía a presentársele el problema de ¿qué haría?. Se decidió por los negocios, y escogió el más arriesgado de todos los negocios posibles: con un capital de unos pocos centenares de libras empezó a especular en los mercados internacionales. Perdió casi todo su dinero, y un banquero que no lo conocía personalmente, pero al que le había producido una gran impresión la labor de Keynes durante la guerra, le hizo un préstamo; Keynes recuperó lo perdido y siguió adelante hasta acumular una fortuna que entonces equivalía a dos millones de dólares. Y la hizo de la forma más natural. Keynes rechazaba todos los informes de Bolsa procedentes de enterados, hasta el punto de que en cierta ocasión afirmó que los especuladores de Wall Street podrían hacer grandes fortunas si se despreocupasen de los informes de dentro. Los oráculos de Keynes no eran otros que su estudio minucioso de los balances de las compañías, sus conocimientos enciclopédicos de las finanzas, su intuición respecto a las personas y cierto olfato comercial. Por la mañana, antes de levantarse de la cama, estudiaba sus datos e informes financieros, adoptaba sus decisiones, daba sus órdenes por teléfono, y nada más; le quedaba ya libre el día para otras cosas más importantes, como la teoría económica. No puede uno menos de pensar que Keynes habría formado una estupenda pareja con David Ricardo, quien también hizo una fortuna de forma similar.

Dicho sea de paso, Keynes no sólo ganaba dinero para él. Lo nombraron tesorero de King's College y convirtió el pequeño fondo de 30.000 libras en algo más de 380.000. Dirigía un trust de inversiones y las finanzas de una sociedad de seguros de vida. Pero no llegó nunca —a pesar de su anhelo en sus tiempos de estudiante— a dirigir un ferrocarril.

Mientras tanto —Keynes no hacía nunca una sola cosa—, escribía para el Manchester Guardian, daba con regularidad sus clases en Cambridge, en las que aderezaba la seca teoría con la salsa de relatos íntimos de las cosas cotidianas y de los personajes de los mercados internacionales.

## **Las teorías**

Keynes tenía cincuenta y seis años cuando empezaron las hostilidades, y aunque debía parte de su renombre a la primera guerra mundial, su intervención resultó más relevante en la segunda. En los dos primeros meses de ésta, escribió tres artículos para el Times de Londres que en poco tiempo se publicaron en forma de panfleto bajo el título *Cómo pagar la guerra*. (En realidad aparecieron antes en Alemania, a raíz de la filtración de una conferencia.) En esta sus ideas giraban en torno a dos elementos cruciales. Enseguida se dio cuenta de que el problema no era, en el fondo, cuestión de dinero, sino de materias primas: las guerras se ganan o se pierden dependiendo de los recursos físicos susceptibles de convertirse en barcos, fusiles, proyectiles, etc. Estas materias primas



pueden medirse y, por tanto, controlarse." Keynes también advirtió que lo que distingue una economía de paz de una de guerra era que, en la primera, los trabajadores gastan casi todos los excedentes de sus ingresos en los bienes que ellos mismos han ayudado a producir; en tiempos de guerra, el rendimiento extra —el que queda tras deducir los gastos que el trabajador necesita para vivir— se destina al gobierno. La segunda idea de Keynes consistía en que la guerra ofrece la oportunidad de estimular el cambio social, que la «igualdad de esfuerzos» necesaria en una emergencia nacional podía canalizarse en medidas financieras que no sólo reflejasen dicha igualdad sino que ayudasen a mantenerla una vez acabado el conflicto. Y este hecho, si alcanzase una gran divulgación, podría aumentar la eficacia. Tras la investidura de Winston Churchill como primer ministro, Keynes fue nombrado su asesor económico. Entonces no dudó en poner en práctica sus ideas cuanto antes, y a pesar de que ninguna de ellas logró convertirse en ley, su influencia fue inestimable: «El Ministerio de Hacienda británico combatió en la segunda guerra mundial de acuerdo a los principios del keynesianismo».

En los Estados Unidos ocurrió algo semejante. Algunos sectores influyentes reconocieron pronto que la guerra proporcionaba una ocasión excelente para probar las ideas de Keynes, lo que dio pie a que un grupo de siete economistas de Harvard y Tufts abogasen por una enérgica expansión del sector público; de manera que, al igual que en Gran Bretaña, hubiese la oportunidad de introducir diversas medidas diseñadas para aumentar la igualdad tras la guerra. El Comité de Planificación de los Recursos Naturales (que, curiosamente, lleva en su nombre la palabra planificación) estableció nueve principios en una «Nueva declaración de derecho. Por su parte, revistas como la *New Republic* hacían declaraciones como: «Será mejor reconocer desde un principio que el viejo ideal del no intervencionismo ya no es posible... Es necesario establecer algún tipo de planificación y control e ir aumentándolo de manera gradual». En los Estados Unidos, al igual que en Gran Bretaña, los keynesianistas no lograron todo lo que deseaban: los intereses empresariales tradicionales consiguieron resistir ante muchas de las ideas sociales igualitarias. Sin embargo, el gran logro de la segunda guerra mundial, que surgió tras la penumbra de los años treinta, fue el hecho de que los gobiernos de la mayoría de las democracias occidentales (Gran Bretaña, los Estados Unidos, Canadá, Nueva Zelanda, Australia, Suiza y Sudáfrica) aceptase como prioridad nacional el mantenimiento de los altos niveles de ocupación, y fueron Keynes y sus ideas los que habían revelado la manera de conseguirlo y habían hecho reconocer que los gobiernos debían asumir dicha responsabilidad.

Si bien es cierto que Keynes había logrado un triunfo en lo relativo a la regulación de la economía del país, no puede decirse lo mismo de sus experiencias a la hora de enfrentarse con los problemas del comercio internacional. Ésta fue la cuestión que debía tratarse en el célebre congreso de Bretton Woods,<sup>18</sup> que tuvo lugar en verano de 1944

---

<sup>18</sup> Las instituciones Bretton Woods son el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI). Estas dos instituciones fueron fundadas en una reunión de 43 países en Bretton Woods, New Hampshire, Estados Unidos en Julio del año 1944. Los objetivos fueron: La reconstrucción de la economía durante el periodo de la post guerra, y la promoción de la cooperación económica internacional. Los acuerdos originales en Bretton Woods incluyeron planes para la creación de una Organización Internacional para el Comercio (OIC), pero estos planes permanecieron inconclusos hasta la creación de la Organización Mundial del Comercio (OMC) durante la década de los 90.

La creación del Banco Mundial y el FMI se dieron al finalizar la Segunda Guerra Mundial y se basaron en las ideas de un trío de expertos: el Secretario del Tesoro de EEUU, Henry Morgenthau, su consejero en economía, Harry Dexter White y el economista británico John Maynard Keynes. Estos tres expertos optaron por establecer un orden económico internacional basado en las nociones de toma consensual de decisiones y cooperación en el ámbito de las relaciones económicas

en las White Mountains de New Hampshire. El acontecimiento contó con la asistencia de 750 personas y dio lugar a la creación del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Ambas entidades formaban parte de la teoría de Keynes, aunque sus poderes aparecían muy diluidos en la versión estadounidense. El economista británico reconoció la existencia de dos problemas a los que se enfrentaba el mundo de posguerra, «de los cuales, sólo uno era nuevo». El que ya existía era la necesidad de impedir que se repitiese la devaluación de las monedas competitivas ocurrida en los años treinta. Esta situación había provocado una reducción en el comercio internacional y se había sumado a los efectos de la depresión. El problema nuevo era que el mundo surgido de la guerra estaba condenado a dividirse en dos partes: los países deudores (como Gran Bretaña) y los acreedores (el ejemplo más obvio lo constituían los Estados Unidos). Mientras existiese este desequilibrio, la recuperación del comercio internacional sería muy difícil de conseguir, y todos se verían afectados por las consecuencias. Keynes, que llegó al congreso en perfecta forma, entendió de forma clara que eran necesarios un sistema monetario y un banco internacionales si querían hacerse extensivos los principios de la economía nacional al ámbito mundial. Lo más importante del banco internacional era que podía conceder créditos y hacer préstamos (proporcionados por países acreedores) de tal manera que los deudores pudiesen cambiar sus tipos de cambio sin provocar represalias por parte de otros. El plan también eliminaba el patrón oro en todo el mundo. Keynes no podía salirse siempre con la suya: el proyecto que acabó por adoptarse se debía tanto a Harry Dexter White, del Ministerio de Hacienda estadounidense, como al economista británico. Con todo, el clima intelectual en el que se debatieron estos problemas en Bretton Woods fue el que había creado Keynes en el período de entreguerras. No se trataba de una planificación propiamente dicha: como hemos visto, el economista tenía una gran confianza en los mercados; sin embargo, consideraba que el comercio mundial tenía mucho que ver en este sentido, que podía lograrse una máxima prosperidad para un número máximo de países, pero sólo si se reconocía que la riqueza necesitaba clientes al mismo tiempo que fabricantes, y de que todos eran uno. Keynes enseñó al mundo que el capitalismo se basa en la cooperación casi en igual medida que en la competencia.

El final de la segunda guerra mundial constituyó el auge del keynesianismo. La gran mayoría empezó a considerarlo «un mago».<sup>1</sup> Muchos deseaban ver sus principios amparados por leyes, y hasta cierto punto lo estaban. Otros adoptaban un punto de vista más cercano al de Popper: si la economía tenía alguna intención de convertirse en ciencia, las ideas de Keynes eran susceptibles de modificarse con el tiempo, algo que, de hecho, sucedió. Keynes había provocado un cambio sorprendente en la óptica

---

y comerciales. Este enfoque refleja la preocupación de los líderes de los países aliados para superar los efectos desestabilizadores de depresiones económicas previas y batallas comerciales.

En su discurso de apertura en la conferencia de Bretton Woods, Henry Morgenthau dijo que el "desconcierto y la amargura" que resultaron de la depresión se convirtieron en "caldo de cultivo para el fascismo y finalmente, la guerra". Los proponentes de las nuevas instituciones consideraron que la interacción económica a nivel global era necesaria para mantener la paz y seguridad internacional. Según Morgenthau, las instituciones facilitarían "la creación de una comunidad mundial dinámica en la cual las gentes del mundo puedan alcanzar su potencial en paz".

El FMI crearía estabilidad en el comercio internacional al armonizar las políticas monetarias de sus miembros y al mantener estabilidad cambiaria. Al mismo tiempo, el FMI estaría en capacidad de proveer asistencia económica temporal a países con dificultades en la balanza de pagos. El Banco Mundial, por otro lado, estaría a cargo de mejorar la capacidad comercial de naciones empobrecidas y azotadas por la guerra a través de préstamos para la reconstrucción y proyectos para el desarrollo.

intelectual (no sólo en tiempos de guerra, sino también a lo largo de toda su trayectoria y su producción escrita) y aunque pueda haber recibido muchas críticas en los últimos tiempos, y sus teorías hayan sido modificadas, la actitud actual respecto del desempleo —que en cierto modo se encuentra bajo el control gubernamental— se debe a sus ideas. No obstante, él no era más que una persona. El final de la guerra, a pesar de Keynes, trajo consigo un miedo generalizado ante un posible regreso a los lamentables sucesos de los años treinta.' Sólo los economistas como W.S. Woytinsky se dieron cuenta de que tendría lugar un período de expansión, que se había privado a la gente de bienes de consumo, que los trabajadores y los técnicos, que habían pasado la guerra haciendo horas extras, no habían tenido oportunidad de gastar sus excedentes, que había un número ingente de soldados con años de paga ahorrados, que se había comprado una gran cantidad de bonos de guerra que podrían por fin rescatarse y que los adelantos tecnológicos efectuados durante la guerra con fines militares podían transformarse sin gran dificultad en productos propios de tiempos de paz. (Woytinsky calculaba que había unos doscientos cincuenta billones de dólares listos para gastarse.) En la práctica, una vez que el mundo se calmase, la situación rebasaría todas las previsiones: no se llegaron a recuperar los altos niveles de desempleo de los años treinta, si bien en los Estados Unidos tampoco se alcanzaron las cotas mínimas que se habían experimentado en tiempos de guerra. Por el contrario, aquí fluctuaron entre el 4 y el 7 por 100, una tasa «lo bastante alta para resultar molesta, pero no tanto como para alarmar a la mayoría que gozaba de prosperidad». Este tipo de sociedad de dos niveles tuvo en jaque a los economistas durante años, en especial por el hecho de que no había sido predicha por Keynes.

En los Estados Unidos, aunque la intención de los partidarios del keynesianismo de Harvard y Tufts fuese promover una sociedad más igualitaria tras la guerra, el problema más acuciante no era la pobreza como tal, ya que el país disfrutaba de una tasa de desempleo muy baja. La guerra no había hecho sino subrayar el problema acostumbrado en el país en lo relativo a la igualdad: la raza. En Europa y el Pacífico habían luchado muchos ciudadanos negros, y si se esperaba de ellos que arriesgasen sus vidas de igual manera que lo hacían los blancos, cabía preguntarse si no debían ser tratados con igualdad una vez que la guerra había acabado.

Las obras de Keynes, relampagueaba de expresivas frases<sup>19</sup>. Una de sus estocadas pasará con toda seguridad al acervo de los aforismos ingleses: hablando de las consecuencias que «a largo plazo» tendría cierto venerable axioma económico, Keynes escribió secamente: «A largo plazo, todos estaremos muertos.»

Volvamos al año 1930, Keynes publicó su *Treatise on Money*, tentativa larga, difícil y desigual, a veces brillante, destinada a explicar la marcha de toda la economía. Era un libro fascinador porque tomaba como problema central la cuestión de cuál era la causa de que la economía operase de una manera tan desigual, unas veces rebosante de prosperidad y otras sumida en depresiones.

---

<sup>19</sup> Heilbroner, Robert L., *Vida y doctrina de los grandes economistas*, volumen II Orbis, Barcelona, 1985, Pág. 132.

¿Qué era lo que se ocultaba detrás de este desfile de prosperidades y depresiones? Al principio se creyó que esos ciclos de la economía eran una especie de desorden nervioso de la masa humana: «Estos derrumbes periódicos son, en realidad, de orden mental, y dependen de los altibajos de abatimiento, optimismo, excitación, desengaño y pánico», escribía un observador del año 1867. Aunque semejante afirmación describa, sin duda, con exactitud los estados de ánimo de Wall Street, Lombard Street, Lancaster o Nueva Inglaterra, no obstante, dejaba sin contestar la pregunta básica: ¿A qué se deben tales oleadas de excitación nerviosa?

Quizá recordemos las dudas del clérigo Malthus, su intuición algo inarticulada de que el ahorro podía conducir a un «atascamiento general». Ricardo se burló de la idea; Mill había refunfuñado con desdén; y la idea había pasado a constituir uno de los trastos del mundo bajo de la economía. ¡Decir que el ahorro podía ser fuente de dificultades! ¡Eso equivalía a combatir la frugalidad! Era casi una inmoralidad. ¿No había escrito, acaso, Adam Smith: «Lo que como norma de conducta de cada familia particular es prudencia, difícilmente puede ser locura como norma de una gran nación»?

Pero cuando los primitivos economistas se negaban a tomar en consideración la idea de que el ahorro pudiera constituir un entorpecimiento a la economía, no predicaban moral para hacer adeptos; lo que hacían era observar los hechos del mundo real.

Pues un hecho era que en los comienzos de la década de 1800, aquellos que ahorraban eran los mismos que luego invertían sus ahorros, haciéndoles producir. Virtualmente, las únicas personas que en el atosigado mundo de Ricardo y de Mill podían ahorrar eran los terratenientes ricos y los capitalistas, y todas las cantidades de dinero que conseguían arrebatar encontraban empleo provechoso e inmediato en la compra de tierras o en ampliar las fábricas. Por esa razón, llamábase con acierto al ahorro acumulación, pues que era una moneda de dos caras: por una parte significaba el amasamiento de una cantidad de dinero, y por otra equivalía a su empleo inmediato en la compra de herramientas, edificios o tierras para amasar todavía más.

Pero la estructura de la economía cambió a mitad del siglo XIX. Mejoró la distribución de la riqueza, y entonces fue cada vez mayor el número de personas que podían ahorrar. Al propio tiempo, las empresas se hicieron cada vez más voluminosas y más despersonalizadas, y acudieron en busca de nuevos capitales en mayor cantidad; pero no recurriendo a los bolsillos de sus propietarios gerentes únicamente, sino a las carteras anónimas de los ahorradores de todo el país. Y de ese modo vino a establecerse un divorcio entre ahorrar e invertir, que se convirtieron en operaciones diferentes, llevadas a cabo por grupos distintos de personas.

Y eso trajo consigo disturbios a la economía. Malthus, después de todo, estaba en lo cierto, aunque no por las razones que a él se le habían ocurrido.

Esa clase de disturbios es tan importante, se halla tan en el eje del problema de la depresión, que será preciso que nos detengamos un momento a ponerla en claro.

Es preciso que empecemos por explicar cómo medimos la prosperidad de una nación. No la medimos por el oro que posee; rica es en oro la India, y está aquejada de pobreza. Ni la medimos por sus activos tangibles, a saber: edificios, minas, fábricas, bosques; nada de eso se había evaporado el año 1932 en los Estados Unidos. La prosperidad y la depresión no son cosa que dependa de glorias pasadas, sino de realizaciones actuales; por consiguiente, se miden por los ingresos que tenemos. Cuando la mayoría de nosotros disfrutamos individualmente (y, por tanto, la mayoría de nosotros como colectividad) de ingresos elevados, la nación vive próspera; cuando nuestros ingresos totales individuales (es decir, de toda la nación) bajan, hemos caído en una depresión.

Pero el ingreso o «renta nacional» no es un concepto estático. Al contrario, la característica central de la economía es la circulación de los ingresos de la renta nacional, pasando de mano en mano. Con cada compra que hacemos, transferimos al bolsillo de otra persona una parte de nuestros ingresos. Y, de la misma manera, todos nuestros ingresos, hasta el último céntimo —salarios, sueldos, beneficios, dividendos, rentas o intereses—, se derivan del dinero que ha gastado alguna otra persona. Analícese una parte cualquiera del ingreso que disfrutamos y se verá que ha tenido su origen en el bolsillo de alguien: porque contrató nuestros servicios, porque compró en nuestra tienda o porque ayudó a que prosperase la sociedad anónima de la que poseemos acciones u obligaciones.

Gracias a este proceso de circulación del dinero —que alguien ha descrito como el proceso de recibir cada uno, por turno, los despojos de los demás— la economía se revitaliza constantemente.

Pues bien, este proceso de circulación de los ingresos se realiza en gran parte de una manera perfectamente natural y sin obstáculos. Todos nosotros gastamos la parte mayor de nuestros ingresos en bienes para nuestro propio uso o disfrute —bienes de consumo, como se les llama—, y merced a que compramos esos bienes de consumo con una regularidad bastante constante, está de ese modo asegurada la circulación de una gran parte de nuestra renta nacional. Nuestra necesidad de comer y de vestirnos, y nuestra ansia de disfrute de goces, asegura un gasto regular y constante de todos nosotros, y por ello mismo asegura también que los demás reciban sus ingresos de una manera regular y constante.

Hasta aquí todo es sencillo y directo. Pero hay una parte de nuestros ingresos que no va directamente a la plaza del mercado para convertirse en ingreso de otra persona. Esa parte es el dinero que ahorramos.

Es evidente que si metiésemos nuestros ahorros en el colchón o los amontonásemos en dinero contante, perturbaríamos la uniformidad de ese fluir circular de los ingresos. Al obrar de tal manera, congelaríamos una parte de ese caudal de ingresos que se nos entrega, y devolveríamos a la sociedad menos de lo que ésta nos da. Si ese proceso de congelación se extendiese a otras muchas personas de una manera continua, pronto tendría lugar una baja cada vez mayor en los ingresos de todos, ya que el caudal circulante sería, así mismo, cada vez más pequeño. Estaríamos padeciendo una depresión.

Pero esa peligrosa ruptura en la circulación de los ingresos no ocurre en la realidad; porque en las comunidades civilizadas no congelamos nuestros ahorros. Los colocamos en acciones, en obligaciones o en los bancos, y de esa manera vuelven a circular. Porque si compramos acciones nuevas, entregamos directamente nuestros ahorros al negocio; si los colocamos en una caja de ahorros, ésta los entrega a hombres de negocios que solicitan préstamos de ella. Por consiguiente, lo mismo si ponemos nuestros ahorros en los bancos, que si los empleamos en comprar pólizas de seguros o valores del Estado, existen canales por los que ese dinero vuelve a entrar en circulación por la vía de las actividades del negocio. Cuando nuestros ahorros son recogidos y empleados por las empresas de negocios, siguen su curso convertidos en sueldos, salarios o beneficios de otras personas.

Ahora bien —y éste es un hecho vital—, en esta corriente de inversiones de ahorros no hay nada de automático. De ordinario las empresas no necesitan de los ahorros para llevar adelante sus operaciones; la empresa trabaja de acuerdo con un presupuesto regular y paga sus gastos con el producto de sus ventas. Sólo necesita del ahorro en los períodos de expansión de sus operaciones, debido a que sus ingresos normales no le proporcionan el capital que, por ejemplo, necesite para construir una nueva fábrica o para incrementar sustancialmente su maquinaria.

Y aquí es donde surgen los inconvenientes. Una comunidad frugal tratará siempre de economizar cierta parte de sus ingresos. Pero la empresa no está siempre en situación de ampliar sus operaciones. Veamos un caso evidente: no cabe duda que los tiempos de gran expansión para la industria de la radio —si se la compara con la industria de la televisión— son cosa que puede considerarse de pasado. Supongamos ahora que —por razones de que luego hablaremos— estuviese toda la industria en idéntica situación que la de la radio. En este caso es evidente que las inversiones serían muy pequeñas.

Y ahí es donde se encierra la posibilidad de la depresión. Porque si nuestros ahorros no son invertidos por firmas comerciales en proceso de expansión, nuestros ingresos bajarán. Nos encontraríamos en la misma espiral de contracción que si hubiésemos congelado esos ahorros, atesorándolos.

¿Puede ocurrir semejante eventualidad? Ya lo veremos. Observemos, de momento, que se trata de algo como el juego de la cuerda, en que unos tiran de un extremo y otros del otro, en forma extraña y sin pasión. Aquí no existen terratenientes avariciosos, ni capitalistas insaciables. Todos son virtuosos ciudadanos que tratan de ahorrar prudentemente una parte de sus ingresos, y virtuosos hombres de negocios que estudian, con no menos prudencia si la situación de sus empresas les permite correr el riesgo de comprar una máquina nueva o de construir un nuevo edificio. Sin embargo, el destino de la Humanidad depende de que estas dos decisiones sean adoptadas con buen criterio. Porque si se deciden equivocadamente, es decir, si, por ejemplo, los empresarios ofrecen invertir una cantidad inferior a la que la comunidad trata de ahorrar, toda la economía tendrá que reajustarse a los encogimientos de la depresión. La exorbitante cuestión del ímpetu ascendente, o bien del derrumbe de la economía, depende más de ese que de ningún otro factor.

La vulnerabilidad de nuestro destino a la influencia de las oscilaciones del columpio del ahorro y de la inversión es, en cierto sentido, el precio que pagamos por la libertad económica.

Una brillante exposición de ese columpio del ahorro y la inversión la hizo Keynes. La idea no era original de él, pues ya una larga serie de importantes economistas había señalado los papeles críticos que desempeñaban aquellos dos factores en el ciclo económico. Pero, al igual que ocurría en todos los temas que Keynes tocaba, las secas abstracciones de la economía adquirían en su prosa un nuevo brillo. Véase:

Ha venido siendo cosa corriente el pensar que la riqueza acumulada de la Humanidad era fruto penoso de la renuncia voluntaria que hacen los individuos al disfrute inmediato del consumo; es decir, que era la consecuencia de lo que llamamos frugalidad. Debería, sin embargo, saltar a la vista que esa simple renuncia o abstinencia no basta por sí misma para levantar ciudades o desecar pantanos.

Es el espíritu de empresa el que crea y mejora los bienes que posee el mundo... Si reina el espíritu de empresa, la riqueza se acumula, independientemente de lo que pueda sucederle a la frugalidad; y si el espíritu de empresa está dormido, entonces la riqueza decae, a pesar de cuanto haga la frugalidad.

Sin embargo, a pesar de su magistral análisis, en cuanto Keynes hubo escrito su *Treatise on Money*, hablando en sentido figurado, diremos que lo hizo pedazos. Porque la teoría del columpio del ahorro y la inversión fallaba en un punto central: no explicaba cómo era posible que la economía permaneciese en un estado de depresión prolongada. Indudablemente, la propia analogía del columpio sugiere la idea de que si una economía ha descendido por efecto del exceso de ahorros, entonces no puede tardar mucho en rectificar ese hecho y dar el salto ascendente.

Porque el ahorro y las inversiones —frugalidad y espíritu de empresa— no eran actividades económicas completamente desconectadas. Por el contrario, hallábanse mutuamente ligadas en el mercado donde los empresarios compraban el ahorro o, por lo menos, lo tomaban a préstamo: el mercado del dinero. Y el ahorro, como cualquier otro artículo, tenía su precio: el tipo de interés. Por consiguiente (así, al menos, lo parecía), cuando la depresión económica alcanzaba su punto más bajo y había una inundación de ahorros, su precio debía bajar, exactamente igual que cuando había una sobreproducción de zapatos bajaba el precio de éstos. Al abaratarse el precio del ahorro, esto es, cuando el tipo del interés bajaba, parecía muy probable que aumentase el incentivo de la inversión. Si resultaba demasiado costoso edificar una fábrica cuando el dinero necesario para la misma costaba un seis por ciento, ¿acaso no parecía mucho más provechoso edificarla cuando el dinero podía obtenerse pagando sólo un tres por ciento?

Por esta razón, la teoría del columpio parecía prometer la existencia de un mecanismo automático de seguridad que funcionaba exactamente dentro del ciclo económico; que cuando el ahorro se hiciera excesivamente abundante habría mayor baratura en los préstamos, lo cual vendría a constituir un estímulo para que las empresas invirtiesen. Según ese concepto, la economía podía sufrir contracciones, pero parecía un hecho

seguro que volvería a rebotar.

Y eso precisamente fue lo que no ocurrió en la gran depresión. El tipo del interés bajó, pero todo siguió igual. Salieron a relucir las viejas panaceas —unas gotas de socorro de los organismos locales y una gran dosis de optimista espera—, pero ni con eso dio el enfermo señales de recobrar la salud. A pesar de toda su elegancia intelectual, algo fallaba evidentemente en esa limpia fórmula del columpio del ahorro y la inversión, con el tipo del interés cerniéndose sobre el primero para que éste se mantuviese siempre en movimiento. Por tanto, tenía que haber algún otro impedimento que no dejaba reaccionar a la economía.

Keynes venía rumiando su obra maestra desde hacía algún tiempo. El año 1935 le había escrito a George Bernard Shaw, por cuyo consejo había vuelto a leer a Marx y Engels, encontrándolos muy poco de su gusto: «Para comprender mi estado de ánimo es preciso que sepa usted que yo mismo creo que el libro que estoy escribiendo sobre teoría económica revolucionará en gran parte —quizá no de inmediato, pero sí antes de que hayan transcurrido diez años— el concepto del mundo acerca de los problemas económicos. No puedo esperar que en la actual etapa lo crean así ni usted ni nadie. En cuanto a mí, personalmente, no sólo abrigo esa esperanza, sino que allá en mi fuero íntimo estoy completamente seguro de ello.» Y, como siempre, acertó. El libro iba a ser como una bomba. Sin embargo, es muy dudoso que le hubiese parecido así al señor Shaw, si este hubiera tratado de digerirlo. El título era prohibitivo: Teoría general del empleo, el interés y el dinero; y más prohibitivo aún era el contenido. Imaginémos a Shaw abriendo desmesuradamente los ojos ante la página 25, al encontrarse con aquello de: «Supongamos que Z es el precio total de la oferta de la producción resultante de empleo de N hombres, expresándose la fórmula de la relación entre Z y N de este modo:  $Z = f(N)$ , lo que podría denominarse función total de la oferta.» Por si no bastara esto para asustar y obligar a retroceder a cualquiera, el libro caería en alto grado de la proyección panorámica social que el lego en la materia esperaba encontrar en él, después de una lectura somera de Smith, Mill o Marx. La obra constituía un desierto inacabable de economía, álgebra y abstracciones, con una pérdida de tiempo en el cálculo diferencial que no dejaba huella alguna, y con solo alguno que otro oasis, aquí y allá, de prosa deliciosamente estimuladora.

Y, sin embargo, era un libro revolucionario; éste es el único adjetivo que le corresponde. Trató en él la economía tan resueltamente y a fondo como lo habían hecho otros libros revolucionarios del calibre de La riqueza de las naciones o El Capital.

Porque la conclusión a que esa obra llegaba era sorprendente y desalentadora. ¡No existía, después de todo lo que se había dicho, tal mecanismo automático de seguridad! Más que a un columpio, que siempre volvía a levantarse, la economía parecía un ascensor, podía subir y podía bajar, pero también podía permanecer completamente inmóvil. E igual podía quedarse así en la planta baja que en el piso más alto. En otras palabras: era posible que se diera el caso de que una depresión no se curase a sí misma; esto es, la economía era capaz de permanecer en la quietud indefinidamente.

¿Cómo podía ocurrir eso? ¿En el punto más bajo de la depresión, no obligaría, quizá, la riada del ahorro a que bajase el tipo de interés, y no despertaría eso el deseo de las



empresas de aprovecharse del dinero barato para ampliar sus fábricas o negocios?

Keynes descubrió la solución del problema en el hecho de la vida económica que resulta más sencillo y más evidente, una vez que alguien lo señala: en el fondo de la hondonada no se produciría tal riada de ahorro. Lo que ocurría cuando una economía se desplomaba en barrena era que, a medida que los ingresos se contraían, los ahorros veíanse exprimidos y agotados. ¿Cómo puede esperarse que una comunidad ahorre en igual cuantía cuando todos sus miembros viven apretadamente que cuando todos viven en plena prosperidad?, preguntaba Keynes. Era evidente que no podía ocurrir tal cosa. El resultado de una depresión no sería un atascamiento de los ahorros, sino un agotamiento de éstos; no una riada de ahorro, sino un pequeño chorro.

Así era, en efecto. El año 1929, los ciudadanos particulares norteamericanos ahorraron de sus ingresos la suma de 3.700 millones; en los años 1932 y 1933 no ahorraron nada; en realidad, incluso, fueron echando mano de sus ahorros hechos en años anteriores. Las sociedades anónimas, que en la cumbre de la prosperidad se habían tragado vorazmente 2.600 millones de dólares después de pagar impuestos y dividendos, se encontraron, tres años más tarde, en una pérdida de 6.000 millones de dólares. Keynes, evidentemente, estaba en lo cierto; el ahorro era una especie de lujo incapaz de resistir los tiempos duros.

Pero la consecuencia práctica de ese descenso de los ahorros era de una trascendencia mucho mayor que las tragedias individuales que ocasionaba. Su resultado significaba una parálisis en la cual la economía encontrábase en un equilibrio económico perfecto, aunque la sociedad viviese en angustias de muerte. Al no existir un sobrante de ahorros, tampoco existiría una presión sobre los tipos de interés que fuese capaz de animar a las empresas a tomar dinero a préstamos. Y si no existía un exceso de inversión (y ya hemos visto que la insuficiencia de la inversión constituye la esencia misma de la depresión), no había lugar para el ímpetu de expansión. La economía no se movía ni una sola pulgada.

De ahí la paradoja de la pobreza en medio de la abundancia, y la anomalía de que hubiese hombres sin trabajo y máquinas paradas. Sin duda, en el fondo de la hondonada económica existe una contradicción inhumana entre la insuficiencia de producción y la desesperante necesidad de mercancías. Pero se trata de una contradicción puramente moral. Porque la economía no opera para satisfacer las necesidades humanas, ya que las necesidades son siempre tan grandes como los sueños. Produce artículos, mercancías, para satisfacer la demanda, pero la demanda es tan pequeña como lo es la cartera de una persona. Por eso los parados representan poco más que ceros en la economía, pues en relación a la influencia económica que puedan ejercer en el mercado, daría igual que estuviesen viviendo en la luna.

Cuando la inversión decae y la economía se ha encogido, surge la miseria social. Pero no se trata —cual pone de relieve Keynes— de una miseria social capaz de buscarse remedio, porque la conciencia de la nación no puede ser un sustitutivo eficaz de la insuficiente inversión. Y como el ahorro baja al mismo tiempo que la inversión, la máquina económica gira con suavidad, sin que la perturbe el hecho de que esa sea una máquina más pequeña de lo que solía ser.

Es éste, desde luego, un especialísimo estado de cosas; una tragedia en la que no hay un malvado. Nadie puede censurar a la sociedad porque ahorre, puesto que el ahorro constituye, por lo visto, una virtud privada; es igualmente imposible castigar a los empresarios por no invertir. ¿Qué más quisieran ellos, si hubiese una perspectiva razonable de éxito? No, la dificultad no es de orden moral; no se trata de justicia, de explotación, ni siquiera de estupidez humana. Nos encontramos ante una dificultad técnica, casi ante un fallo mecánico. A pesar de lo cual no es menos elevado el precio que hay que pagar por él. Y el precio de la inactividad económica es el desempleo.

Pero ahora viene lo peor. Keynes había explicado cómo una economía metida en la hondonada de la depresión podía dejar de engendrar su propia recuperación automática. La perspectiva era bastante sombría. Pero si se examina bien la proposición keynesiana, también anuncia tormenta en el mundo más elevado de la curva del ciclo económico.

Porque de la misma manera que el ahorro se contrajo al contraerse la economía, también se expansionará cuando ésta se expanda. Y este sencillo hecho trae la siguiente aterradora consecuencia: significa que toda racha de gran prosperidad se encuentra constantemente amenazada de colapso. Porque si en un momento dado la inversión aminora su impulso, la hinchazón del ahorro nacional volvería a dejar sentir sus efectos; se rompería la cadena del transmitirse unos a otros los ingresos, y empezaría el proceso de contracción.

Así, pues, en último análisis, la economía dependía de la suma de inversión realizada por las empresas. Cuando la inversión era escasa, reducía el volumen de la economía; cuando la inversión era elevada, arrastraba consigo hacia arriba a la nación; si la inversión no conseguía permanecer alta, daba lugar a que se iniciase la contracción. Riqueza y pobreza, gran prosperidad y escasez, dependiendo todo de la mayor o menor tendencia de las empresas a invertir.

Y aquí llegaba el hecho más difícil de digerir. Esa buena disposición a invertir no podía continuar indefinidamente. Más tarde o más temprano, la inversión estaba condenada a contraerse.

En cualquier tiempo, la industria está limitada por el volumen del mercado al que sirve. Tomemos como ejemplo el caso de los ferrocarriles en la década de 1860, época de enormes inversiones en nuevas líneas férreas. Los primitivos magnates ferroviarios no construían líneas para servir a los mercados de 1960; si aquellos hubieran llevado a cabo el tendido de raíles que la economía habría de precisar cien años después, entonces hubieran tenido que seguir construyendo líneas hasta ciudades imaginarias de territorios no habitados. Construyeron, pues, las que podían ser utilizadas, y luego hicieron alto. Lo mismo ocurrió con la industria del automóvil. Aun suponiendo que Henry Ford hubiese encontrado en 1910 el capital requerido para levantar sus actuales fábricas de River Rouge, habría quebrado rápidamente, porque faltaban las carreteras, los puestos de gasolina y la demanda para tantos coches.

La inversión no sólo tiene sus límites, sino que, además, actúa con arranques súbitos y breves. No es posible ir construyendo un ferrocarril milla por milla, siempre al mismo ritmo de la demanda, sino que se construye de una vez toda una línea. Ni tampoco es posible ampliar una fábrica de automóviles, añadiéndole máquina a máquina, sino que hay que construir otra fábrica completa. Construida la línea de ferrocarril, instalada la nueva fábrica, se habrá satisfecho al mercado para cierto espacio de tiempo. Y entonces se deja de invertir.

En una palabra, la economía está siempre bajo la amenaza de colapso.

La perspectiva no era nada halagüeña, desde luego. Pero Keynes no habría sido quien era si se hubiese contentado con hacer el diagnóstico y no pasar de ahí. *The General Theory* era una profecía de peligros; pero su autor no pensó nunca que fuese una sentencia de muerte. Al contrario, contenía y anunciaba una promesa, y proponía un remedio.

A decir verdad, el remedio había empezado a aplicarse ya antes de que fuese escrita la receta; la medicina le fue dada al paciente antes de que los mismos doctores tuviesen la completa seguridad de sus efectos. En los Cien Días del New Deal se había aprobado una riada de legislación social que venía remansándose desde hacía veinte años detrás de un dique de apatía gubernamental. Las nuevas leyes se proponían mejorar el tono social y la moral de una nación descontenta. Pero esa legislación social no estaba destinada a revitalizar a la nación enferma. El tónico que se le preparaba era otro: una política deliberada de inversiones llevadas a cabo por el propio Gobierno.

Por esa razón, cuando en 1936 apareció el libro *The General Theory*, lo que éste vino a ofrecer no era tanto un programa nuevo y radical, sino la defensa de unas normas cuya aplicación ya se estaba llevando a cabo. Una defensa y a la par una explicación. Porque *The General Theory* subrayaba con toda claridad que la catástrofe a la que se enfrentaba Norteamérica, o mejor dicho, todo el mundo occidental, era consecuencia únicamente de la falta de suficiente inversión por parte de las empresas. Y por eso el remedio era perfectamente lógico: si las empresas no eran capaces de un mayor desarrollo, entonces el Gobierno debía suplir esa inactividad con su propia acción.

El propio Keynes se expresaba de esta forma en una carta que el año 1934 dirigió al *New York Times*: «Yo veo el problema de la recuperación desde este punto de vista: ¿Cuánto tiempo tardará en acudir al salvamento la iniciativa privada normal? ¿En qué escala, mediante qué expedientes y durante cuánto tiempo es aconsejable que el Sector Público continúe realizando gastos anormales?»

Obsérvese que Keynes dice «anormales». Keynes no consideraba el programa gubernamental como una interferencia permanente en el curso de los negocios, y sí únicamente como una ayuda a un sistema que había dado un resbalón y forcejeaba por recobrar el equilibrio.

Todo eso parecía constituir la esencia del sentido común, y en realidad era cosa de sentido común. Sin embargo, el programa de «cebar la bomba» no llegó a dar nunca los

resultados que esperaban sus proyectistas. El total de los gastos del Gobierno, que desde el año 1929 hasta 1933 se había remontado a 10.000 millones de dólares, elevóse a 12.000, 13.000 y después hasta 15.000 millones de dólares, el año 1936. La inversión privada se levantó desde el suelo y recobró dos tercios de su pérdida: para 1936 las empresas privadas invirtieron 10.000 millones de dólares. Al cabo de tres años de inyecciones gubernamentales, la renta nacional se recuperó en un 50 por 100. Pero el problema del desempleo seguía subsistiendo; era ya manejable, pero el número de parados se elevaba a los nueve millones de hombres. Eso distaba mucho de poderse tomar como exponente de una nueva era económica.

Dos razones hubo para que el tratamiento no resultase más eficaz. Primera: el programa de inversiones del Gobierno no alcanzó en ningún momento la amplitud que habría sido necesaria para situar a la economía en un plano de empleo total. Más tarde, durante la segunda guerra mundial, los gastos del Gobierno subieron hasta la monumental cifra de 103.000 millones; y eso trajo como consecuencia no sólo el empleo total, sino también la inflación. Pero, dentro del marco de una economía de tiempo de paz, como la del decenio de 1930, hubiera sido imposible realizar una suma de gastos tan exorbitante; a decir verdad, incluso el modesto programa de inversiones del Gobierno arrancó pronto murmuraciones de que el Gobierno federal se estaba extralimitando en sus poderes tradicionales.

La segunda razón está íntimamente ligada a la primera. Ni Keynes ni los miembros del Gobierno encargados de los gastos de éste habían calculado que a los beneficiarios de la nueva panacea pudiera ésta parecerles peor que la enfermedad misma. Las inversiones del Gobierno tenían como finalidad el prestar una ayuda al mundo de los negocios. Pero el mundo de los negocios lo interpretó como un gesto de amenaza.

Esto no debe sorprendernos. El New Deal había penetrado arrebatadamente en escena, en medio de una oleada de sentimiento adverso a ese mundo de los negocios; valores y normas que habían llegado a ser sacrosantos, viéronse, de pronto, sometidos a un análisis y a una crítica llenos de escepticismo. La totalidad del concepto formado y establecido en relación con «los derechos de la empresa», «los derechos de la propiedad» y la «misión del Gobierno», se vio fuertemente sacudido; en el transcurso de muy pocos años se pidió a las empresas que olvidaran sus tradiciones de preeminencia indiscutida y que adoptasen una filosofía nueva y extraña; es decir, que cooperasen con los sindicatos obreros, que aceptasen las nuevas normas y reglamentos y que corrigiesen muchas de sus prácticas. No hay que sorprenderse, pues, de que consideraran al Gobierno de Washington como hostil, partidista y completamente radical. Y tampoco hay que extrañarse de que en un ambiente como ese, los impulsos oficiales de acometer inversiones en gran escala se vieran refrenados por el desasosiego que el Gobierno experimentaba en esta atmósfera nueva y poco familiar.

Porque si bien Keynes preconizaba unas normas de capitalismo dirigido, al propio tiempo no se mostraba adversario de la empresa privada. «Es preferible que tiranicemos nuestro saldo bancario antes que a nuestros ciudadanos», había escrito en *The General Theory*, y a continuación afirmaba que el Gobierno debía preocuparse únicamente de suministrar

inversiones suficientes, pero dejando a la iniciativa privada el volumen inmenso de la economía. En suma, *The General Theory* no constituía una solución radical, sino que más bien era una explicación de por qué había que recurrir a un tratamiento inevitable. Puesto que una economía en calma es susceptible de ir indefinidamente a la deriva, es posible que la inacción del Gobierno se pague a un precio mucho más elevado que el que pueda suponer las consecuencias de una audaz heterodoxia.

El verdadero problema era moral y no económico. Durante la segunda guerra mundial, el profesor Hayek escribió *The Road to Serfdom*, libro que, a pesar de todas sus exageraciones, contenía una acusación sincera y emocionada contra la economía excesivamente planificada. A Keynes esa obra le inspiró simpatía y agrado. Pero, a la par que hacía su elogio, le escribía a Hayek:

La conclusión a que yo llegaría es otra. Yo no diría que no necesitamos planear, o que deban hacerse menos planes. Al contrario, diría que, sin duda, necesitamos todavía más. Pero los planes deben llevarse a cabo en una comunidad en la que vuestra propia posición moral sea compartida por la mayor cantidad posible de personas, lo mismo de dirigentes que de seguidores. Bastará con planear en forma moderada si quienes hayan de poner esos planes en obra tienen debidamente orientados su inteligencia y su corazón hacia el problema moral. Esto constituye un hecho real en cierto número de tales personas. Lo malo es que existe también un sector importante del cual podría decirse que desea que se planee, no para gozar de sus frutos, sino porque, en el terreno moral, sostienen ideas completamente contrarias a las vuestras y no aspiran a servir a Dios, sino al diablo.

Porque aquí estamos tratando de Keynes, hombre, y de sus opiniones, lo mismo que éstas nos parezcan erróneas, idealistas o irrealizables, que si las creemos sanas. Constituiría un grave error de juicio el situar a Keynes, cuyo objetivo fue salvar al capitalismo, en el mismo campo de los que pretenden hundirlo. Ciertamente que apremió a que se socializase la inversión; pero si él sacrificaba la parte, era sólo para salvar el todo.

Aparte del simple reconocimiento de que Marx tuvo algo que decir acerca de la demanda efectiva<sup>20</sup>, Keynes fue siempre despectivo con la obra de Marx. "El socialismo marxista—escribía en 1925—tendrá que constituir siempre un prodigio para los historiadores de la opinión, que no podrán explicarse cómo una doctrina tan ilógica y tan obtusa puede haber ejercido una influencia tan poderosa y duradera sobre la mente de los hombres y, a través de ellos, sobre los acontecimientos históricos"<sup>21</sup>.

Criticando a la Unión Soviética después de la visita que hizo a la misma en 1925, Keynes escribía: «¿Cómo puedo aceptar la doctrina que establece como Biblia propia<sup>22</sup>,

---

<sup>20</sup> Dillard, Dudley, *La teoría económica de Keynes*, Aguilar, Madrid, 1975, Pág. 330

<sup>21</sup> *Laissez-faire and Communism*, págs. 47-48.

<sup>22</sup> Heilbroner, Robert L., *Vida y doctrina de los grandes economistas*, volumen II, Orbis, Barcelona, 1985, Pág. 120



por encima y más allá de toda crítica, un libro de texto anticuado, que a mí me consta que no sólo es científicamente erróneo, sino que, además, carece de interés y de aplicación en el mundo moderno? ¿Cómo puedo adoptar un credo que, prefiriendo el barro a los peces, exalta al tosco proletario por encima de la burguesía y de la intelectualidad, que, con todas sus faltas, son la espuma de la vida y llevan, con toda seguridad, dentro de sí las semillas de todos los logros del género humano?» En el fondo, Keynes era conservador y no trataba de disimularlo.

Quizá se podría utilizar sobre las teorías de Keynes, sobre sus diagnósticos, así como en lo relativo al remedio que propone.; pero, en justicia, es preciso decir que hasta ahora no han aportado una teoría más meditada, un diagnóstico más profundo y un remedio más convincente aquellos que se empeñan en afirmar que Keynes no es sino un dañino entremetido que ha llevado la confusión a un sistema que funcionaba con la suficiente perfección. Pero nadie puede contradecir o negar su objetivo, que no fue otro que la creación de una economía capitalista en la cual quede eliminado para siempre el desempleo, que constituye la amenaza mayor y más grave para su continuidad.

Sus viajes a los Estados Unidos abarcaban problemas tan arduos como el de las finanzas de guerra de la Gran Bretaña y la amenazadora cuestión de lo que ocurriría en la terrible etapa de la posguerra. No era la Gran Bretaña la única potencia a la que eso preocupaba; también los Estados Unidos querían echar las bases para una corriente de comercio internacional que evitase la desesperada guerra económica que había desembocado ya en la guerra física. Se fundarían el Banco Internacional y el Fondo Monetario Internacional para que actuasen de guardianes de la corriente internacional del dinero; en lugar del viejo mundo de un perro come al otro, en el que cada nación trataba de sacar ventaja a la otra, se realizaría un esfuerzo cooperativo para ayudar a salir de sus dificultades monetarias a la nación que se viese envuelta en ellas.

La conferencia final se celebró en Bretton Woods, y Keynes, a pesar de su enfermedad y de su fatiga, fue, sin duda, quien dominó en ella no porque sacase triunfantes todos sus puntos de vista, puesto que el plan definitivo se aproximaba más a las propuestas norteamericanas que a las británicas, sino exclusivamente por la fuerza de su personalidad. Uno de los delegados a esa conferencia nos proporciona una visión del hombre en esta anotación de su diario:

Esta noche he asistido a una conmemoración particularmente reherché. Hoy es el 500 aniversario del Concordato entre el King's College, de Cambridge, y el New College, de Oxford, y Keynes ha dado un pequeño banquete en sus habitaciones para celebrar el acontecimiento. Keynes, que desde hacía varias semanas venía esperando este día con la misma emoción que un escolar, estuvo más fascinador que nunca. Pronunció una deliciosa alocución... Ésta constituyó un interesante ejemplo de la índole curiosamente compleja de ese hombre extraordinario. Todo lo radical que se muestra en temas puramente intelectuales, cuando se adentra en problemas de cultura es un auténtico conservador al estilo de Burke. Todo se llevó en un pianissimo, como correspondía a la ocasión; pero su emoción al hablar de la deuda que tenemos contraída con el pasado fue

auténticamente conmovedora.

Cuando Keynes pronunció su discurso final, cerrando la conferencia, dijo: «Si conseguimos seguir unidos en una tarea más vasta, tal como hemos empezado a hacerlo en esta tarea limitada, entonces el mundo puede abrigar la esperanza...», los delegados se pusieron en pie y lo aclamaron.

Y empezaron a llover sobre él honores. Fue elevado a Par del Reino Unido; se convirtió en lord Keynes, barón de Tilton, finca que había comprado en su edad madura, descubriendo con gran placer que había pertenecido en otros tiempos a una de las ramas de los Keynes. Las universidades de Edimburgo, la Sorbona y la suya propia le otorgaron honores. Fue nombrado miembro de la Junta de administradores de la National Gallery. Y aún quedaba trabajo: había que negociar el primer empréstito a la Gran Bretaña, y, como es natural, le fue confiada a Keynes la misión de presentar el punto de vista británico. De regreso de ese viaje, lo abordó un informador de Prensa y le preguntó si era cierto que Inglaterra se había convertido en el cuarenta y nueve estado de los Estados Unidos, a lo cual Keynes replicó brevemente: «No hemos tenido tanta suerte.»

El año 1946 acabó la dolorosa prueba. Se retiró a Sussex a leer, descansar y a prepararse para reanudar sus lecciones en Cambridge. Una mañana sufrió un acceso de tos. Lydia corrió a su lado; estaba muerto.

Los funerales se celebraron en la Abadía de Westminster. Por el pasillo central del templo avanzaron su padre, John Neville Keynes, que tenía noventa y tres años, y su madre, Florence. A pesar de todo su dolor, pocos padres podían haber ambicionado más para un hijo. El país llevó luto por la pérdida de un gran jefe, que desaparecía cuando más necesarios le eran su prudencia y su talento; y, cual decía el Times en una larga nota necrológica publicada el 22 de abril: «Con su muerte, la nación pierde a un gran inglés.»

No era un ángel, ni mucho menos. Este hombre, el más brillante de todos los grandes economistas, no era sino un ser humano, aunque extraordinario, con todos los fallos y debilidades de cualquier persona. Era capaz de ganarle a dos condesas y a un duque veintidós libras al bridge y gallear satisfechísimo de su hazaña; y era también capaz de pagarle menos de lo debido a un limpiabotas en Argel, y negarse a rectificar su error diciendo nada menos que esto: «No estoy dispuesto a contribuir a depreciar la moneda.» Sabía ser extraordinariamente cariñoso con el estudiante lento en comprender, y secamente agresivo con un hombre de negocios, o con un alto funcionario al que tomaba instintivamente ojeriza. Sir Harry Goshen, presidente del National Provincial Bank, irritó una vez a Keynes apremiándole con la frase «Dejemos que las cosas sigan su curso natural». A lo que Keynes respondió: « ¿Es más apropiado sonreír o enojarse ante estos sentimientos chabacanos? Lo mejor de todo sea tal vez dejar que sir Harry siga su curso natural.»

Él mismo nos dio la clave de su propio genio, aunque en ese momento no escribía acerca de sí mismo. Hablando de su antiguo maestro Alfred Marshall (hacia el cual sentía gran afecto y al que calificaba cariñosamente de «anciano absurdo»), Keynes especificó las cualidades que debía reunir un economista:

No parece que el estudio de la Economía exija dotes especiales de un orden extraordinariamente elevado. ¿No es cierto que, intelectualmente considerado, es un tema muy fácil si se compara con las altas ramas de la filosofía o de la ciencia pura? ¡Tema muy fácil, pero en el que pocos sobresalen! La explicación de esa paradoja quizá esté en que el maestro economista necesita poseer una rara combinación de dotes. Debe ser matemático, historiador, estadista, filósofo... en cierto grado. Debe comprender los símbolos y expresarse en palabras. Debe examinar lo particular en términos de lo general, y tocar lo abstracto y lo concreto en el mismo vuelo del pensamiento. Debe estudiar el presente a la luz del pasado, pero pensando en el porvenir. No debe quedar del todo fuera de su mirada ninguna parte de la naturaleza ni de las instituciones humanas. Debe buscar un resultado práctico y ser desinteresado, simultáneamente; debe ser tan independiente e incorruptible como un artista, y en ocasiones caminar tan al ras de tierra como un político.

«Marshall —dice Keynes— se aproximaba solamente a este ideal, sin llegar al mismo, porque, debido a su victorianismo, envolvía la economía en un aura de santidad que la despojaba de fuerza incisiva y de finalidad social.» Keynes se aproximó más que él; era la suya la actitud de Bloomsbury de «nada es sagrado», penetrando en el recinto sagrado de la ortodoxia económica; el mundo se vio enfocado otra vez por un hombre que no estaba tan ciego como para no ver su enfermedad, y que tampoco estaba tan desposeído de emoción y de inteligencia como para no querer curarlo. Si bien en el terreno económico estaba de vuelta de todo, en el político era sincero y cordial; y en esta curiosa combinación de inteligencia maniobrera y de corazón esperanzado reside su grandeza.

### **Un viaje sin retorno**

Quizás era de esperar que una guerra en la que se enfrentaron regímenes tan diferentes diese pie a un replanteamiento de la forma en que se gobernaban los hombres<sup>23</sup>. Además de los científicos, los generales y los encargados de descifrar códigos que intentaban ser más listos que el enemigo, también hubo otros que consagraron sus energías a resolver cuáles eran las virtudes y los defectos del fascismo, el comunismo, el capitalismo, el liberalismo, el socialismo y la democracia, una tarea tal vez no menos apremiante y no menos fundamental que las anteriores. Esto dio pie a una de las coincidencias más insólitas del siglo cuando se publicaron durante la guerra cuatro libros escritos por exiliados de la vieja monarquía dual de Austria y Hungría, que deseaban esclarecer cuál era el tipo de sociedad a la que debía aspirar la humanidad cuando cesasen las hostilidades. Al margen de sus muchas diferencias, estos libros tenían algo en común que hace recomendable su lectura: gracias al racionamiento de papel provocado por la conflagración, son todos, por suerte, de una gran brevedad.

El primero, *Capitalismo, socialismo y democracia*, de Joseph Schumpeter, apareció en 1942. Pretendía cambiar la concepción de la economía en igual medida que lo había

---

<sup>23</sup> *Ibíd.* Pág. 405.



hecho John Maynard Keynes. Schumpeter se oponía rotundamente a este último, así como a Marx. Trabajó como asesor económico para un príncipe egipcio, para después regresar a Austria como catedrático una vez publicado su primer libro. Acabada la primera guerra mundial, recibió una invitación para convertirse en ministro de Finanzas en el recién constituido gobierno socialista de centro. Sin embargo, y a pesar de haber desarrollado un plan para estabilizar la moneda, no tardó en dimitir, tras lo cual aceptó la presidencia de un banco privado. Éste acabó por venirse abajo a raíz del desastre que siguió al tratado de Versalles, por lo que, finalmente, Schumpeter se trasladó a Harvard, «donde su actitud y su capa no tardaron en hacerlo famoso en todo el campus»: Toda su vida creyó en la necesidad de una elite, «una aristocracia con talento».

La tesis de Schumpeter decía que Tanto para empresarios y empleados como para clientes, el sistema capitalista acaba por detenerse sin crear beneficio alguno, y no queda riqueza para invertir. Los trabajadores reciben el dinero exacto por su trabajo, basado en el precio de producción y venta de los productos. El beneficio, por lo tanto, sólo puede proceder de la innovación, lo que reduce por algún tiempo los costes de producción (hasta que los competidores se ponen a la misma altura) y permite un excedente que permite más inversiones. De esto se siguen dos hechos: En primer lugar, la fuerza motriz del capitalismo no son los propios capitalistas, sino los empresarios que inventan nuevas técnicas de maquinaria mediante las cuales se obtienen los productos a un precio más bajo. Schumpeter estaba convencido de que el carácter empresarial no podía ser aprendido o heredado; se trataba, en su opinión, de una actividad «burguesa» en esencia. Lo que quería decir con esto era que, en cualquier entorno urbano, la gente tiene siempre ideas capaces de fomentar la innovación; sin embargo, era imposible predecir quién tendría dichas ideas, así como cuándo y dónde las tendría y qué haría con ellas. La burguesía no funcionaba en virtud de una teoría o filosofía, sino motivada por un interés propio de naturaleza pragmática. Esto contradecía por completo el análisis marxista. El segundo aspecto del enfoque de Schumpeter era que el beneficio generado por los empresarios tenía siempre un carácter temporal. Cualquier innovación vendría seguida en un breve espacio de tiempo por otra procedente del mismo sector de la industria o el comercio, por lo que a la postre siempre se acabaría alcanzando una nueva estabilidad. Esto significa que, para él, el capitalismo estaba caracterizado de manera inevitable por ciclos de prosperidad y estancamiento. En consecuencia, su concepción de los años treinta era diametralmente opuesta a la de Keynes, pues estaba persuadido de que la depresión era, en cierta medida, inevitable: se trataba de una ducha fría y realista. Durante la guerra había albergado ciertas dudas acerca de la supervivencia del capitalismo. Pensaba que, en cuanto actividad básicamente burguesa, desembocaría en una creciente burocratización, en un mundo de «hombres trajeados» más que de emprendedores. Dicho de otra forma, llevaba consigo las semillas de su propio fracaso definitivo; constituía un éxito económico, pero no sociológico. Además, al encarnar un mundo competitivo, el capitalismo generaba en la gente un acercamiento crítico casi endémico que acabaría por volverse contra sí mismo. Por otro lado, en 1942, pensaba que el socialismo podía funcionar, aunque para él era más una economía benigna, burocrática y planeada que un marxismo o un estalinismo en estado puro.

Refiriéndose a Marx, Schumpeter hace un apunte con respecto a la clase trabajadora: “Al hacer esto y atribuir a las masas – de un modo completamente irreal – su propio tópico de “conciencia de clases” falsifico indudablemente la verdadera psicología del trabajador (que se centra en el deseo de convertirse en un pequeño burgués y de ser amparado en esa situación por el poder político)”<sup>24</sup>

Otro apunte interesantante de Schumpeter, es este que se refiere a porque abrazan algunas personas la ideologia Marxista. “Anhelantes de impaciencia por entrar en la lid, deseosos de salvar al mundo de una cosa u otra, disgustados por el increíble tedio de los manuales, insatisfechos emocional e intelectualmente, incapaces de realizar una síntesis por su propio esfuerzo, encuentran en Marx lo que anhelan”<sup>25</sup>.

Schumpeter, pensaba que la maquina capitalista era siempre una maquina de producción masiva, lo cual significa también, inevitablemente, que es una maquina de producción para las masas<sup>26</sup>; colocando artículos, productos y servicios, que solo pertenecían al confort de las personas adineradas, como el calzado, la ropa, los automóviles, los servicios públicos, al alcance de las masas. O sea, en otras palabras,<sup>27</sup> que comprobamos que el proceso capitalista eleva, progresivamente, el nivel de vida de las masas y no por mera casualidad, sino en virtud de su propio mecanismo. Y esto tiene lugar a través de una serie de vicisitudes, cuyo rigor es proporcional a la celeridad de su proceso. El capitalismo es<sup>28</sup>, por naturaleza, una forma o metodo de transformación economica y no solamente no es jamás estacionario, sino que no puede serlo nunca. Ahora bien: este carácter evolutivo del proceso capitalista no se debe simplemente al hecho de que la vida económica transcurre en un medio social y natural que se transforma incesantemente y que, a causa de su transformación, altera los datos de la acción económica; este hecho es importante y estas transformaciones (guerras, revoluciones, etc) condicionan a menudo el cambio industrial, pero no constituyen su móvil primordial. Tampoco se debe este carácter evolutivo al crecimiento casi automático de la población y el capital, ni a las veleidades del sistema monetario, de todo lo cual puede decirse exactamente lo mismo que de las transformaciones del sistema capitalista. El impulso fundamental que pone y mantienen movimiento la maquina capitalista procede de los nuevos bienes de consumo, de los nuevos métodos de producción y transporte, de los nuevos mercados, de las nuevas formas de organización industrial que crea la empresa capitalista.

---

<sup>24</sup> Schumpeter, J .A, Capitalismo, socialismo y democracia, tomo I, Orbis, Barcelona, 1983, Pag 31.

<sup>25</sup> Ibid. Pág. 78

<sup>26</sup> Ibid. Pág. 101

<sup>27</sup> Ibid. Pág. 103

<sup>28</sup> Ibid. Pág. 120

No solo la fábrica mecanizada moderna y el volumen de producción que fluye de ella<sup>29</sup>, no solo la técnica y la organización económica modernas, sino todos los rasgos y conquistas de la civilización moderna, son, directa o indirectamente, producto del proceso capitalista, y hay que incluirlos en todo balance del mismo y tenerlos en cuenta en todo veredicto acerca de sus hazañas o fechorías.

Los radicales pueden insistir en que las masas claman por la salvación de sufrimientos intolerables y hacen crujir sus cadenas en las tinieblas de la desesperación<sup>30</sup>; pero nunca hubo, por supuesto, tanta libertad personal – espiritual y corporal- para todos; nunca hubo tan buen ánimo para tolerar e incluso para financiar a los enemigos mortales de la clase dominante; nunca hubo una simpatía tan efectiva por los sufrimientos reales y fingidos; nunca tan buena disposición para aceptar cargas sociales como en la moderna sociedad capitalista, y todo lo que haya de democracia, fuera de las comunidades rurales, se ha desarrollado históricamente en la estela del capitalismo, tanto antiguo como moderno. Nuevamente pueden ser alegados multitud de hechos del pasado para elaborar un contraargumento que había de ser eficaz, pero esto es irrelevante en una discusión sobre las condiciones actuales y las alternativas que se ofrecen para el futuro. Si, no obstante, decidimos entregarnos a una disquisición histórica, muchos de aquellos hechos que a los críticos radicales pueden parecer los más favorables para su tesis pueden tener, a menudo, un aspecto diferente, si se ven a la luz de una comparación con los hechos correspondientes de la experiencia pre-capitalista. y no puede replicarse que “aquellos eran otros tiempos” ya que ha sido precisamente la evolución capitalista la que los ha hecho diferentes.

Siendo como es la naturaleza humana<sup>31</sup>, la alternativa capitalista, con su sistema de motivaciones y su distribución de responsabilidades y de recompensas, ofrece, después de todo, si no el orden mejor que puede concebirse, sí, al menos el mejor orden practicable. Lo mismo que decía Churchill con respecto a la democracia.

Schumpeter pensaba que, el capitalismo se derrumbaría, no por sus fallas sino que sería víctima de sus éxitos y se transformaría en algo cercano al socialismo.

El segundo libro Diagnóstico de nuestro tiempo, de Karl Mannheim, se publicó un año más tarde. Mannheim dio por sentado el advenimiento de una «sociedad planificada». En su opinión, el viejo capitalismo, que había dado origen al crash de la bolsa de valores y

---

<sup>29</sup> Ibid. Pág. 173

<sup>30</sup> Ibid. Pág. 175

<sup>31</sup> Ibid. Pág. 262

la posterior depresión, había muerto. «Todos sabemos a estas alturas que tras esta guerra no habrá viaje de retorno posible al orden no intervencionista de la sociedad, que la guerra trae consigo una revolución callada al preparar el terreno para un nuevo tipo de orden planificado». Al mismo tiempo, se mostraba por igual desilusionado con el estalinismo y el fascismo. Según él, la nueva sociedad que debía surgir tras la guerra, lo que él llamó la Gran Sociedad, sólo podía lograrse mediante una planificación que no fuese en detrimento de la libertad, como había sucedido en los países autoritarios, pero que tuviese en cuenta los últimos avances de la psicología y la sociología, sobre todo del psicoanálisis.

El tercer libro fue publicado por Friedrich Von Hayek. Nacido en 1899, este último provenía de una familia de científicos, parientes lejanos de los Wittgenstein. Hizo dos doctorados en la Universidad de Viena; entró a trabajar en el LSE como profesor de economía en 1931 y logró la ciudadanía británica en 1938. También él odiaba el estalinismo y el fascismo por igual. En *El camino a la servidumbre* (1944), exponía su clara oposición a cualquier régimen planificado y asociaba firmemente la libertad al mercado, que, en su opinión, ayudaba a producir un «orden social espontáneo». Se mostraba crítico con Mannheim y consideraba que el keynesianismo no era sino «un experimento» que, en 1944, aún no se había podido llevar a cabo, y recordaba a los lectores que la democracia no constituía un fin, sino «un medio, un mecanismo funcional para salvaguardar la paz interna y la libertad individual». Reconocía que el mercado distaba mucho de ser perfecto, pero volvía a recordar a sus lectores que el imperio de la ley había crecido a la par que el mercado, y que en parte constituía una respuesta sus defectos: los dos habían nacido entrelazados a consecuencia de la Ilustración. Para él por lo tanto, la planificación no sólo estaba equivocada en principio, sino que era poco práctica. Von Hayek dio tres razones por las que la planificación con lleva los peores resultados. La primera era que los que han recibido una mejor formación son los que antes ven venir cualquier tipo de argumento y no se unen al grupo ni se muestran de acuerdo con ninguna jerarquía de valores. En segundo lugar, al centralizador le resulta más fácil apelar a los más crédulos y dóciles; y por último, siempre era más fácil para un grupo de gente ponerse de acuerdo con respecto a un programa negativo —como por ejemplo el odio a los extranjeros o a las clases diferentes— que a uno positivo. Criticó a los historiadores como E.H. Carr, que tenían por objeto presentar la historia como una ciencia (igual que hacía Marx) con cierto componente inevitable, y atacaba el propio concepto de ciencia, sobre todo en la persona de CIL Waddington, autor de *The Scientific Anitude*, que había predicho que pronto podría aplicarse a la política el enfoque científico." Para Hayek, la ciencia concebida de esta manera era una forma de planificación. Entre los defectos del capitalismo, admitía la necesidad de vigilar la tendencia a la monopolización con el fin de evitarla; pero, a su parecer, era más grave —por ser más probable— la amenaza que suponían los monopolios sindicales cuya formación favorecía el socialismo.

Cuando la guerra tocaba a su fin, un cuarto austrohúngaro publicó: *La sociedad abierta y sus enemigos*. Se trataba de Karl Popper, cuya carrera siguió una trayectoria cuando menos insólita. Nació en Viena en 1902 y no fue un joven excesivamente sano. En 1917, una prolongada enfermedad le impidió asistir a clase. Coqueteó con el socialismo. Popper compartía muchas de las opiniones de su compañero vienés de exilio Friedrich Von

Hayek, aunque no se limitaba a la economía, sino que abarcaba un campo mucho más amplio.

Popper, al igual que los positivistas lógicos del Círculo de Viena, estaba profundamente influido por el método científico, que aplicaba incluso a la política. En su opinión, existían dos ramificaciones importantes: La primera consistía en el hecho de que las soluciones políticas eran como las científicas, «nunca pasan de ser provisionales, porque siempre están sujetas a una posible mejora». A eso se refería cuando hablaba de la pobreza del historicismo, a la necesidad de buscar en el estudio de la historia lecciones más profundas, que proporcionarían las «leyes de hierro» por las que deberían gobernarse las sociedades: Popper pensaba que la historia no existía: lo único real era la interpretación histórica. En segundo lugar, estaba convencido de que las ciencias sociales debían, para ser útiles, «ser capaces de hacer profecías». Sin embargo, si esto fuese cierto, el historicismo volvería a ser válido, y la acción del hombre, o su responsabilidad, sería mínima o incluso desaparecería. En su opinión, esto no tenía sentido, por lo que descartó toda posibilidad de que pudiese existir una «historia teórica» de igual manera que existe una física teórica.

Esto llevó a Popper a escribir el pasaje más célebre de su libro: la crítica de Platón, Hegel y Marx (de hecho, el primer título que pensó para el libro era: Falsos profetas: Platón, Hegel y Marx). Popper pensaba que el primero de estos tres filósofos podía haber sido el más grande pensador de todos los tiempos de no haber sido un reaccionario que ponía los intereses del estado por encima de todo, incluida la interpretación de la justicia. Así, por ejemplo, según Platón, los guardianes de la república, que deben ser filósofos, poseen el derecho de mentir, «de engañar a los enemigos o a sus conciudadanos por el bien del estado». Popper recibió muchas críticas por este ataque a Platón, pero el filósofo vienés siguió considerando al griego como un oportunista y, además, como precursor de Hegel, cuyos argumentos acerca de la dialéctica dogmática habían desembocado, según él, en la identificación del bien con aquello que predomina y a la conclusión de que «el poder tiene la razón». Para el vienés, esto no era sino una definición errónea de la dialéctica. En realidad, decía, se trataba de una mera versión del método de ensayo y error, como sucede en el método científico, y la idea de Hegel de que la tesis genera siempre una antítesis era también errónea, por romántica que resultase: para Popper, la tesis daba pie a modificaciones tanto como generaba la tesis opuesta. Del mismo modo, Marx era un falso profeta porque insistía en un cambio holístico en la sociedad, que el vienés consideraba equivocado por el simple hecho de que era anticientífico: no podía demostrarse. Por su parte, prefería un cambio gradual, de manera que cada nuevo elemento que fuese introduciéndose pudiese someterse a prueba para ver si mejoraba la situación anterior. Popper no estaba en contra de los objetivos del marxismo, y señalaba, por ejemplo, que gran parte del programa recogido en El manifiesto comunista se había logrado de hecho en las sociedades occidentales. Sin embargo, se había logrado de forma gradual, sin violencia.

Popper compartía con Hayek el convencimiento de que el poder del estado debía reducirse al mínimo; su función primordial debía ser la de preservar la justicia, evitar que el fuerte abusase del débil. Por otra parte, se oponía a Mannheim y afirmaba que la planificación no haría sino provocar una mayor cerrazón de la sociedad, por el mero

hecho de que implicaba un enfoque historicista, holístico y utópico, contrario por completo al método científico de ensayo y error. Todo esto llevaba al filósofo a considerar la democracia como la única posibilidad viable, pues no había otra forma de gobierno que encarnase dicho método de ensayo y error, al tiempo que permitía a la sociedad modificar su política a la luz de la experiencia y cambiar el gobierno sin derramamiento alguno de sangre. Al igual que sucede con los escritos de Hayek, las ideas de Popper pueden no parecer excesivamente originales hoy en día, por la simple razón de que defienden un hecho que hoy damos por sentado. Sin embargo, cuando él las escribió la civilización se veía anegada por el totalitarismo; el crash de la bolsa y la depresión se hallaban aún en la mente de todos, y la primera guerra mundial no era algo tan alejado en el tiempo como lo es hoy. Todo esto hacía pensar a muchos que la historia debía de tener una estructura oculta (Popper ataca en concreto La decadencia de Occidente, de Spengler, a la que tacha de no tener sentido), que poseía una naturaleza cíclica, en particular por lo que respecta a la esfera económica, y que el comunismo y el fascismo constituían reacciones inevitables. Popper, por el contrario, estaba convencido de que las ideas tenían una gran relevancia en la vida humana, en la sociedad, y que podían tener el poder necesario para cambiar el mundo. En este contexto, la función de la filosofía política es hacerse eco de esas nuevas ideas para reinventar la sociedad de forma continuada.

La coincidencia de estos cuatro libros escritos por emigrantes austrohúngaros fue, cuando menos, digna de mención; aunque, puestos a pensar, tal vez no resulte tan sorprendente. El mundo estaba en guerra, una guerra provocada tanto por las ideas y los ideales como por el territorio. Estos exiliados habían visto de cerca el totalitarismo y la dictadura y eran conscientes de que, aunque terminase la guerra con Alemania y Japón, el conflicto frente al estalinismo no cesaría.

Después de la Segunda Guerra mundial<sup>32</sup>, un período de fuerte [crecimiento económico](#), en Francia, lleva a numerosas economías del Norte a la [sociedad de consumo](#), mientras que se impone una [clase media](#), y los niveles de vida tienden a uniformarse. Los [Estados de bienestar](#) se acompañaron de una toma de control por el [Estado](#) de las sociedades más grandes industriales, comerciales y bancarias en numerosos países. Los sistemas de seguridad particular en cuanto a ellos habían reemplazado por una toma en carga colectiva de los riesgos a escala estatal. Apreciamos entonces economías mixtas, donde el capitalismo no debía dominar en lo sucesivo, pero sí coexistir con sistemas económicos alternativos.

## El populismo Latinoamericano

¿Cómo saltó Latinoamérica de una crisis económica a otra<sup>33</sup>, y de un gobierno civil a otro militar y vuelta a empezar, en los 70, los 80 y los 90? La respuesta sencilla es que, con contadas excepciones, Latinoamérica no ha sido capaz de desengancharse del populismo económico que ha desarmado en términos figurados a todo un continente en

---

<sup>32</sup> [http://es.wikipedia.org/wiki/Discusi%C3%B3n:Edad\\_Moderna](http://es.wikipedia.org/wiki/Discusi%C3%B3n:Edad_Moderna). Consultado el 3 de junio de 2011

<sup>33</sup> Ibid. Pág. 375

su competencia con el resto del mundo. A pesar de los resultados económicos innegablemente malos de las políticas populistas adoptadas por casi todos los gobiernos latinoamericanos en un momento u otro desde el final de la Segunda Guerra Mundial, los datos no habían parecido atenuar la voluntad de recurrir a ese populismo económico.

El diccionario define «populismo» como una filosofía política que respalda los derechos y el poder del pueblo, por lo general en oposición a una elite privilegiada. El populismo económico puede verse como la respuesta de una población empobrecida a una sociedad en declive, caracterizada por una elite económica a la que se percibe como opresora. Bajo el populismo económico, el gobierno accede a las exigencias del pueblo, sin tener en cuenta los derechos individuales o las realidades económicas referentes a cómo se aumenta o siquiera se sostiene la riqueza de una nación. En otras palabras, se pasa por alto las consecuencias económicas adversas de las políticas, de forma deliberada o involuntaria. El populismo es más evidente, como cabría esperar, en las economías con altos niveles de desigualdad de renta, como en Latinoamérica. En verdad, la desigualdad en todas las economías latinoamericanas se cuenta entre las más altas del mundo, muy por encima de cualquier país industrial y, lo que llama la atención, de cualquiera de las economías del este asiático.

El populismo económico busca la reforma, no la revolución. Sus practicantes dejan claro los agravios concretos que hay que corregir, pero sus prescripciones son vagas. A diferencia del capitalismo o el socialismo, el populismo económico no trae consigo un análisis formalizado de las condiciones necesarias para la creación de riqueza y el aumento del nivel de vida. Tiene poco de cerebral. Se trata más bien de un grito de dolor. Los líderes populistas ofrecen promesas inequívocas de remediar las injusticias percibidas. La redistribución de la tierra y el procesamiento de una elite corrupta que supuestamente roba a los pobres son panaceas habituales; los líderes prometen tierra, vivienda y comida para todos. También se codicia la «justicia», que suele ser redistributiva. En todas sus diversas variedades, por supuesto, el populismo económico lleva la contra al capitalismo de libre mercado. Sin embargo, esta postura es fundamentalmente errónea, y se basa en una concepción equivocada del capitalismo. Muchos otros, tanto dentro como fuera de la región, sostienen que los populistas económicos tienen más posibilidades de conseguir sus metas por medio de más capitalismo, y no menos. Donde ha habido éxitos —donde los niveles de vida de la mayoría han subido—, unos mercados más abiertos y un aumento de la propiedad privada han desempeñado un papel crucial.

La mejor prueba de que el populismo es ante todo una respuesta emocional que no se basa en ideas es que no parece retroceder ante sus repetidos fracasos. Brasil, Argentina, Chile y Perú han tenido múltiples episodios de políticas populistas fallidas desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Aun así, las nuevas generaciones de líderes en apariencia no han aprendido de la historia y siguen buscando las soluciones simplistas del populismo. Puede sostenerse que, en el proceso, han empeorado las cosas.

Es lamentable que los movimientos populistas cierren los ojos al fracaso económico previo en su lucha por articular una respuesta a su angustia actual, pero no me sorprende ni eso ni su rechazo del capitalismo de libre mercado, dice Greenspan. A decir verdad,

confieso, no sin cierto sentido de la ironía, que siempre me ha desconcertado la voluntad de unas poblaciones grandes y a menudo pobremente educadas y de sus representantes gubernamentales de adherirse a las reglas del capitalismo de mercado. El capitalismo de mercado es una amplia abstracción que no siempre concuerda con opiniones no instruidas sobre el modo en que funcionan las economías. Supongo que los mercados se aceptan gracias a su largo historial de creación de riqueza. Con todo, como a menudo se me queja la gente: «No sé cómo funciona, y siempre parece tambalearse al borde del caos.» No es una sensación del todo ilógica pero, como se enseña en Primero de Economía, cuando una economía de mercado se aleja periódicamente de un camino en apariencia estable, las respuestas competitivas entran en acción para reequilibrarla. Dado que ese reequilibrio implica millones de transacciones, el proceso es muy difícil de captar. Las abstracciones del aula sólo alcanzan a ofrecer un atisbo de la dinámica que, por ejemplo, permitió que la economía estadounidense se estabilizara y creciera tras los atentados del 11 de septiembre.

El populismo económico se imagina un mundo más sencillo, en el que un marco conceptual se antoja una distracción de la necesidad evidente y acuciante. Sus principios son simples. Si existe paro, el gobierno debería contratar a los desempleados. Si el dinero escasea y en consecuencia los tipos de interés son altos, el gobierno debería asignar un tope a los tipos o imprimir más dinero. Si los bienes importados amenazan al empleo, se acaba con las importaciones. ¿Por qué son esas respuestas menos razonables que suponer que, si quieres que el coche arranque, le das al contacto?

La respuesta es que, en unas economías en las que millones de personas trabajan y comercian a diario, los mercados individuales están tan entrelazados que, si se pone tope a un desequilibrio, se desencadena inadvertidamente una serie de otros desequilibrios. Si se asigna un techo de precios a la gasolina, surgen carestías con las consiguientes largas colas en las gasolineras, como quedó de manifiesto para los estadounidenses en 1974. Lo bonito de un sistema de mercado es que, cuando funciona bien, como sucede casi todo el tiempo, tiende a crear su propio equilibrio. La perspectiva populista equivale a una contabilidad por partida simple. Sólo anota los créditos, como los beneficios inmediatos de unos precios de la gasolina más bajos. Los economistas, confío, practican la contabilidad por partida doble.

Lastrado por su carestía de concreciones de política económica significativas, el populismo, para atraerse fieles, debe arrogarse una justificación moral. En consecuencia, los dirigentes populistas deben ser carismáticos y lucir un aura de saber lo que se hacen, incluso una competencia autoritaria. Muchos, quizá la mayoría, de esos líderes han salido del ejército. En la práctica no defienden la superioridad conceptual del populismo sobre los mercados libres. No adoptan el formalismo intelectual de Marx. Su mensaje económico es simple retórica aderezada con palabras como «explotación», «justicia» y «reforma agraria», no «PIB» o «productividad».

Para los campesinos que aran campos ajenos, la redistribución de la tierra es una meta reverenciada. Los líderes populistas nunca abordan el potencial lado malo, que puede ser devastador. Robert Mugabe, presidente de Zimbabue desde 1987, prometió y dio a sus seguidores la tierra confiscada a los colonos blancos. Pero los nuevos propietarios



no estaban preparados para gestionarla. La producción de alimentos se hundió y precisó de una importación a gran escala. La renta tributable cayó en picado, lo que obligó a Mugabe a recurrir a la impresión de dinero para financiar su gobierno. La hiperinflación en el año 2007, estaba deshaciendo el pacto social de Zimbabue. Una de las economías históricamente más prósperas de África está siendo destruida.

Hugo Chávez, que llegó a la presidencia de Venezuela en 1999, está siguiendo el ejemplo de Mugabe. Está arrasando y politizando la antaño orgullosa industria petrolífera venezolana, la segunda más grande del mundo hace medio siglo. El nivel de mantenimiento esencial de los yacimientos petrolíferos experimentó un drástico descenso cuando sustituyó a la mayoría de técnicos no políticos de la petrolera estatal por adictos a su régimen. Eso provocó una pérdida permanente de varios centenares de miles de barriles al día en capacidad productiva. La producción de crudo venezolano pasó de una media de 3,2 millones de barriles al día en 2000 a 2,4 millones de barriles diarios durante la primavera de 2007.

Aun así, la fortuna ha sonreído a Chávez. Sus políticas habrían llevado a la bancarrota a casi cualquier otra nación. Pero, desde que llegó a presidente, la demanda mundial de petróleo ha engendrado una casi cuadruplicación de los precios del crudo y, al menos de momento, le ha sacado las castañas del fuego. Contando su crudo pesado, es muy posible que Venezuela posea una de las mayores reservas de petróleo del mundo. Pero el petróleo en el subsuelo no es más valioso que cuando esperó en letargo durante milenios, a menos que se pueda crear una economía para extraerlo.<sup>34</sup>

Un significativo dilema agobia a Chávez en su postura política. Dos terceras partes de los ingresos petroleros de su país proceden del crudo enviado a Estados Unidos. A Venezuela le resultaría muy costoso despojarse de su gran cliente, porque produce ante todo un crudo pesado y ácido que requiere la capacidad de las refinerías estadounidenses. Desviar petróleo a Asia será posible pero muy costoso. Unos precios más altos, por supuesto, darían margen a Chávez para absorber los costes adicionales, pero al aumentar su compra de influencia en el extranjero y apoyo político en casa está atando su futuro político, de forma gradual pero inexorable, al precio del petróleo. Necesita unos precios cada vez más altos para salirse con la suya. Puede que la fortuna no le sonría por siempre.

La democracia es un proceso embrollado, y desde luego no siempre constituye la forma más eficaz de gobierno. Aun así, estoy de acuerdo –dice Greenspan– con la agudeza de Winston Churchill: «La democracia es la peor forma de gobierno a excepción de todas las demás que se han probado de vez en cuando.» Para bien o para mal, no tenemos más remedio que presuponer que las personas que actúan con libertad en última instancia tomarán las decisiones adecuadas sobre cómo gobernarse. Si la mayoría toma las decisiones equivocadas, habrá consecuencias adversas; incluso, al final, un caos civil.

El populismo atado a los derechos individuales es lo que la mayoría denomina democracia liberal. El «populismo económico», en el sentido que le dan la mayoría de

---

<sup>34</sup> Eso sucedió en Venezuela en 1914, año en que Royal Dutch Shell llevó la tecnología necesaria para desarrollar sus riquezas.

economistas, sin embargo, se refiere implícitamente a una democracia en la que el calificador «derechos individuales» está en buena medida desaparecido. La democracia sin matices, en la que el 51 por ciento de las personas puede desentenderse legalmente de los derechos del restante 49 por ciento, conduce a la tiranía.<sup>35</sup> El término, pues, se vuelve peyorativo cuando se aplica a personajes como Perón, quien para la mayoría de historiadores es el principal responsable del prolongado declive económico de Argentina tras la Segunda Guerra Mundial. Argentina sigue trabajando bajo ese legado.

La batalla en pro del capitalismo nunca se gana. Latinoamérica lo demuestra con mayor claridad quizá que ninguna otra región. La concentración de la renta y una aristocracia terrateniente enraizada en las conquistas españolas y portuguesas del siglo XVI todavía fomentan profundos y enconados rencores. El capitalismo en Latinoamérica todavía es una lucha en el mejor de los casos.

## **CAPITALISMOS**

Al capitalismo, de acuerdo a la cultura se le ha introducido cambios, pero en la medida que conserva los rasgos distintivos y más importantes del mismo conviene seguirlo llamando de ese modo para evitar, intervenciones dudosas.

Por cultura se entiende los valores compartidos de los miembros de una sociedad que se inculcan a una edad temprana e impregnan todos los aspectos de la vida. Algunos aspectos de la cultura de una nación acaban afectando de manera visible al PIB<sup>36</sup>.

Creo que el capitalismo tiene una estructura única con diferentes apellidos. Este apellido se lo da el País o la región donde se practique. Tomemos Estados Unidos y Francia, por ejemplo, países ambos cuyos valores más fundamentales tienen sus raíces en la Ilustración. Una encuesta reciente revela que un 71 por ciento de los estadounidenses están de acuerdo en que el libre mercado es el mejor sistema económico disponible. Sólo un 36 por ciento de franceses creen lo mismo. Otra encuesta indica que tres cuartas partes de los jóvenes franceses aspiran a conseguir un empleo en la Administración. Muy pocos jóvenes estadounidenses expresan esa preferencia.

Esas cifras hablan de una diferencia notable en la tolerancia de riesgos. Los franceses sienten mucha menos inclinación a padecer las presiones competitivas de un mercado libre y buscan de forma abrumadora la seguridad de un empleo para el gobierno, a pesar de las difundidas evidencias de que la asunción de riesgos es esencial para el crecimiento económico.

---

<sup>35</sup> Muchos de nuestros Padres Fundadores temían que el gobierno estadounidense de la mayoría sin las primeras diez enmiendas a la Constitución de Estados Unidos de América –nuestra Bill of Rights- constituiría una tiranía.

<sup>36</sup> Greenspan, Alan, La Era de las turbulencias, Ediciones B, Barcelona, 2008, Pág. 306.

Podemos decir que el capitalismo es un rango, y se ha movido entre los límites inferior y superior de este rango. El límite inferior plantea la libre competencia de los mercados con mínima intervención estatal y el límite superior plantea intervenciones estatal o regulaciones, que sin desvirtuar la esencia del capitalismo, tratan de enderezar los fallos del sistema. Nótese que no hablo de extremos, por que el capitalismo no va de cero intervención a una intervención total, eso desvirtuaría la esencia del capitalismo.

Después de la guerra, Europa y Japón estaban en ruinas, por supuesto, y hasta en Estados Unidos pocos predecían con confianza un crecimiento económico. A decir verdad, los recuerdos de la década de 1930 eran tan vívidos que la gente temía que la Depresión volviera a la carga por donde lo había dejado. En Gran Bretaña, lugar de nacimiento del capitalismo, el temor por el mundo económico de la posguerra era tan profundo que su reverenciado líder en tiempos de guerra, Winston Churchill, no fue considerado lo bastante centrado en las necesidades económicas internas y fue depuesto del cargo sin contemplaciones mientras se reunía en Potsdam con Truman y Stalin. El recién instalado gobierno laborista nacionalizó un segmento significativo de la industria británica. En Alemania se amplió el sistema de seguridad social iniciado bajo Bismarck en la década de 1880.

Con el paso de los años, cobró fuerza un creciente desengaño con la rigidez y los resultados de la planificación económica gubernamental, y todas las economías europeas se desplazaron hacia el capitalismo de mercado, aunque en diferentes marcos temporales y en diferente grado. En su mayor parte, por bien que reconocieran el lado malo de la destrucción creadora, los defensores de los mercados convencieron a sus poblaciones de los beneficios del capitalismo, con lo que adquirieron el predominio electoral. A causa de las profundas diferencias entre culturas, sin embargo, cada nación practicó su propia versión matizada.

Gran Bretaña descarriló de su vía socialista en parte por las periódicas crisis de divisas que la obligaron a ceder ante mercados más competitivos. Margaret Thatcher hizo virar bruscamente al país hacia el paradigma capitalista. La adopción del capitalismo de mercado por parte de Thatcher se ganó la aceptación a regañadientes del electorado británico. Fue reelegida en 1983 y 1987, y se convirtió en el primer ministro con más años consecutivos en el cargo desde 1827. Al mando de 1997 en adelante, Tony Blair y Gordon Brown, cabezas de un Partido Laborista rejuvenecido y más centrista, aceptaron los cambios estructurales profundamente importantes de Thatcher en los mercados británicos laboral y de productos. Lo que quedara de socialismo en la Gran Bretaña del siglo XXI estaba muy rebajado. El socialismo fabiano todavía tenía su reflejo en la red social de seguridad británica pero en su variedad más diluida. El éxito del país con el impulso hacia el libre mercado de Thatcher y el «Nuevo Laborismo» sugiere que sus reformas favorables al PIB tienen visos de persistir a lo largo de la siguiente generación. Gran Bretaña evolucionó de una economía anquilosada en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial a una de las economías más abiertas del mundo

El nivel de actividad económica requerido para restaurar la infraestructura económica

alemana destruida por la guerra y ponerse al día en las tecnologías desarrolladas durante la guerra impulsó el crecimiento del PIB alemán. De manera casi por completo imprevista, el «milagro económico» alemán llevó a la República Federal a la condición de potencia económica mundial apenas cuatro décadas más tarde, aplicando el sistema capitalista. El crecimiento de Alemania Occidental presentó una asombrosa media del 6 por ciento anual entre 1950 y 1973. El índice medio de paro se mantuvo en mínimos a lo largo de la década de 1960, un resultado inconcebible en los años de la Depresión previa a la guerra.

Japón es, probablemente, la sociedad con mayor uniformidad cultural de las principales potencias industriales. Sus leyes de inmigración en general desaniman a todo aquel que no sea de origen japonés. Se trata de una sociedad muy cívica. Los japoneses ven mal el gran movimiento de puestos de trabajo y los frecuentes despidos asociados con la eliminación o evolución de las compañías obsoletas. Pese a todo, desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta 1989, Japón logró desarrollar una de las economías capitalistas más exitosas del mundo. La reconstrucción de posguerra absorbió toda la población activa; muy pocos trabajadores eran despedidos y Japón se hizo famoso por su defensa del empleo vitalicio. Asimismo, el aumento de la demanda sacó las castañas del fuego a las empresas mal dirigidas. Para 1989, se decía que el valor que los inversores del mundo atribuían a la tierra en que se erige el Palacio Imperial equivalía al de todo el suelo de California. En los años recientes, Japón ha tenido que recuperarse con mucho esfuerzo del descalabro de la Bolsa y el suelo de 1990. Los bancos japoneses invirtieron con fuerza en préstamos garantizados por propiedades inmobiliarias, a medida que los precios del suelo se disparaban. Cuando llegó el momento y los precios cayeron en picado, la garantía se volvió insuficiente. Sin embargo, en vez de reclamar los préstamos, como harían la mayoría de bancos occidentales, los banqueros japoneses se frenaron. Hicieron falta años y muchos rescates gubernamentales para que los precios inmobiliarios se estabilizaran y el sistema bancario regresara a una actividad de préstamo normal. Japón se comporta de modo distinto a los demás países capitalistas. Consideran humillante «quedar en evidencia».

Veamos la diferencia de cómo enfrentó Estados Unidos y Japón un problema similar con respecto al deterioro bancario de ambos países. Estados Unidos liquidó los activos de aproximadamente 750 instituciones de ahorro y préstamo quebradas. Remató la mayor parte de las propiedades en apariencia invendibles y con grandes pérdidas recuperó algo de caja. El mercado inmobiliario revivió y la nueva industria de dichas instituciones, más modesta, empezó a prosperar. La estrategia del gobierno estadounidense fue: (1) declarar en bancarrota a buena parte de la fallida industria de las instituciones de ahorro y préstamo, (2) colocar sus activos en un vehículo de liquidación y (3) descargar esos activos con grandes descuentos de una manera que devolviera la liquidez al mercado inmobiliario. El problema japonés era similar. Sin embargo cualquier economista japonés hubiera dicho: “ése no es el estilo japonés”. Frase que utilizan para expresar sus diferencias con otras culturas. Abocar a los deudores delincuentes a la bancarrota y ejecutar sus garantías bancarias era algo que debía evitarse, como los despidos. Los japoneses observan un código de civismo que hace prácticamente inconcebible dejar a alguien en evidencia. Los japoneses aceptaron con consciencia de causa un estancamiento económico de coste desorbitado para ahorrarles un bochorno mayúsculo

a muchas compañías y personas. Por extraño que parezca, es probable que ese mismo sentido de la solidaridad colectiva rescate a la economía japonesa de las exigencias de la financiación de jubilaciones que afrontarán la práctica totalidad de los grandes países desarrollados en los años venideros. ¿Cómo maneja japon lo que parece ser un nivel de compromisos con los futuros jubilados que el gobierno tal vez no sea capaz de cumplir?. Un alto funcionario respondió que se rebajarían las prestaciones y que hacerlo no supondría un problema: los japoneses verían los cambios como un sacrificio por el bien de la nación, y con eso bastaría. No puedo imaginarme otro país con los votantes comportándose de un modo tan razonable.

El sistema económico norteamericano tiene un enorme mérito, pero no es el único que funciona<sup>37</sup>; otros sistemas pueden funcionar mejor en otros países. Los suecos, por ejemplo, aunque han modificado su sistema tradicional de la seguridad social, no lo han abandonado; la seguridad que proporciona reduce la pobreza extrema —todavía tan presente en Estados Unidos— y fomenta también el tipo de asunción de riesgos que es esencial en la Nueva Economía. Los niveles de vida han mejorado exactamente igual y las nuevas tecnologías se han extendido con la misma rapidez en Suecia que en Estados Unidos. Y los suecos de hecho han capeado la última recesión mejor que Estados Unidos.

Existen otros países que creen que su sistema económico es mejor, al menos para ellos. Puede que tengan rentas más bajas, pero tienen más seguridad en empleo y salud; disfrutan de vacaciones más largas y el menor estrés al que están sometidos se refleja en una esperanza de vida más larga. Existe menos desigualdad, menos pobreza, menor índice de criminalidad y la proporción de población que pasa gran parte de sus vidas entre rejas también es menor. Hay opciones y alternativas.

Cada grupo humano ha ido moldeado los diferentes aspectos del capitalismo, algunos con éxito y otros buscándolo. Mas que seguir una corriente o un estilo de pensamiento, de los varios que tiene el capitalismo, las regiones toman estos y los aplican en sus países, creando una versión nueva o un nuevo sabor, como dice Stiglitz. El éxito o la satisfacción de la sociedad con su forma de producir riquezas y distribuirlas, no es un concepto uniforme y cambia de País a País.

### **Porqué defender y transformar las economías de mercado o capitalismo.**

Escribir en contra del capitalismo es sencillo, existen miles de libros, ensayos y artículos que lo critican de forma implacable. Que es la causa de hambre, sed, epidemias, guerras, desigualdad. Que su objetivo es la privatización del mundo, que las instituciones del capitalismo como La organización Mundial de Comercio (OMC) El Banco Mundial, El

---

<sup>37</sup> Stiglitz, Joseph E, los felices 90, suma de letras, Madrid, 2005, Pág. 425

Fondo Monetario Internacional (FMI) solo sirven a los poderosos y aplastan a los débiles, que el sistema tiene una doble moral exige una cosas a los países que están en problemas y aplica otras en los propios, que la globalización: solo sirve a los países ricos, que los mercados tiene fallos considerables y no existe la tal mano invisible que los corrige, que el sistema financiero la sangre del capitalismo es corrupto y los banqueros son los Gánsteres del capitalismo , que el capital original es producto del robo y la explotación, que más o menos 6.000 personas dominan el mundo, que el crecimiento económico no elimina la pobreza y otras. Todo esto ocurre en el mundo, es cierto, pero no es necesariamente a causa de la economía de mercado. Sin duda parte de lo expresado anteriormente es verdad y más si lo miramos desde los países en desarrollo, donde hemos copiado la teoría sin el debido proceso de crear el tipo particular de estructura económica que requerimos y las instituciones que las garanticen .Defenderlo en cambio es difícil, los intelectuales odian el capitalismo, sin entender los procesos de mercado, es más chip ser socialista o ir contra el sistema, o aparentar que tenemos un gran sentido de humanidad, que queremos un mundo de iguales, que es necesario distribuir mejor la riqueza, que los ricos son los causantes de nuestras desgracias. Todos son socialistas, hasta que les tocan los bolsillos, les encanta repartir el dinero de los demás, el esfuerzo de otros y no el suyo propio.

La economía de mercado tiene las siguientes características o principios que la colocan en mejor posición que otros modelos:

**1) Libertad. 2) Propiedad privada. 3) Acción individual. 4) Animo de lucro. 5) Mercado (oferta, demanda, competencia y un sistema de precios). 6) Injerencia mínima del estado que deben garantizar el funcionamiento del mercado. 7) Movilidad social.**

En una economía de mercado los hombres son libres de cooperar o no unos con otros, de relacionarse entre sí o no, conforme a los dictados de sus propios juicios, convicciones e intereses .La virtud especial que permite al capitalismo superar a los otros sistemas económicos es la libertad que genera las condiciones para la creación de riqueza y no mediante la coerción y expropiaciones que solo generan pobreza.

El derecho a concordar con otros en ninguna sociedad constituye un problema; es "el derecho a disentir" el que es decisivo. La propiedad privada permite ejercer este derecho. La economía de mercado requiere que se respete la propiedad privada y los contratos libres que son dos componentes fundamentales para poder operar. Es una de las contradicciones de Owen que explica el fracaso de su proyecto, a él le gustaba la producción, el comercio pero no consideraba que este prosperaba gracias a la propiedad privada que es la que genera incentivos o motivaciones para trabajar y generar riqueza.

En el capitalismo el **ánimo de lucro** favorece indirecta e inconscientemente el **bienestar** general de la sociedad, pues los empresarios, en su intento por satisfacer la demanda de bienes y con ello conseguir ganancias, producen riqueza, promoviendo el crecimiento económico.

A partir de las transacciones entre compradores y vendedores emerge un sistema de precios, y los precios surgen como una señal de cuáles son las urgencias y necesidades insatisfechas de las personas. La promesa de beneficios les da a los emprendedores el incentivo para usar su conocimiento y recursos para satisfacer esas necesidades. De tal manera, las actividades de millones de personas, cada una buscando su propio interés, se coordinan y complementan entre sí atendiendo las necesidades de la sociedad. El proveedor de los mejores productos al menor precio es el que obtiene las mayores recompensas financieras "en ese campo", no en forma automática, ni inmediata, ni tampoco por decreto, sino en virtud del mercado libre que enseña a cada participante a buscar lo que es "objetivamente" mejor dentro de la esfera de su propia competencia, y castiga a los que actúan guiados por consideraciones irracionales.

El objetivo primordial del Estado es proporcionar seguridad y justicia. Debe garantizar la libertad, la propiedad privada, y no debe intervenir en los procesos de mercado

Existe otra lucha de clases quizás más real que la planteada por Marx. La lucha entre el gobierno y los mercados, o dicho de otra forma la lucha entre los que ostentan el poder del estado, que se benefician directa o indirectamente y los que sufren dicho gobierno. Es una lucha entre el individuo que desea su libertad y el gobierno que mediante su expansión, el monopolio de la fuerza que él llama legítima, la expropiación y su poder trata de inmiscuirse en todos los asuntos reduciendo nuestras libertades y apropiándose del producto de nuestro trabajo mediante la coerción. Esta es una de las causas del fracaso del socialismo donde el estado asume el control de la propiedad y desestimula la producción individual generando pobreza.

En un sistema capitalista es posible la movilidad social. Un hombre con esfuerzo, disciplina y trabajo puede lograr superarse económicamente y vencer la condición de pobreza.

En conclusión la sociedad es dinámica. Se requiere mantener la discusión de estos temas no solamente con los políticos sino con todos los ciudadanos. No hay respuestas definitivas y así como **no** hemos podido resolver grandes problemas de la física, el funcionamiento del cerebro, el cosmos; es mucho más difícil hallar respuestas a nuestros problemas económicos mucho más complejos por las infinitas variables que maneja. Por eso debemos entender los problemas que subyacen bajo la teoría económica actualmente dominante, requerimos seguir investigando, consolidar nuestras libertades y así lograr organizar mejor nuestra sociedad.<sup>38</sup>

## **Globalización**

[Desde el mundo desarrollado se ha impuesto la globalización como un requisito para superar la pobreza. Nos han vendido que la globalización traerá el progreso y la riqueza](#)

---

<sup>38</sup>Adicionalmente a los textos citados observe los siguientes videos para este trabajo: *La batalla por la economía mundial* (6 videos, duración 6 horas) y *Socialismo el paraíso terrenal* (3 videos, duración 3 horas); consultados en You Tube en enero de 2014.

que tanto hemos buscado. Los argumentos parecen sólidos. El intercambio de bienes y servicios beneficia a las partes y es lo que llamamos en términos coloquiales “un gana gana”. Nos pide la teoría dominante que definamos nuestras ventajas comparativas y nos especialicemos en producir en lo que tenemos dichas ventajas. Nos piden que abramos nuestras fronteras y permitamos el comercio sin trabas. Todo esto parece lógico y nuestros países han seguido esa ruta.

Las voces críticas se han acallado y se acepta la teoría de que la globalización es buena y que es necesario implementarla a como dé lugar de forma rápida y contundente. Las consecuencias negativas que se presenten serán solucionadas por el mecanismo de mercado que se autorregula. Se crea la ilusión que todos nos haremos ricos si dejamos al mercado libertad total

Las cosas no han resultado para el tercer mundo como las esperábamos. Ante los resultados adversos y la ruina de muchos sectores, la pérdida del poder adquisitivo de los empleados y la poca riqueza que genera comenzamos a preguntarnos ¿qué hicimos mal?

Erik Reinert, un economista noruego, nos aclara en su libro *la globalización de la pobreza*, del cual tome el título para esta columna, que la globalización es buena para países con iguales niveles de desarrollo, pero que resulta funesta cuando esto no ocurre. Nos habla de la protección de parte del estado que debe tener una industria naciente. Cita los casos de Inglaterra y estados Unidos que hasta el momento en que consolidaron sus industrias fueron proteccionista y vía aranceles restringían la entrada de productos que competían con sus producciones. Cuando tuvieron una industria solida abrieron sus mercados

También critica la teoría de la ventaja comparativa de David Ricardo, que al eliminar de la teoría económica una comprensión cualitativa de los cambios y la dinámica económica la ha convertido en un artefacto que posibilita que una nación se especialice en ser pobre. La teoría del comercio internacional equipara una hora de trabajo de la edad de piedra con una de Silicón Valley y predice que la integración económica de esos dos tipos de economía promoverá la armonía económica entre ellos y la igualación de los salarios.

Nada más falso. Los salarios de los países desarrollados son muy superiores a los nuestros a pesar de la globalización.

La definición de la OCDE de competitividad nos dice: “*consiste en elevar los salarios reales sin perder oportunidades de venta en el mercado mundial.*” No habla de reducirlos que es lo que hacemos en nuestros países para ser competitivos, sencillamente porque nuestros productos son agrícolas donde no tenemos ninguna posibilidad de imponer los precios, mientras que los productos de los países desarrollados son industriales con valores agregados donde es posible imponer los precios. En palabras de Reinert: “*creer que las condiciones mejoran con la exportación de productos agrícolas de los países pobres a los industrializados es una ilusión: ningún país sin un sector industrial y de servicios propio ha conseguido elevar el nivel salarial de sus campesinos*” y agrega: “el



*crecimiento y el bienestar es el resultado de un largo proceso de construcción de un tipo particular de estructura económica.*

*La prosperidad y el desarrollo debe entenderse como el resultado de una política consiente y deliberada”.*

Por eso debemos examinar con cuidado y rigurosidad las teorías que nos ofrecen los países ricos. Debemos analizar la forma adecuada de adaptarlas a nuestro medio con los filtros necesarios y los tiempos correctos.

## **Políticas para influir en la distribución de la propiedad**

Hablando esquemáticamente<sup>39</sup>, quizá pueda considerarse que la distribución de la propiedad viene determinada principalmente por: 1) el sistema de herencias; 2) el rendimiento de los activos; 3) las ganancias del capital «inesperadas» («suerte»); 4) las rentas acumuladas de otras fuentes distintas al capital («renta del trabajo convencional»); 5) la tasa de ahorro; y 6) el tiempo (a lo largo del cual se acumula la riqueza a través del ahorro y el rendimiento del capital).

Existen también métodos «más directos» de influir en la cantidad y la distribución de la riqueza privada mediante cambios en la riqueza pública: I) confiscación (sin compensación); II) nacionalización y expropiación (con al menos cierta compensación); III) impuestos sobre la riqueza; y IV) impuestos sobre las herencias.

No trataremos aquí la confiscación, la nacionalización, ni la expropiación, aunque todas ellas pueden constituir métodos bastante espectaculares de cambiar la estructura de la propiedad de un país. Permítasenos, por lo tanto, concentrarnos en los dos últimos métodos mencionados, III) y IV).

Los impuestos sobre la riqueza teóricamente significan un instrumento muy efectivo para cambiar la distribución de la riqueza en el sector privado. No obstante, las escapatorias a los sistemas de imposición a la riqueza parecen ser muy considerables en todos los países. Cerrar efectivamente todas estas escapatorias requeriría al parecer un control muy estricto de las transacciones económicas de los individuos.

Mientras que la existencia de los impuestos sobre la riqueza probablemente se basa en la idea de igualar las situaciones existentes entre los individuos, los impuestos sobre las herencias pueden motivarse mediante la ambición más «débil» de igualar las oportunidades de los individuos («desde la cuna»). En principio, si los impuestos sobre la herencia se implementan de forma efectiva, pueden constituir un método muy efectivo de reducir drásticamente, en una o dos generaciones, las desigualdades de capital; y, por lo tanto, también de las rentas del capital, particularmente en la cumbre de la distribución de la renta, en aquellas partes donde las rentas del capital generalmente

---

<sup>39</sup> Lindbeck, Assar, Desigualdad y política redistributiva/comportamiento político y política económica, Orbis, Barcelona, 1985, Pág. 40.

representan una fracción considerable de las rentas. Pero también aquí la eliminación efectiva de las escapatorias exigiría un control gubernamental muy estricto sobre las transacciones de los individuos, incluso dentro de las familias.

Al parecer, son muchas las personas, y en este grupo se incluye a la mayoría de los políticos, que tienden a considerar a la herencia de la riqueza física y financiera como algo éticamente menos aceptable que la herencia de genes y estructuras culturales de los padres, probablemente debido a que el primer tipo de herencia resulta más fácil de influir mediante decisiones políticas. Tal como Harry Johnson ha señalado: «Una de las principales fuentes de dificultades [en la reforma de la desigualdad] reside en la función de la familia en la transmisión de la propiedad material, las características genéticas — ya sean buenas o malas— y las actitudes hacia el trabajo y la vida. Son pocos los que en realidad estarían dispuestos a alterar suficientemente la institución de la familia con el fin de eliminar estas fuentes de desigualdad transmitidas a través de la familia»<sup>40</sup>

### **La eficiencia de la política distributiva**

Resulta muy difícil juzgar la eficiencia de los programas de impuestos-subsidios desde la perspectiva de la política de redistribución de la renta<sup>41</sup>, en parte debido a que los objetivos de los distintos programas son muy distintos. Quizá pueda afirmarse que si se otorga una gran prioridad en ayudar a los grupos con rentas muy bajas, la eficiencia de los programas de impuestos-subsidios es muy baja, puesto que tan sólo una fracción muy pequeña de las transferencias «brutas» totales recae sobre estos grupos. Existe en este sentido un gran «desparramamiento» de las transferencias totales en favor de los grupos de renta media y alta. Quizá sea ésta una conclusión importante, puesto que los obstáculos políticos a aumentar todavía más los impuestos significan que es difícil extender los sistemas nuevos de pagos de transferencia hasta los grupos de renta muy baja.

Observaciones bastante semejantes pueden hacerse acerca de los sistemas de control de precios para la vivienda y los precios de los productos agrícolas. El control de alquileres es un método altamente ineficiente de conseguir transferencias de renta en favor de los grupos de rentas bajas, ya que la ayuda aquí está relacionada con la vivienda y no con los individuos que en ella viven. Por lo tanto, las personas de renta alta y media que viven en pisos sujetos al control de alquileres en edificios antiguos o semiantiguos, se ven favorecidos con el control de alquileres, mientras que los grupos de rentas bajas que viven en viviendas nuevas se ven obligados a pagar unos alquileres muy elevados. Un sistema de este tipo puede tener una tendencia sistemática en favor de los grupos de renta media y baja en relación a los grupos de renta baja, ya que la forma de obtener apartamentos de bajo alquiler en un mercado de la vivienda controlado, con una escasez

---

<sup>40</sup> Johnson, 1973, pág. 53]

<sup>41</sup> Lindbeck, Assar, Desigualdad y política redistributiva/comportamiento político y política económica, Orbis, Barcelona, 1985, Pág. 129.

permanente de viviendas, reside en los contactos personales con los propietarios y empresarios, con las autoridades públicas y con «gente influyente» en general. Además, como ya mencionamos, la vivienda no es una «mercancía típica de renta baja», lo que comporta que ni los subsidios generales a las viviendas, ni el control de alquileres, resultan particularmente favorables a los grupos de rentas bajas.

El sistema de sostén de los precios agrícolas debe también considerarse como un método bastante ineficiente de redistribuir la renta, puesto que implica en buena medida que se absorben rentas de consumidores con rentas bajas y se entregan a empresarios agrícolas prósperos.

Esta discusión de la «eficiencia» de la política de distribución de la renta se ha basado en una comparación entre los flujos brutos de las transferencias por una parte y las redistribuciones netas deseadas por otra.

Otra cuestión complicada reside por supuesto en las interrelaciones entre los aspectos distributivos y el nivel de desarrollo económico. Parece que existe una clara relación «tendencial» positiva entre por una parte la igualdad, y la renta per cápita entre los países desarrollados por otra, tanto en los datos transversales como en las series temporales<sup>42</sup> [Paukert, 1973; Jain y Tieman, 1973]. Es muy posible que ello refleje el hecho de que en un país una renta per cápita elevada presupone un alto nivel educativo para el conjunto de la población, y que la educación en masa tiende a crear una gran clase media. Esta interpretación es consistente con los hechos de que: 1) el porcentaje de rentas de las clases medias es considerablemente mayor en los países desarrollados que en los menos desarrollados; 2) el porcentaje de renta de los grupos de rentas altas es considerablemente menor en el primer grupo de países; mientras que 3) el porcentaje de las rentas de los grupos de renta baja es tan sólo ligeramente superior.

También se ha demostrado empíricamente que la desigualdad de ingresos entre los distintos grupos educativos —enseñanza primaria, secundaria y superior— disminuye al aumentar la renta per cápita (en una sección transversal de países). Mientras que las personas con educación superior parecen tener unas rentas (vitales) unas 6,5 veces superiores que las personas con sólo enseñanza primaria en los países pobres, el correspondiente múltiplo en los países ricos es de 2,5 (Psacharopoulos, 1973, Cap. 11).

La interrelación entre la igualdad y la tasa de crecimiento es más complicada. Una tasa de crecimiento rápida generalmente se relaciona a un ritmo rápido de cambio estructural de la economía. Esto tiende a aumentar la renta de aquellos que se desplazan de sectores de baja renta a sectores de renta alta (por ejemplo, de la agricultura a la industria transformadora), lo que tiene un efecto igualador. No obstante, los cambios estructurales rápidos pueden también venir conectados con altas ganancias de renta y capital para aquellos grupos con la suerte y la habilidad de explotar las oportunidades, al mismo tiempo que aquellos que no se «ajustan» pueden caer en el paro y la miseria, hecho que tiende a aumentar las desigualdades.

---

<sup>42</sup> En los países más pobres parece existir la relación inversa, formándose así una curva en forma de U para expresar la relación entre la igualdad de renta y el nivel de desarrollo

En consecuencia, la política redistributiva, al igual que la mayoría de políticas, está relacionada con severos conflictos de fines: 1) la igualdad de la renta ocasionalmente puede entrar en conflicto con el crecimiento económico, aunque a largo plazo exista probablemente una «armonía» entre la igualdad y el nivel de desarrollo económico; 2) la igualdad de oportunidades puede entrar en conflicto con el derecho de los padres a educar a sus hijos; 3) la igualdad puede también entrar en conflicto con la eficiencia económica (asignativa estática), con la libertad de los individuos de elegir entre el consumo y el ocio, y también con la elección del empleo de acuerdo con las preferencias personales y capacidades; 4) las ambiciones de eliminar la riqueza privada y la renta del capital podrían entrar posiblemente en conflicto también con un sistema económico descentralizado y la entrada en el sistema de nuevas empresas (como las empresas familiares), y posiblemente incluso con el deseo de conseguir (o mantener) una sociedad pluralista.

Sin embargo, esta exposición resultaría unilateral si no se menciona que algunos instrumentos de la política económica podrían resultar favorables, tal como ya indicamos, tanto desde las perspectivas de la política asignativa como de la política distributiva: ejemplos los tenemos en la política de pleno empleo; la lucha contra los monopolios de las empresas y grupos específicos de empleados; aumento en la movilidad de los factores mediante una mejor información y unos mercados de mejor funcionamiento en general; la inversión en capital humano (hasta determinado punto); y posiblemente también un «sistema de selección» más eficiente según la capacidad, si ello no discrimina en relación con la procedencia familiar.

Además —y éste es un punto muy importante—, una mayor igualdad económica puede aumentar la estabilidad política, económica y social de una sociedad, reduciendo por ejemplo la severidad de los conflictos en el mercado de trabajo. Y esta mayor estabilidad de por sí puede considerarse como una mejora en la eficiencia en un sentido amplio del sistema económico. Muchas veces (¿con frecuencia?) puede más que compensar las pérdidas económicas debidas a «distorsiones» de los incentivos individuales (microeconómicos) y a las malas asignaciones de recursos.

Argumentamos decididamente en favor de unos gastos distribuidos adecuadamente de educación y salud, mientras que las medidas para influir en la renta del capital se han considerado como triviales desde el punto de vista de la distribución general de la renta, excepto por lo que respecta a los ingresos de un grupo muy pequeño de personas situadas en la mismísima cumbre de la pirámide de las rentas, y que en los países altamente desarrollados de Europa noroccidental no representan sino un punto o unos pocos puntos porcentuales de la renta total.

Todos los métodos concebibles de la política redistributiva se caracterizan por ineficiencias y otros problemas, en el sentido de que los efectos sobre la distribución de la renta resultan limitados o bien de que dichos métodos están relacionados a «efectos laterales» diversos (o ambas cosas a la vez). Además, los diversos efectos son muy inciertos. Es también altamente probable que los distintos factores que directa o indirectamente influyen en la distribución del bienestar resulten altamente

interdependientes.

Todas estas circunstancias representan un argumento en favor de la adopción simultánea de varios programas de política redistributiva. En primer lugar, las debilidades de cada programa argumentan en favor de combinar los efectos de muchos programas. En segundo lugar, la incertidumbre en torno a los efectos de cada uno de los programas resulta un argumento adicional para utilizar simultáneamente un gran número de programas, de la misma forma que resulta racional para los poseedores de activos diversificar su cartera con objeto de reducir el riesgo<sup>43</sup>. En tercer lugar, la posibilidad de la existencia de interdependencias entre los efectos de los distintos programas favorece el empleo de los posibles «efectos de refuerzo» mutuo. Así, por ejemplo, una mejor escolarización puede aumentar la renta, y una renta mayor puede aumentar tanto la capacidad como la deseabilidad de invertir una mayor cantidad en educación; una mejor nutrición y salud puede aumentar la productividad, que puede aumentar la renta, que a su vez puede mejorar la posibilidad de mejorar la nutrición y la salud, etc. De este modo, al llevar a cabo simultáneamente políticas en muchos campos distintos, puede resultar posible explotar lo que Gunnar Myrdal [Myrdal, 1974] ha denominado con frecuencia «causación circular», que da lugar a «efectos acumulativos» y a «movimientos ascendentes en todo el sistema social» en favor de los grupos subprivilegiados.

## Los políticos variables endógenas

Un análisis realista de muchos problemas de política económica requiere que se trate a los políticos como variables endógenas en lugar de exógenas<sup>44</sup>. La principal razón reside en que el comportamiento de los políticos sigue «sus propias reglas», y que la comprensión de estas reglas es necesaria tanto para la teoría y la investigación aplicada sobre política económica como para el arte de las recomendaciones de política económica, si queremos que sean realistas. Es importante también darse cuenta de que existe un fuerte elemento de «impronosticabilidad» (es decir, elementos estocásticos o aleatorios) en el comportamiento de los políticos. La existencia de este elemento, debe también tenerse en cuenta para que el análisis de la política económica sea realista, y las recomendaciones de política económica tengan un éxito razonable. El tratamiento de los políticos como variables endógenas, y con un fuerte contenido de impronosticabilidad, es importante tanto en economía descriptiva (positiva) como en economía normativa, incluyendo el , «arte» de las recomendaciones de política económica.

Las razones generales para considerar a los políticos como variables «endógenas» en el campo de las recomendaciones de política económica puede expresarse de diversas formas alternativas. <sup>45</sup>Quizá no sea posible distinguir de forma esquemática entre dos

---

<sup>43</sup> El argumento general en favor de la diversificación de la «cartera» de medidas de política económica, en el caso de incertidumbre en torno a los efectos de las medidas de política económica, ha sido desarrollado por [Brainard, 1966].

<sup>44</sup> Lindbeck, Assar, Desigualdad y política redistributiva/comportamiento político y política económica, Orbis, Barcelona, 1985, Pág. 216,

<sup>45</sup> Lindbeck, Assar, Desigualdad y política redistributiva/comportamiento político y política económica, Orbis, Barcelona, 1985, Pág. 220

razones: 1) los políticos —probablemente en mucho mayor medida que los economistas profesionales— poseen una información muy limitada, y en muchos casos una idea totalmente irreal de la forma en que funciona el sistema económico; y 2) los políticos actúan en un ambiente de política de partidos, lo que comporta que sus objetivos y sus motivaciones, y las restricciones sobre el comportamiento «políticamente factible» pueda ser muy distinto del de los factores corrientemente incluidos en los análisis de los economistas.

En realidad, estas dos explicaciones están íntimamente ligadas, ya que los objetivos y motivaciones de un político, como de todo el mundo, dependen en gran parte de su concepción del mundo (es decir, de su modelo implícito o explícito de las ecuaciones estructurales del sistema económico) y no solamente de sus valores particulares (preferencias). Una conclusión de todas estas observaciones podría consistir en el ejercicio de cierta mesura en las intervenciones de efectos laterales inciertos o fuertemente negativos. O formulándolo de forma mucho más positiva: Probablemente el asesor económico debería concentrarse en los fallos enormes de los sistemas económicos (estrategia fuerte) —elevado paro e inflación, grandes desigualdades, fuertes efectos externos en el medio ambiente, oferta raquítica de servicios e infraestructura pública, etc. —, en lugar de intentar combatir las imperfecciones menores del mercado, como las que los manuales de teoría de precios afirman que existen en los mercados con «competencia imperfecta». Ambos factores —la información limitada y distorsionada en torno al funcionamiento del sistema económico y las complejidades y restricciones sobre el comportamiento en el «medio político» de la política económica— quizá han sido demasiado olvidados en los análisis de política económica.

Un ejemplo del primer punto lo encontramos en el hecho de que los políticos muestran una fuerte tendencia a considerar solamente lo que puede denominarse el impacto directo de la política económica, olvidando los efectos indirectos que se extienden por todo el sistema económico. Esto significa que a veces se olvidan, de hecho, los efectos más importantes sobre las variables objetivo. Por ejemplo, es muy probable que si se hubieran entendido los efectos indirectos del control de alquileres, sostén de precios agrícolas, política de tipos de cambio, subsidios selectivos, precio del automovilismo en las ciudades, etc., nunca se hubieran iniciado dichas políticas, particularmente si también los electores las hubieran comprendido. Ejemplos semejantes podemos encontrarlos en un gran número de campos distintos de la política económica. Quizá también constituya una de las tareas más importantes y difíciles de los asesores económicos el analizar y comunicar a los políticos estos efectos indirectos, cosa que por regla general parece muy difícil de explicar al lego (incluyendo al político).

Ejemplos del segundo punto —el modo en que la política de partidos puede arruinar por completo los efectos perseguidos de las medidas de política económica— son abundantes en todos los países. Quizá los más evidentes son aquellos que están relacionados con el frecuentemente muy corto horizonte temporal de los políticos, que alcanza muchas veces sólo hasta la próxima elección. Este punto es de importancia considerable, ya que las intervenciones de política económica a menudo se sugieren, por los economistas, por ejemplo, basándose en la afirmación de que el sistema de mercado sufre de miopía para la toma de decisiones. ¿Deberíamos seguir insistiendo en

recomendar intervenciones basándonos en estos motivos a pesar de que en realidad creamos que el horizonte temporal de los políticos es más corto para estos últimos que para los consumidores y las empresas? De hecho, una observación general que puede hacerse de la política económica de un gran número de países reside en que los políticos raramente son capaces de actuar sobre la base de la anticipación de problemas futuros, sino que esperan hasta que el problema, e incluso la «crisis» ya ha estallado. Otro caso corriente lo tenemos cuando un asesor recomienda un «paquete» de medidas que si se llevaran a cabo totalmente, mejoraría la situación económica (de acuerdo con las preferencias de los políticos), pero que realizadas de forma únicamente parcial tienen unos efectos más dañinos para la economía que si no se hubiera puesto en práctica ninguna medida del paquete.

Existen algunos intentos dispersos en la literatura de construir teorías generales para el comportamiento de los políticos. En general, estos autores han subrayado la necesidad para un político (al objeto de poder sobrevivir como un líder político influyente) de ajustarse a las actividades de los grupos de presión y a las tendencias y fluctuaciones de la opinión pública<sup>46</sup>. Además, resulta típico en estos estudios considerar a las acciones de política como el resultado de un análisis coste-beneficio personal implícito o explícito por parte del político, en el que no sólo las posibilidades de lograr «una buena sociedad» sino también, y quizá particularmente, los objetivos personales del político —ingresos personales, carrera, prestigio y poder— pesan fuertemente tanto en el lado de los beneficios como en el de los costes. Se considera pues al político como un maximizador de su utilidad personal, cuyo ideal de la buena sociedad constituye simplemente una entre las diversas variables importantes de su función objetivo.

A. Downs ha ido más lejos que la mayoría de los autores por lo que respecta a disminuir la importancia relativa de la visión del político de la buena sociedad. En *An Economic Theory of Democracy*, supone simplemente que los políticos maximizan los votos (con incertidumbre) y nada más. Este enfoque probablemente nos puede servir bastante para explicar el comportamiento de los políticos en las democracias. Sin embargo, resulta también fácil encontrar ejemplos de decisiones políticas que difícilmente pueden ser explicadas por una teoría tan sencilla. Son muchos los ejemplos existentes de políticos y partidos políticos que han escogido caminos de acción plenamente conscientes de la enorme probabilidad que tenían de perder un número considerable de votos, al menos en una perspectiva a corto y medio plazo (como es el caso de los intentos del gobierno socialdemócrata noruego en 1972 para ganar apoyo con el fin de que Noruega entrara en el Mercado Común). Esto nos sugiere que una función objetivo realista para los políticos, tanto en el análisis descriptivo como al efectuar recomendaciones de política económica, probablemente debe incluir tanto la consecución de votos y las consideraciones personales como las nociones de lo que constituye una buena sociedad.

Está bien claro que existen buenas razones para que los políticos concedan un fuerte peso a los intereses y opiniones de grupos específicos de interés de la sociedad. En primer lugar, es bien sabido que en algunos países grupos de votantes marginales a menudo tienen una fuerte influencia («desproporcionada») sobre la política, por ejemplo,

---

<sup>46</sup> Se han intentado enfoques semejantes para explicar el comportamiento de los dirigentes sindicales.

si la distribución de las opiniones políticas tiene la forma de una distribución «con un solo tope», que puede otorgar a los votantes medios una fuerte posición política. Además, incluso una familiaridad bastante modesta con la dinámica de la política, indica que los grupos específicos pueden obtener concesiones importantes simplemente porque se encuentran bien organizados, como es el caso de las grandes empresas en Estados Unidos, los sindicatos en algunos países de Europa occidental, o los grupos con posiciones monopolísticas en algunos mercados determinados debido a capacidades especiales como sucede con los médicos en muchos países. O quizá sean influyentes simplemente a causa de su fuerte posición económica, lo que crea un «efecto leverage» sobre los votos, por ejemplo, debido a las contribuciones económicas que conceden a los partidos políticos (como sucede con empresas y sindicatos). Esto significa que una función objetivo realista, construida con el fin de derivar funciones de comportamiento de los políticos, probablemente debería otorgar un peso fuerte a los grupos de presión de distintas clases, aunque a grupos distintos en distintos países y en cuestiones distintas. En realidad, a veces puede ser mejor abandonar por completo la hipótesis de una función objetivo para los políticos, y analizar y prever el comportamiento de los políticos sobre la base de supuestos en la política de partidos, ambiciones personales de los políticos y la lucha por el poder y/o la cooperación entre diversos grupos de presión o «clases».

No obstante, independientemente de si las funciones de comportamiento de los políticos se ha deducido (a partir de una función objetivo, de teorías políticas de la competencia entre partidos y grupos socioeconómicos o a partir de supuestos sobre el móvil de las ventajas personales) o inferido directamente del comportamiento observado, es de esperar que estas funciones de comportamiento no sean muy estables a lo largo del tiempo o en secciones transversales entre países. Debido a la singularidad de las circunstancias históricas y al carácter, ambiciones y cualificaciones de los políticos dominantes, las funciones de comportamiento de los políticos ya sean supuestas, deducidas o estimadas empíricamente, es probable que tengan unas fuertes variaciones residuales. Sin embargo, las investigaciones econométricas nos han enseñado que lo mismo es cierto en gran medida para las funciones de comportamiento de (e incluso los agregados de) los consumidores y empresas del sector privado. Quizá no esté del todo claro que las funciones de comportamiento de los políticos necesariamente resulten siempre menos estables que las funciones de comportamiento del sector privado, sobre las que se basa la teoría macroeconómica y la macroeconometría actualmente existentes.

## **Las nuevas responsabilidades**

Cuando los países luchan por liberarse de la pobreza extrema, el papel del Estado está claro; consiste en contribuir a que la población satisfaga sus necesidades básicas (alimentos, agua potable, vivienda, servicios sanitarios, nutrición) y en invertir en agricultura y en infraestructuras esenciales (carreteras, ferrocarriles, electricidad, telecomunicaciones, internet, puertos) para sentar las bases para un crecimiento económico liderado por el sector privado. Cuando los países escapan de la pobreza extrema y empiezan a adquirir riqueza, aflora otra función del sector público: la seguridad



social. La seguridad social extiende el concepto de protección social más allá de las necesidades básicas para incluir la universalización de un amplio abanico de servicios sanitarios, la universalización de los servicios educativos además de la enseñanza primaria (incluidas la educación preescolar, secundaria, profesional, universitaria, de personas adultas), los subsidios de desempleo, las pensiones de vejez, los seguros frente a diferentes tipos de riesgos naturales y otras prestaciones económicas familiares en el caso de pérdida del empleo, discapacidad o pobreza extrema por otros motivos.

El sector público tiene cuatro responsabilidades principales<sup>47</sup>:

- ✓ Sufragar la investigación científica básica.
- ✓ Promover el desarrollo y la demostración de tecnologías en fases iniciales.
- ✓ Crear un marco político global para la búsqueda de soluciones.
- ✓ Financiar la generalización de innovaciones y tecnologías de éxito.

El sector privado tiene dos responsabilidades principales (además, claro está de obtener beneficios):

- ✓ Invertir en Investigación y Desarrollo, a menudo con financiación pública.
- ✓ Aplicar soluciones tecnológicas a gran escala en colaboración con el sector público.

El sector no lucrativo tiene cinco funciones fundamentales:

- ✓ Elevar recomendaciones públicas.
- ✓ Canalizar la iniciativa social y la resolución de problemas.
- ✓ Aportar la financiación inicial de las soluciones.
- ✓ Vigilar al gobierno y al sector privado.
- ✓ Realizar investigación científica, sobre todo en las instituciones académicas. Las universidades deben y pueden jugar un papel fundamental en los objetivos de desarrollo del milenio.

Así pues, debemos reinventar la cooperación global de tal forma que cumpla determinados requisitos fundamentales<sup>48</sup>:

- ✓ Objetivos y calendarios claros, como los que contienen las Promesas del Milenio.
- ✓ Una financiación pública compartida entre los países ricos y una red cada vez mayor de países de renta media.
- ✓ Una participación global en la resolución de los problemas por parte de países desarrollados y en vías de desarrollo por igual, en lugar de que se implique a un grupo de países en exclusiva, como el G-8.
- ✓ Movilizar a los sectores privado y no lucrativo como socios de la tarea global.
- ✓ Aprovechar el conocimiento científico y técnico especializado en cada coyuntura.
- ✓ Apoyar la innovación en todas las fases, desde las iniciales hasta las de

---

<sup>47</sup> Ibid, Pág. 384.

<sup>48</sup> Ibid, Pág. 390.

generalización.

La fuerza de la globalización y las oportunidades que esta está brindando están remodelando las empresas, las instituciones académicas, las ONG y los organismos profesionales.<sup>49</sup> Pero los gobiernos requieren una revisión aún más a fondo. El impulso coherente de la transformación organizativa debe ser que la forma del gobierno debe desprender funcionalidad. Los gobiernos y las organizaciones intergubernamentales como las agencias de la ONU deben ser remodelados para dotar de consistencia a las Promesas del Milenio. Los estados-nación se forjaron originariamente en los campos de batalla, o con el propósito de crear un mercado nacional para los bienes, los servicios, el capital y el trabajo a partir de un agregado de mercados locales. Pero estos motores originales de la organización política están cada vez más anticuados. Los gobiernos nacionales son demasiado pequeños para abordar las crecientes amenazas económicas, demográficas y medioambientales, y también demasiado grandes para preservar la diversidad y las tradiciones culturales, que encuentran su fundamento en el plano local.

Los gobiernos tampoco están bien organizados para procesar el conocimiento científico acerca del desarrollo sostenible, que atraviesa múltiples disciplinas. Por consiguiente, son presa de una profunda inquietud cuando perciben el desafío de fuerzas globales que son incapaces de comprender.

## **Nuevos métodos de socialización**

Parece haber tres alternativas principales para una sociedad en la cual los asuntos económicos necesariamente absorben la mayor atención. La elección entre la propiedad privada de los medios de producción y, alternativamente, varios tipos de propiedad pública o colectiva, la elección entre una economía de mercado y varios tipos de «planificación» y la elección entre «libertad» y «totalitarismo». No se necesita decir que en cada uno de estos tres pares de contrarios siempre habrá en realidad algún grado de mezcla (porque son de alguna manera complementarios antes que opuestos) pero la mezcla habrá de mostrar una preponderancia de un lado o de otro.

Ahora bien, puede observarse que aquellos que tienen una fuerte preferencia en favor de la propiedad privada casi invariablemente tienden a argumentar que la propiedad no privada inevitable y necesariamente requiere «planificación» y «totalitarismo», mientras que es imposible pensar en la «libertad» excepto sobre la base de la propiedad privada de una economía de mercado. Similarmente, aquellos que están en favor de formas de propiedad colectiva tienden a argumentar, aunque no tan dogmáticamente, que ésta necesariamente requiere planificación central. La libertad, dicen, sólo puede lograrse por medio de una propiedad y una planificación socializadas, mientras que la libertad de la propiedad privada y de la economía de mercado no es nada más que «libertad para cenar en el Ritz y dormir bajo los puentes del Támesis». En otras palabras, todo el mundo dice

---

<sup>49</sup> Ibid, Pág. 396

que se puede encontrar la libertad por su propio «sistema» y acusa a cada uno de los otros «sistemas» como inevitablemente unidos a la tiranía, al totalitarismo o a la anarquía que conduce a ambos.

Los argumentos a lo largo de estas líneas generalmente generan más calor que luz, como sucede con todos los argumentos que derivan la «realidad» de un marco conceptual, en lugar de ir a un marco conceptual desde la realidad. Cuando hay tres alternativas principales hay  $2^3$ , o sea 8, combinaciones posibles. Siempre es razonable esperar que la vida real dé lugar a todas las posibilidades, una vez u otra, o inclusive simultáneamente en distintos lugares

Caso 1: Libertad, Economía de Mercado, Propiedad Privada

Caso 2: Libertad, Planificación, Propiedad Privada

Caso 3: Libertad, Economía de Mercado, Propiedad Colectiva

Caso 4: Libertad, Planificación

Caso 5: Totalitarismo, Economía de Mercado, Propiedad Privada

Caso 6: Totalitarismo, Planificación, Propiedad Privada

Caso 7: Totalitarismo, Economía de Mercado, Propiedad Colectiva

Caso 8: Totalitarismo Planificación Propiedad Colectiva

Es absurdo opinar que los únicos casos «posibles» son el 1 y el 8: éstos son meramente los casos más simples desde el punto de vista de los propagandistas de conceptos trillados. La realidad, gracias a Dios, es más imaginativa.

## **Capitalismo inclusivo**

En este orden de ideas es interesante resaltar una conferencia de la Directora del Fondo Monetario Internacional, Christine Lagarde, en Londres el año pasado, con un auditorio de poderosos y multimillonarios, entre los que destacaban el príncipe de Gales, el expresidente Clinton y Lady Lynn de Rothschild en la búsqueda de lo han denominado un capitalismo inclusivo. Esto constituye un giro interesante, porque una cosa es que se planteen cambios desde la intelectualidad y otra desde los asientos de los poderosos y grandes capitalistas dueños de gran parte del planeta. La idea es la misma planteada al inicio de este artículo. Un capitalismo inclusivo debe tener los siguientes atributos según *Lagarde*: *“Confianza, oportunidad, beneficios para todos dentro de una economía de mercado, que permita que todos y cada uno desarrollen plenamente sus talentos”* resumiendo, continua diciéndonos, que para lograr esto es necesario recuperar la confianza asegurando un crecimiento más inclusivo y reglas de juego iguales para todos favoreciendo a la mayoría y no solo a unos pocos. Con un capitalismo inclusivo se lograra un capitalismo más eficaz y posiblemente más sostenible. Resalta dos dimensiones: inclusión en el crecimiento económico y la integridad del sistema financiero y concluye

diciendo que el capitalismo inclusivo aborda muchos aspectos como la exclusión de la mujer, el desprecio por el medio ambiente, la responsabilidad social de las empresas. Estos temas deben penetrar en la conciencia de todos los líderes económicos, en todos los sectores y en todos los países.

Multimillonarios como Bill Gates y Warren Buffett, tienen una concepción diferente de la riqueza y han donado sus fortunas a fundaciones con el ánimo de hacer de este mundo algo mejor y son ejemplo para otros poderosos. Sin embargo en el fondo puede ser que entiendan que un mundo que amplía sus brechas cada vez más entre ricos y pobres haciendo que el 1% tenga lo mismo que el otro 99% no es un mundo sostenible. Que acumular un poder así puede ser peligroso para la estabilidad mundial y sobre todo que es un mundo injusto.

### **Un capitalismo para Colombia**

En la edición de 17 de mayo de la revista *semana*, entrevistan a cuatro líderes representativos del sector privado, con respecto al proceso de paz que adelanta Colombia. Antonio Acela, presidente de *Promigás*, es contundente en su respuesta sobre el tema: “...*Entre otras cosas porque otro modelo no hay. Contra el capitalismo se han inventado toda clase de sistemas alternos, pero no han funcionado. Lo que hay es que perfeccionarlo y hacerlo más justo y participativo, en el capitalismo hay que tratar de cerrar las desigualdades a través de inversión social*” Tiene razón, el modelo está lejos de ser perfecto pero es el que está más cerca de garantizar tres cosas fundamentales para cualquier sociedad: propiedad privada, libertad y mercados. Estos elementos son claves para generar riqueza y poder contar con inversiones que eleven los niveles de vida de toda la población.

Pero siempre existe la tentación del socialismo. Los políticos populistas se aprovechan de las esperanzas de los sectores más desfavorecidos para prometer cosas inviables. El caso de nuestro vecino, Venezuela, es muy diferente del fracaso del modelo socialista.

Sería interesante discutir esas modificaciones que requiere el capitalismo en nuestro país, porque esta discusión se está dando en el mundo. Se habla de un nuevo capitalismo, de capitalismo inclusivo o algunos dicen que no se trata de crear nada nuevo sino de trazar límites, el capitalismo no puede invadirlo todo. La sociedad necesita un punto de apoyo no capitalista en la sociedad, la cultura, la educación, la salud y el estado.

Las intervenciones estatales han sido y son imprescindibles para la supervivencia del capitalismo y se acude a la protección estatal cuando se está en problemas graves, como cuando ocurrió el colapso financiero del 2008. No es fácil encontrar un punto medio entre desregulación y exceso de regulación, faltan sistemas políticos de toma de decisiones y de actuación suficientemente fuertes en los cambios supranacionales necesarios para poner límites a la actuación global del capitalismo financiero y las multinacionales.

Si no se va a cambiar el modelo es conveniente saber cuál es el capitalismo que le conviene a Colombia. En qué partes el estado debe trazar unas fronteras que nos digan dónde los mercados no hacen bien su trabajo y requieren apoyo institucional.

Viene el problema de no crear un estado enorme para controlar las nuevas actividades económicas, pero es el mismo mercado el que debe pagar sus controles. El ejemplo en Colombia del cartel de los pañales, de los cuadernos, del cemento, del arroz y otros muestran que no son fantasías que los mercados se manipulan de formas perversas. Estas compañías tienen grandes presupuestos para la defensa contra un estado débil y es difícil vencerlas por sus equipos poderosos de abogados. Por lo tanto las multas deben ser suficientemente duras para que las empresas sientan el castigo.

Jürgen Kocka remata su libro *Historia del capitalismo* con este párrafo: “*En cierto modo, cada época y cada civilización tienen el capitalismo que se merecen. En nuestros días, no se aprecian alternativas superiores frente al capitalismo. Pero sí que son concebibles (y, en parte ya se observan) variantes y alternativas muy diversas dentro del capitalismo. Lo que está en juego es su evolución. La reforma del capitalismo es una tarea permanente. Y en ella, el papel de la crítica al sistema es fundamental*”.

## Conclusiones

Robert Heilbroner, fue un gran economista. Escribió, entre otros libros, “vida y doctrina de los grandes economistas”, con el cual nos apoyamos en buena parte del capítulo brevísima historia del capitalismo. Leonardo Garnier, escribió sobre el lo siguiente: Fue un hombre<sup>50</sup> justo y bueno que entendió y creyó siempre que un mundo mejor era posible si lográbamos aprovechar el potencial productivo de la moderna economía capitalista pero marcándole la cancha, fijándole límites y reglas, gobernándola democráticamente para evitar esos excesos que la caracterizan y esas terribles concentraciones de poder con las que amenaza tanto la libertad como la equidad. Admiraba por eso a las sociedades nórdicas, donde más se habían acercado, en su criterio, a ese balance entre el dinamismo que surge de la iniciativa individual y esa capacidad de vivir juntos que surge de la solidaridad y la justicia.

Robert Heilbroner planteaba que El Sistema capitalista no es sólo un orden económico sino que también configura un orden político. Usualmente se suele denominar, erróneamente, al capitalismo como <<el mercado>>. No obstante, equiparar mercado a sistema capitalista es un error, ya que el mercado es gran parte del sistema capitalista, pero no el todo. El capitalismo alude a un concepto más amplio y complejo que el sistema de mercado. “El mercado” es el medio en el cual “fluye la energía” del sistema capitalista y por el cual, lo referente al ámbito privado se organiza sin el intervencionismo estatal. Los problemas a los que se enfrentará el capitalismo en el siglo XXI no son, como

---

<sup>50</sup> [http://www.leonardogarnier.com/index.php?option=com\\_content&task=view&id=450&Itemid=109](http://www.leonardogarnier.com/index.php?option=com_content&task=view&id=450&Itemid=109) Consultada el 4 de junio de 2010

muchos vaticinan, de carácter “apocalíptico”, sino propios de su funcionamiento, unas veces debido a la ambición del sistema y otras por las características del mercado, o por la conjunción de ambas.

Surge entonces la pregunta ¿Qué hacer con el capitalismo? A pesar de los pesares, no encuentro otra respuesta que decir: Debemos aceptarlo y enderezar su camino con sabiduría para poder exprimirle su sustancia y que esta fluya por toda la sociedad. Aunque me temo que el término tiene tan mala fama que tendremos que hablar de un modelo mixto, o rebautizarlo con algún nombre (no olvidemos lo que dijimos de los políticos que son expertos en dar nuevos nombres a las mismas cosas), pero siempre que conserve los principios de libertad, libre mercado y propiedad privada, seguira siendo capitalismo aunque no nos guste la expresión.

Hemos visto acciones por hacer Existen otros ejemplos, como el del Banco de los pobres, fundado por el premio nobel de la paz 2006, Muhammad Yunus. El creó un sistema bancario que presta pequeñas sumas de dinero a pobres de áreas rurales en las villas de la republica de Bangladesh. El Grameen Bank funciona en la actualidad con más de 22.000 empleados que trabajan en 38.000 de las 68.000 aldeas y pueblos de Bangladesh. Ha concedido millones de préstamos, su tasa de devolución es del 97%, rompiendo clásicos conceptos de la banca que no se puede prestar a los pobres sin garantía. Otro ejemplo es la organización Operación bendición, que contribuye a que los pobres rompan la trampa de la pobreza y coloquen un pie en la escalera del desarrollo.

Conclusiones:

- 1- No existe un Gobierno Global ( y también se le tiene mucho miedo) que apruebe leyes y permita un mejor control de aspectos que influyen en el capitalismo como, los salarios mínimos, legislación protectora, Bienestar Social, implementación de la Tasa Tobin, tributación mundial para las compañías transnacionales que se divida en la población mundial, por países, con el objeto de evitarles la evasión y distribuir los beneficios; pero mientras esto ocurre , si ocurre, debemos alzar nuestra voz para lograr acuerdos a nivel de los organismos internacionales. Existen muchas organizaciones y se puede participar de muchas maneras<sup>51</sup>

---

<sup>51</sup> Uno de los muchos ejemplos es el **Proyecto Bretton Woods** que trabaja como facilitador de redes, proveedor de información, informante a la prensa y en labores para escrutar e influenciar al Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional (FMI). A través de sesiones informativas, reportes y la publicación bimensual *Boletín Bretton Woods*, se monitorean proyectos, reformas políticas y el manejo de las instituciones Bretton Woods haciendo énfasis especial en asuntos sociales y medio ambientales.

Creado como una iniciativa independiente por un grupo de organizaciones no gubernamentales (ONGs) británicas, el proyecto trabaja como parte de una extensa red para ejercer presión sobre asuntos de transparencia y participación de la sociedad civil en las políticas e intervenciones del Banco Mundial y el FMI. Esta red incluye alrededor de 7.000 organizaciones no gubernamentales, reporteras, políticas, investigadoras y parlamentarias a nivel global. A través del fomento de intercambio de información y debate, se busca desplazar a las instituciones Bretton Woods lejos de enfoques simplistas sobre temas de desarrollo. Las prioridades incluyen: [Roles del Banco Mundial y el FMI](#), [Estrategias de ajuste estructural y de reducción de pobreza](#), [Medio Ambiente](#), [Asuntos sociales](#), [El Banco Mundial como un Banco de información](#), [Gobierno y responsabilidad](#)

- 2- El capitalismo es existoso para crear riqueza, pero es dudoso la forma como esta riqueza se irradia a la sociedad, dicen que chorrea, que fluye, entonces lo interesante es controlar ese chorro, que no sea un goteo sino una cascada, pero el control de la llave la tienen los ricos y hay que quitarsela.<sup>52</sup>
- 3- Uno de los aspectos más importantes, y más polémicos, es lo referente a las leyes de la herencia. Considero que es una herramienta fundamental en la redistribución del ingreso, lo vimos anteriormente. Cuando un hombre nace es igual a otro, pero su ubicación social hace que inmediatamente se establezca una diferencia y entonces quiere decir que todos no tenemos las mismas oportunidades. No debemos castigar al que triunfa, no, pero no merece privilegios alguien que no ha luchado. Los caballos no salen del mismo partido. Un rico hereda un capital, un activo. El pobre hereda un pasivo, que es cuidar a sus padres. Esto distorsiona toda la balanza, pero como dije es un tema complejo y requiere mucho análisis y concertación, para aplicar medidas y lograr acuerdos.<sup>53</sup>
- 4- Es fundamental para el desarrollo la educación, la organización y la disciplina. Me gustaría resaltar la disciplina. Una persona con capacidad normal y disciplinada, logra mucho más que una mente brillante indisciplinada. Diariamente somos testigos de gente con talentos especiales que arruinan sus vidas por no tener disciplina. En nuestros países somos dados a querer siempre los atajos, a no mantener un programa de trabajo, una constancia en las cosas que hacemos.
- 5- El mundo financiero se puede desbaratar en cualquier momento arrastrando el sistema capitalista a su ruina; pero esto no creará el paraíso en la tierra, ni conformará un modelo mejor que garantice nuestra libertad y el derecho a la felicidad que todos queremos. Podemos crear un infierno peor si dejamos esto solo en manos de los políticos y no profundizamos en el conocimiento de nuestro actual sistema. Puede ocurrir que después del sufrimiento y la muerte de millones de seres humanos, volvamos a quedar igual, porque el sistema ha demostrado que es capaz de sobrevivir y reinventarse o podemos aprovechar para modificar y plantear nuevas cosas que de verdad beneficien a la mayoría de los habitantes del planeta.

---

<sup>52</sup> Notese que dije la llave, no la riqueza. Aunque estas están inevitablemente unidas porque la riqueza genera poder. Aquí se arma un rollo que no es el objeto resolver en este libro y es quienes clasificarían como ricos, ¿los que tienen un millón de dólares? ¿Cinco? ¿diez? ¿Cien? ¿Mil? Seguramente si les preguntamos a cualquiera que tenga capitales en cualquiera de estas ubicaciones, dirá que no es rico. Por otro lado no olvidemos que la propiedad privada es indispensable para ejercer nuestro derecho a disenter, elemento clave dentro de nuestra libertad, pero ¿que tanta riqueza necesitamos para poder ejercer ese derecho? Queda de tarea.

<sup>53</sup> Que bueno sería que los humanos nos comportáramos como Warren Buffet, que con una fortuna estimada en más de 50.000 millones de dólares y siendo uno de los hombres más ricos del mundo, anunció que donaría el 99% de su fortuna a la Fundación Bill y Melinda Gates, además a manifestado que dejará como herencia a su hijos lo suficiente para que no pasen necesidades, pero no tanto como para que no tengan que trabajar

Podemos por ejemplo exigir a los Gobiernos mundiales que despenalicen las drogas y no se gasten nuestro dinero en esa guerra absurda que corrompe toda la estructura de nuestra sociedad, por las cifras astronómicas que manejan los narcotraficantes. Podemos analizar y definir el tipo de Gobierno que queremos: si uno que se meta en todos los asuntos, incentivando estados cada vez mas grandes y poderosos que aíslan y minimizan al individuo o uno que nos de margen para desarrollarnos libremente.

- 6- El genial economista francés Frédéric Bastiat, escribió: «Todos quieren vivir a costa del Estado. Pero olvidan que es el Estado quien vive a costa de todos.» Esto hace que todos queramos acomodarnos, me incluyo, y exigirle al estado protección y que nos libre de todas las penurias. Queremos crear empresas y una vez nos ubicamos en algun sector económico, queremos que nos protejan, exigiendo reglamentaciones para bloquear la competencia y asegurarnos un nicho del mercado para siempre. Queremos que los costos educativos sean gratuitos para todos, sin embargo los docentes y administrativos no aceptan modificación alguna a sus condiciones laborales, ni permiten evaluaciones y exigencias de calidad, bloqueando a cualquiera que quiera trabajar en el sector. Dicen que es en beneficio de la sociedad, pero los grandes beneficiados son ellos como sector. Queremos salud gratuita para todos. Queremos programas de vivienda gratis para todos. Queremos subsidios al desempleo para todos. Queremos salarios altos para todos. Queremos trabajar poco, menos horas de trabajo al día y más vacaciones. Muchos no quieren trabajar o alegan que no consiguen empleo o efectivamente no lo consiguen. Queremos pensiones a la tierna edad de cincuenta años con veinte años de trabajo. Queremos vías pavimentadas y espacios recreativos gratis. Queremos servicios públicos baratos. En fin, ¡que no quisieramos que el manto protector del estado nos lo cubra! Pero, siempre los malditos peros, que vienen a fastidiarnos. ¿Quién va pagar todo esto? El estado debe pagarlo, diran algunos; y de qué se alimenta el estado: De nosotros. Entonces tendremos que pagarlo todos y trabajar duro para lograr un poco de nuestras muchas ambiciones.
- 7- El estado debe, entre otras muchas cosas, luchar contra la acumulación de capital, proteger el medio ambiente, controlar la inflación<sup>54</sup>, combatir la corrupción, impulsar el desarrollo de la ciencia, garantizar la libertad. Limitar el crecimiento del Estado, ser eficiente y ubicar la burocracia en asuntos productivos para que no se dediquen solo a vomitar regulaciones y trabas que colocan obstáculos a todos los asuntos, creando un exceso de normatividad. En el caso Colombiano, diariamente se están expidiendo

---

<sup>54</sup> La inflación es un grave problema que a veces el común de la gente no considera muy importante, pero afecta toda la credibilidad del sistema. Keynes relataba dos divertidas anécdotas de cómo afecta esto nuestra vida diaria que en esencia decían lo siguiente: En un país con una inflación galopante si quieres tomarte dos cervezas mejor pagalas por adelantado, por que cuando pidas la segunda ya habra subido de precio. Otra: si alquilas un taxi, paga la tarifa al subir, por que cuando concluya el servicio habra subido y no sabras cuanto tienes que pagar.



normas desde el Gobierno Central y los entes territoriales que nos han inundado y están a punto de asfixiarnos. Algunos funcionarios de alto rango han comentado que en el caso de la Justicia administrativa, por ejemplo, hay tanta normatividad, que es posible encontrar legislación suficiente para condenar o absolver a un imputado según se quiera. Esto conduce a los individuos a hacerse cargo de sus propios asuntos, buscando caminos que le permitan superar los obstáculos estatales. Como dijo Friedman este personal inteligente y talentoso, puede dedicarse a asuntos productivos y sacarlos de su objetivo de acosarnos con normas, regulaciones, papeleo, y cientos de formularios para rellenar, que nos enloquecen a todos.

- 8- Como ejercicio didáctico es posible hacer generalizaciones y analizar los problemas de América Latina en su conjunto, pero esto no es aplicable a cada país, es necesario estudiarlos independientemente y plantear soluciones independientes.

Podemos crear un capitalismo para cada país, o un modelo que inevitablemente será mixto que tenga en cuenta su historia, su geografía, su cultura, sus riquezas, su capital humano, el medio ambiente, el urbanismo, la agricultura, la arquitectura, el comercio, la industria, la educación, la salud, el deporte, etc, y los principios básicos del capitalismo. Pero este requiere investigación y un trabajo en equipo que nos permita mostrar las opciones y el camino a seguir. Como dijo Stiglitz: El capitalismo no es de talla única.